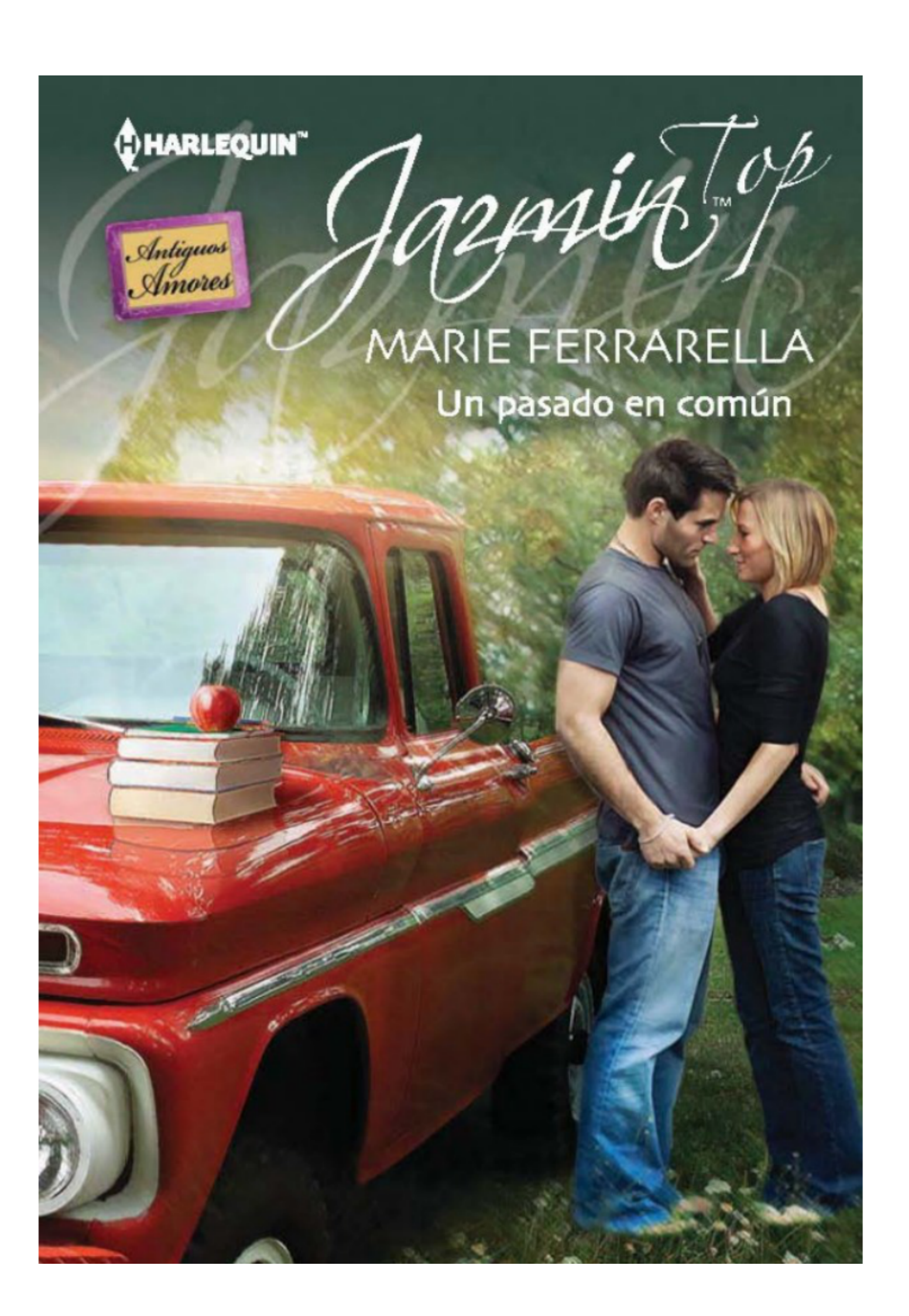

HARLEQUIN™
Jazmín Top™
Antiguos Amores
MARIE FERRARELLA
Un pasado en común

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

UN PASADO EN COMÚN, N.º 10 - octubre 2012
Título original: Montana Sheriff
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-687-1101-0
Editor responsable: Luis Pugni
ePub: Publidisa

CAPÍTULO 1

COLE James parpadeó varias veces con la esperanza de que la imagen desapareciera.

No habría sido la primera vez que los ojos le jugaban una mala pasada.

Al principio, poco después de que Veronica McCloud se marchara de Redemption y lo abandonara, hacía poco más de seis años, la había visto por todas partes. La veía caminando por la calle principal del pueblo o esperando a la puerta del cine al que tantas veces habían ido juntos, o pasando por la oficina del sheriff que, en los últimos cuatro años, se había convertido en la segunda casa de Cole.

No habría sabido decir las veces que había creído verla mirando por la ventana con una tenue sonrisa en los labios, esa sonrisa que siempre había conseguido que se le parara el corazón. Pero siempre que había intentado ir tras ella, o cruzar la calle, o llamarla, había descubierto que no era Ronnie sino alguien que se le parecía.

Lo peor era cuando descubría que en realidad no había nadie, que había sido producto de su imaginación, que se empeñaba en torturarlo.

Con el tiempo, aquellas «apariciones» de Ronnie se habían ido haciendo cada vez menos frecuentes. Habían empezado a pasar días y luego semanas sin que creyera ver a la mujer que le había pisoteado el corazón y luego había desaparecido deliberadamente de su vida hacía ya seis veranos.

El sheriff Cole James frunció el ceño mientras observaba a la mujer que iba caminando por la acera de enfrente hacia el edificio de madera

que había a mitad de la manzana, la tienda de alimentación para animales de Ed Haney.

Por mucho que la mirara, no desaparecía.

De hecho, parecía tener intención de entrar a la tienda. Como había hecho tantas veces Ronnie cuando su padre la enviaba al pueblo.

Lo curioso de aquel espejismo era que, a diferencia de todas las otras veces que había creído ver a Ronnie, ahora no tenía el mismo aspecto que la noche del lago.

La noche que llevaría grabada en la memoria para siempre. Ella llevaba la rubia melena suelta, cayéndole sobre los hombros y una blusa color crema de pronunciado escote que había estado a punto de dejarlo sin respiración.

Siempre que creía ver a Ronnie era ese demonio de ojos verdes, con su eterno femenino y, al mismo tiempo, esa actitud fiera y algo masculina. Esa mujer que conseguía que le temblaran las rodillas con una simple mirada.

Pero esa vez el espejismo, Ronnie, estaba distinta. Esa vez se parecía mucho a la fotografía que le había enseñado una vez de su difunta madre, Margaret, de joven. Una foto que le habían tomado poco después de que se casara con el padre de Ronnie, Amos.

Ya fuera una imagen reciente o antigua, el caso era que no desaparecía como otras veces y Cole empezaba a inquietarse.

«Maldita sea», protestó en silencio. Se levantó el sombrero y se pasó la mano por el pelo castaño oscuro, casi negro. La impaciencia estaba apoderándose de él, pero no iba a acercarse a comprobar qué ocurría. La gente del pueblo lo admiraba y lo veían como una especie de guía. Como era más que obvio, el sheriff de Redemption, una pequeñísima población a unos ochenta kilómetros de Helena, en el orgulloso estado de Montana, no podía permitirse sufrir alucinaciones. Al menos sin haber fumado algo, cosa que no había hecho nunca excepto una vez cuando tenía quince años. En alguna ocasión tomaba un trago de whisky, pero solo cuando hacía mucho frío y nunca tomaba más de un vasito. E, incluso en esas ocasiones, lo hacía simplemente para entrar en calor, nada más.

En ese momento no necesitaba entrar en calor, aunque estaban en septiembre y ese año las temperaturas ya habían empezado a ser muy bajas por las noches. Pero, a pesar de todo el tiempo que había pasado, solo pensar en Ronnie bastaba para calentarlo más que de sobra.

Cole se mordió el labio para no maldecir de nuevo y un segundo después dio la vuelta en redondo con la camioneta mientras se decía a sí mismo que ya era oficialmente el tonto del pueblo. Detuvo la camioneta frente a la tienda de comida para animales.

El espejismo había entrado, así que Cole trató de ver algo a través del escaparate. Su alucinación estaba hablando con Ed Haney, el propietario de la tienda. Ed respondía con normalidad. Cole parpadeó una vez más, pero la imagen seguía sin desaparecer así que, o estaba teniendo un sueño tremendamente real o…

Ni siquiera se atrevía a pensarlo, se negaba a permitirse imaginar algo así.

O…

No, no podía terminar.

Porque no era real. Lo sabía con la misma certeza con la que sabía su propio nombre.

Veronica McCloud se había marchado aquel verano hacía seis años, había abandonado Redemption y a él. Se había ido después de que hubieran compartido la que había sido, probablemente, la mejor noche de sus vidas, sin duda había sido la mejor de la vida de Cole. Y desde entonces no había vuelto por allí ni una sola vez, ni de visita, ni para hablar o, al menos, para discutir con él. Simplemente, no había vuelto.

No había escrito ni llamado, nunca le había enviado una paloma mensajera con una notita atada a una de las patas. No había intentado ponerse en contacto con él de ningún modo. Más de media docena de veces, Cole había salido de su casa con la idea de ir a ver al padre de Ronnie o a su hermano, Wayne, para pedirles su dirección o su número de teléfono, cualquier cosa que le sirviera para contactar con ella, pero todas y casa una de esas veces se había dado la vuelta a medio camino.

El orgullo no le había dejado hacerlo.

Después de todo, había sido ella la que se había marchado, la que le había dejado. Si no hubiese querido desaparecer para siempre, si alguna vez hubiese deseado volver a su vida, sabía perfectamente dónde encontrarlo porque Cole seguía teniendo la misma dirección y el mismo número de teléfono de siempre. Ninguna de las dos cosas había cambiado desde que eran niños y crecían sin separarse el uno del otro.

En aquella época, Ronnie era una muchacha dura y activa, más ágil que cualquiera de los niños del pueblo. Cole siempre había sospechado que aquella actitud se debía, en parte, a un intento por conseguir la

atención y el cariño de su padre. Siempre había sido muy competitiva.

El caso era que habían sido inseparables casi desde que habían nacido. Lo compartían todo, se apoyaban el uno al otro y se divertían juntos en una zona del país que aún seguía relativamente ajena a las exigencias del progreso.

En Redemption todo el mundo conocía a todo el mundo. La gente del pueblo siempre estaba dispuesta a ofrecer apoyo a aquel que estuviese pasándolo mal y aún más dispuesta a unirse a cualquier celebración cuando las cosas iban bien.

Por supuesto que la población había sufrido ciertos cambios con la llegada del siglo XXI, pero tampoco muchos. Desde luego no había cambiado tanto como para hacer que Cole deseara vivir en otra parte.

Pero Ronnie era distinta. Al llegar a la adolescencia, había empezado a hablar de que algún día quería irse a un lugar donde hubiera más posibilidades y los edificios se alzasen hasta el cielo. «Algún lugar donde no esté atrapada en el rancho si no quiero».

Entonces Cole había pensado que aquello no eran más que palabras o, al menos, había esperado que así fuera.

Hasta que había comenzado a hablar de ello más y más. Soñaba con ir a la universidad, hacerse con ese trozo de papel que demostrara que se había licenciado y le permitiera «ser alguien».

Como si no fuera ya lo bastante buena.

Había sido por esa época cuando habían empezado a discutir. Habían sido peleas de verdad y no simples diferencias de opinión sobre quién tenía el caballo más rápido, que era él, o quién montaba mejor, que era ella.

Ronnie quería que Cole se fuese con ella. Quería que también él fuese a la universidad y se convirtiera en alguien, como si no fuese a ser nadie sin tener una licenciatura de cuatro años.

Pero lo único que quería Cole era ser ranchero como su padre y ella no quería pasarse la vida en un rancho. No quería ser la esposa de un ranchero y, desde luego, no quería vivir y morir en Redemption sin «dejar huella» en el mundo, algo cuyo significado nunca había entendido bien Cole.

Después de la discusión que habían tenido esa noche en el lago y, sobre todo, después de la manera en que se habían reconciliado, Cole había creído que el problema había quedado completamente zanjado para siempre.

A su favor.

Pero evidentemente se había equivocado al creer tal cosa, pues al despertar por la mañana en el lago, no encontró a Ronnie acurrucada junto a él como cuando se habían quedado dormidos.

No la encontró por ninguna parte.

Lo primero que pensó era que podía haberle pasado algo, así que reunió el valor necesario y fue a su casa con la esperanza de encontrarla allí. Preguntó por ella a su padre, que se quedó mirándolo durante unos segundos que se le hicieron eternos tras los que le dijo que acababa de marcharse. Su hermano la había llevado al pueblo de al lado, desde donde tomaría un tren que la llevaría a Great Falls. Allí había un aeropuerto, aviones que la alejarían de allí. Y de él.

El recuerdo de todo aquello volvía a hacerle sentir la misma punzada en el corazón que había sentido aquella horrible mañana.

–Oye, sheriff, ¿vas a estar toda la mañana ahí sentado sin hacer nada?

Cole miró hacia atrás y vio a Wally Perkins sacando la cabeza por la ventanilla de su camioneta. No parecía muy contento con que el sheriff se hubiese detenido de pronto, impidiéndole el paso.

Cole pensó que también podía adelantarle, pero seguramente no era lo más adecuado, teniendo en cuenta que él era el representante de la ley.

–Perdona, Wally. Me he despistado, pensando –se disculpó Cole antes de ponerse en marcha para aparcar en el primer sitio que encontró, que fue frente al edificio siguiente, a solo unos metros de la tienda de comida para animales.

Después de parar el motor, se quedó un poco más allí sentado.

Si tenía un poco de sentido común, volvería a poner en marcha el motor y se iría a la oficina a realizar el informe mensual que debía entregar cada treinta días. Era una labor tediosa porque tenía muy poco que contar, pues los delitos de un pueblo de tres mil habitantes se limitaban a unas cuantas alteraciones del orden público y poco más.

Bien era cierto que hacía dos semanas había habido un terrible accidente de tráfico en el que se habían visto implicados Amos McCloud y su hijo Wayne, con un camionero de fuera del pueblo. Pero eso no era un delito, no como esos que aparecían en las noticias. Según había demostrado la investigación que había llevado a cabo, la culpa había sido del mal tiempo y de unos frenos en mal estado, que habían

hecho derrapar al camión. Amos no había podido parar su camioneta a tiempo pero, por suerte para Wayne y para él, Cole se encontraba muy cerca y había podido sacarlos a los dos de la camioneta. De no haber estado él allí, no habría quedado nada de ellos. Le había costado especialmente sacar a Wayne del amasijo de metal en que se había convertido la parte delantera de la camioneta, pero lo había logrado solo unos segundos antes de que todo explotara.

No había muerto nadie en el lugar del accidente, pero aún no podían estar tranquilos. El camionero y Amos habían salido bastante bien parados, aunque Wayne había sido trasladado inconsciente al hospital.

Allí seguía aún.

¿Sería por eso por lo que estaba Ronnie allí?

Cole se puso recto en el asiento. Él mismo podría haberse puesto en contacto con ella para informarla de lo ocurrido si hubiese sabido cómo hacerlo, pero Ronnie había conseguido desaparecer por completo.

–Maldita sea, no está aquí, como no estaba ninguna de las otras veces que has creído verla –se dijo a sí mismo con rabia.

Si entraba en la tienda a comprobarlo personalmente, se sentiría como un verdadero idiota al darse cuenta de que no era ella. Lo más probable era que fuera otra mujer. O quizá no hubiera nadie.

Pero si no iba y volvía a su oficina para intentar trabajar, se pasaría el resto del día pensando en ello. De eso estaba seguro. Sobre todo porque hacía algún tiempo que no había tenido esas visiones; hacía casi un mes que no había «visto» a Ronnie.

De hecho, había empezado a albergar la esperanza de que quizá hubiese conseguido olvidarse de ella por fin. Esa vez de verdad, no como cuando se había comprometido con Cyndy Foster. Eso solo había sido un intento desesperado para obligarse a seguir con su vida. Sin embargo, se había dado cuenta de que no podía hacerlo. Una noche había estado a punto de llamarla Ronnie y había tenido que admitir que no estaba siendo justo con Cyndy; había puesto fin al compromiso y había intentado explicarle que merecía algo mejor que pasar el resto de su vida con un hombre que no estaba del todo con ella. Había esperado que Cyndy lo comprendiera y no se lo tomara a mal, pero no había sido así. Le habían estado pitando los oídos durante una semana por culpa de su estallido de furia, una reacción que Cole había merecido sobradamente.

Desde entonces se había dedicado a ejercer su trabajo de sheriff y a ser un buen hijo. Pensaba que, con el tiempo, conseguiría sacarse a Ronnie de la cabeza o se convertiría en un soltero empedernido. Esos últimos meses había llegado a pensar que estaba recuperándose y había aceptado que su vida era la que era.

Menudo genio estaba hecho, pensó sarcásticamente. Si realmente estaba en el camino de la «curación», ¿qué demonios hacía allí, sufriendo otra alucinación?

Llegó a la conclusión de que solo había una manera de enfrentarse a ello y era entrar en la tienda y ver con quién estaba hablando Ed realmente, así acabaría de una vez por todas con esa estúpida inquietud que le había acelerado el pulso.

Así pues, sacó la llave del contacto, salió de la camioneta y fue hasta la puerta de la tienda de alimentos para animales. Evitó deliberadamente mirar al interior por la ventana, para tener unos segundos más para prepararse para la inevitable decepción.

Al abrir la puerta sonó la campanilla de plata que llevaba cincuenta años anunciando la llegada o la marcha de los clientes.

Cole recorrió el interior de la tienda con sus intensos ojos azules. Ed se enorgullecía enormemente de que el establecimiento siguiera teniendo el mismo aspecto que en tiempos de su abuelo, cuando Josiah Haney la había inaugurado. La única concesión que había hecho a la modernidad era la máquina registradora que se había visto obligado a comprar cuando la vieja había dejado de funcionar, pero incluso entonces había intentado encontrar otra manual con la que sustituir la original.

Le había costado toda una semana y los esfuerzos de su nieto aprender a manejar «aquella máquina infernal».

La tienda estaba vacía. Ni siquiera vio a Ed, que debía de haber ido a la trastienda a buscar algo.

«Muy bien», pensó Cole, con alivio y decepción al mismo tiempo, que era lo que sentía siempre que se desvanecía un espejismo.

Ella no estaba.

Solo lo había imaginado, como siempre. Igual que…

Pero entonces lo oyó. Justo cuando se estaba dando la vuelta hacia la puerta para marcharse, oyó su voz.

La oyó a ella.

Se quedó helado, incapaz de moverse o de respirar, mientras el

sonido de su voz penetraba en su conciencia. Y le desgarraba el alma.

Lo tentaba.

Casi con miedo, Cole tuvo que obligarse a girarse de nuevo y, al hacerlo, vio aparecer al dueño de la tienda procedente del pasillo que conducía a la trastienda. Iba hablando con alguien. Con una mujer.

Y esa mujer era Ronnie.

Ed Haney tenía una expresión casi angelical mientras charlaba. Parecía encantado mientras asentía una y otra vez.

Ronnie McCloud le sonrió también.

–Le diré a papá que has preguntado por él.

Ed estaba haciendo algo más que preguntar por la salud del ranchero y quería asegurarse de que Ronnie lo sabía:

–Dile a Amos que si puedo ayudarlo en algo, en cualquier cosa, que se olvide de su maldito orgullo y me lo diga. Quiero ayudar. Todo el mundo quiere hacer lo que pueda –afirmó con énfasis y luego añadió algo más en tono de conspiración–: No era necesario que vinieras, aunque debo decir que es un placer volver a verte, Veronica. Te has convertido en una mujer muy guapa. Si tuviera veinte años menos… Bueno, creo que no tengo que explicarte nada más –dijo riéndose–. Ya me entiendes.

Veronica McCloud se rio también.

–Sí, te entiendo.

Ed estaba bromeando, pero lo primero lo había dicho en serio, lo de ofrecer su ayuda. Edwin Haney, al que Ronnie conocía de toda la vida, era un hombre íntegro, aunque le recordara un poco al huevo Humpty Dumpty. Realmente quería ayudar en lo que pudiera, igual que los demás. Algo de lo que jamás se podría acusar a los habitantes del pueblo era de indiferencia. Tanto era así que a veces parecía que se metían demasiado en los asuntos de los demás. Una persona reservada no tenía nada que hacer en Redemption porque la gente acababa logrando que uno desvelara sus más íntimos secretos sin darse cuenta.

Sabía que lo hacían con la mejor intención posible, pero durante la adolescencia lo había sentido como una invasión, una violación de sus derechos. Habría querido tomar las decisiones sin la presencia de un comité que siempre tenía algún comentario que hacer.

Quería mucho más de lo que podía ofrecerle Redemption.

Aun así, debía admitir que era reconfortante, especialmente en un momento difícil como aquel, saber que su padre tenía gente con la que

podía contar. Dios sabía que iba a necesitarlos cuando ella se fuera y volviera a casa, pensó. A su nueva casa, matizó, porque en otro tiempo su casa había estado allí.

–Hola, sheriff, ¿qué puedo hacer por ti? –la voz de Ed interrumpió sus pensamientos. Se dirigía a alguien que había a su espalda.

El sheriff. Ronnie sonrió, segura de que se trataba de Paul Royce, que debía de tener al menos setenta años. Se dio la vuelta con una sonrisa en los labios, esperando ver al alegre anciano.

Pero la sonrisa se le heló de inmediato.

No se encontró con los ojos negros del sheriff Paul Royce, sino con los profundos ojos azules del nuevo sheriff. Y de pronto deseó con todas sus fuerzas estar en cualquier otro lugar del mundo.

Pero no era así.

Estaba allí, con la mirada clavada en aquellos ojos azules que siempre la habían hipnotizado y se le quedó la mente en blanco.

–Hola, Ronnie.

CAPÍTULO 2

DE CAMINO a Redemption, Ronnie se había asegurado a sí misma que dispondría de un poco más de tiempo antes de tener que enfrentarse a él. Pero Cole había aparecido de pronto, cuando ella aún no estaba preparada para que se cruzaran sus caminos.

¿A quién quería engañar? Por mucho tiempo que hubiera tenido nunca habría estado preparada para aquel primer encuentro después de tantos años.

Y Cole no ayudaba mucho con el aspecto que tenía. La dureza de aquella tierra solía pasar factura a los hombres y mujeres que vivían en ella. Sin embargo, en él no parecía tener el menor efecto de desgaste.

¿Por qué al menos no había empezado a echar tripa como muchos otros hombres de apenas treinta años?

Su padre, por ejemplo, aparentaba unos ochenta años en lugar de los sesenta que tenía en realidad. Y la última vez que había visto a su hermano, Wayne, la tierra ya había empezado a dejar huella en él; le había curtido la piel del mismo modo que se curtía el cuero.

Eso no quería decir que Cole no hubiese cambiado, lo que ocurría era que los cambios que había experimentado le habían sentado muy bien. Había perdido esa cara de buen chico que tenía en otro tiempo, aunque tenía las pestañas más largas que nunca. Pero ahora su mirada y todo su aspecto eran los de un hombre y no los de un muchacho. Un hombre fuerte cuyos rasgos ya no eran tan dulces, eran mucho más marcados.

No obstante, su rostro aún hacía que se le parara el corazón un

momento antes de acelerársele peligrosamente.

Eso sí que no había cambiado a pesar del empeño que había puesto Ronnie en convencerse de que ya no sería así.

Pero había tantas cosas que habían cambiado… Todo su mundo se había transformado y no porque hubiese ido a la universidad, o se hubiese licenciado, o porque ahora trabajara para una de las agencias de publicidad más importantes de Seattle. Tampoco tenía nada que ver con el precioso apartamento con vistas que tenía junto a la emblemática torre Space Needle, era más bien por el pequeño que vivía allí con ella.

Christopher, el niño al que habría preferido no llevar consigo a Redemption. Sabía que no podía dejarlo en Seattle con la mujer que se quedaba con él todos los días después de la guardería, a pesar de que Naomi le había asegurado que estaba encantada de hacerlo durante el tiempo que fuese necesario. Siempre se portaba muy bien con Christopher y él parecía tenerle mucho cariño, pero Ronnie no habría podido marcharse sin él, sobre todo sin saber exactamente cuánto tiempo iba a tener que estar fuera.

Una cosa era faltar una noche, como a veces tenía que hacer cuando tenía algún viaje de trabajo, algo que Christopher veía casi como una pequeña aventura. Y otra muy distinta era un viaje de duración indefinida como aquel. Así pues, se había llevado consigo a su hijo de cinco años con la esperanza de que su presencia sirviera para animar un poco a su padre, cuyo estado de ánimo era alarmante.

Entretanto, Ronnie estaba haciendo todo lo posible por controlar la tensión que estaba provocándole el hecho de estar en Redemption con Christopher.

Lo único que la tranquilizaba un poco era que el niño se parecía a ella.

No a su padre.

Esbozó una sonrisa mientras recobraba la compostura y salía poco a poco de la oscuridad que la había absorbido de pronto.

No pudo esperar hasta que dejaran de temblarle las piernas. Si tardaba demasiado en responder, Cole se daría cuenta del efecto que seguía ejerciendo en ella, y eso era lo último que deseaba en aquellos momentos. Ya era bastante con que lo sospechara, cosa que seguramente hacía, pero ella no quería confirmárselo.

Así que sonrió y respondió a su saludo.

–Hola, Cole.

Bajó la mirada hasta la chapa plateada que llevaba Cole en la pechera de la camisa de color caqui. No recordaba que su padre le hubiese contado aquella novedad. No, si lo hubiese hecho, no lo habría olvidado.

Su padre mostraba una sensibilidad poco habitual en él al evitar hacer cualquier referencia a Cole cuando hablaba con ella. Ni siquiera le había preguntado nunca si Cole era el padre de su nieto. Amos McCloud tenía la firme convicción de que todo el mundo tenía derecho a tener un poco de intimidad, por lo que tenía la costumbre de no hacer preguntas y de no contar nada que no le hubiesen preguntado. Ronnie no preguntaba y su padre no le contaba, aunque había veces que se moría de ganas de saber cómo le iba a Cole y qué había sido de su vida. Aun así no se lo preguntaba porque sabía que, si su padre le decía que se había casado o, peor aún, que se había casado y tenía hijos, se le habría roto el corazón en mil pedazos. Prefería mil veces no saber nada.

El problema era que ahora no estaba preparada para encontrarse con él.

Se sentía completamente expuesta.

–Así que ahora eres el sheriff –constató, alegrándose en silencio de ser capaz de ocultar lo que sentía–. ¿Desde cuándo?

–Desde hace cuatro años –respondió Cole y se lo explicó con el menor número de palabras posible–. El antiguo sheriff cayó enfermo y decidió mudarse a un lugar más cálido. Nadie quería ocupar el puesto, así que lo hice yo –añadió encogiéndose de hombros con indiferencia.

Era como si cada uno de sus movimientos la sacudiera por dentro. «Contrólate, Ronnie».

–Está siendo muy modesto –intervino Ed–. Se hizo una votación en el pueblo después de que se marchara Paul y prácticamente todo el mundo eligió a Cole. No podríamos haber encontrado un sheriff mejor –explicó el propietario de la tienda–. Es un muchacho increíblemente honrado. Ni siquiera acepta que le inviten a un café –dijo, riéndose–. Trabaja sin parar –se puso serio antes de añadir–: La verdad es que tenemos mucha suerte de que esté aquí.

Ronnie miró a Cole durante unos segundos. Comprendía perfectamente que la gente de Redemption se sintiera afortunada, porque Cole transmitía mucha fuerza y seguridad. Siempre había sido así.

Seguramente los habitantes del pueblo dormían mejor sabiendo que

él era el sheriff. Cole hacía que los demás se sintieran seguros. Desde luego, era así como se había sentido siempre ella estando con él. El peligro habían sido sus propios sentimientos, no él.

–¿Dónde iba a estar si no? –preguntó Ronnie con la intención de que pareciera un comentario jocoso, pero la pregunta sonó completamente seria–. Nunca quiso vivir en ningún otro lugar que no fuera este.

Aunque estuviese respondiendo a Ed, lo hizo sin apartar la mirada de Cole.

De esos ojos hipnóticos que, a pesar del tiempo que había pasado, seguían atrapándola como siempre. Seguían haciéndole desear cosas que jamás podrían salir bien.

Al final, aquel turbulento verano durante el que no habían dejado de discutir había acabado como cuando una fuerza incontrolable chocaba contra un objeto inamovible. Ronnie había querido que Cole saliera de Redemption, que echase a volar con ella, y él había querido que se quedara allí a su lado, que empezara una nueva vida junto a él.

Así que él se había quedado y ella se había ido.

Pero lo había hecho llevándose consigo algo de él.

Y eso era algo que Cole James jamás le perdonaría. De nada servía pensar en ello, ni en los motivos que la habían llevado a hacer lo que había hecho.

Ronnie hizo un esfuerzo por apartar la mirada de él y volver a dirigirse a Ed.

–¿Entonces podrá hacer que nos lleven el pedido hoy mismo? –le preguntó, refiriéndose a los artículos que acababa de pagar.

–Claro, lo recibirás esta tarde –aseguró Ed con una amable sonrisa–. Me alegro mucho de volver a verte, Veronica. Tu padre está muy orgulloso de que hayas venido.

Ronnie bajó la cabeza, avergonzada por el cumplido.

–Es lo que haría cualquiera por su familia –respondió, quitándole importancia.

En aquel momento lo único que quería era salir de allí cuanto antes, antes de que le fallaran las piernas.

Pero Cole le dijo algo que le sorprendió.

–¿Te importa que te acompañe?

Le habló con formalidad, con poca naturalidad. En un tono que nada tenía que ver con el modo en que siempre se habían hablado el

uno al otro. Ronnie no recordaba un momento de su vida en el que Cole no fuese su mejor amigo.

Sin embargo, ahora eran como dos desconocidos, que se sentían incómodos el uno con el otro.

Dos desconocidos con un pasado en común.

Si no quería volverse loca, tendría que tratar a Cole James como trataría a un cliente: con amabilidad, profesionalidad y sin traspasar jamás los límites establecidos.

Ronnie nunca había mezclado su vida privada con los negocios. Principalmente porque su vida privada era, casi exclusivamente, Christopher.

–No, claro que no me importa –respondió por fin–. No podría decirle que no al sheriff.

Esa vez sonrió de manera espontánea. Le parecía imposible, casi irreal, que Cole fuera el sheriff del pueblo en el que se habían criado. Era como si se tratara de uno de sus juegos de infancia.

Cole le abrió la puerta para que saliera y la campanilla anunció su marcha con un suave tintineo.

Ronnie apenas lo oyó, solo podía oír los latidos de su propio corazón.

«Respira hondo, Ronnie. Ya sabías que él estaría aquí».

Lo que ocurría era que había creído que estaría en el rancho, lo que habría limitado enormemente las probabilidades de que se encontrara con él.

–¿Qué ha sido de tus planes de ser ranchero? –le preguntó en cuanto estuvieron en la calle.

–El pueblo necesitaba un sheriff –le explicó él–. Y mi madre contrató a alguien para que la ayudara a llevar el rancho –añadió–. Yo sigo ayudándola de vez en cuando, cuando hay que marcar las reses, o si Will anda algo corto de personal.

–¿Will? –preguntó Ronnie.

–Will Jeffers –le aclaró él–. El hombre al que contrató mi madre para que la ayudara… –dejó la frase a medias, con evidente incomodidad.

Ronnie apretó los labios, pues no había pretendido sacar un tema que sin duda le resultaba doloroso.

El padre de Cole había muerto el año pasado de manera repentina, víctima de una fulminante esclerosis lateral amiotrófica. Lo habían

descubierto cuando ya era demasiado tarde para hacer nada por él. Ronnie se había enterado la noche anterior, su padre se lo había contado después de acostar a Christopher.

–Siento mucho lo de tu padre –le dijo Ronnie, titubeando.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no dejarse llevar por el impulso de ponerle la mano en el hombro, como habría hecho en otro tiempo, cuando eran capaces de comunicarse con solo mirarse o rozarse, sin necesidad de palabras. Antes de que sus caminos se separaran abruptamente.

–Bueno, son cosas que pasan –respondió él, rechazando claramente su compasión.

No quería la compasión de Ronnie, ni ninguna otra cosa de ella.

Entonces cometió el error de volver a mirarla a los ojos. Prácticamente sintió cómo se le colaba en el corazón y lo sacudía por dentro como había hecho siempre. Tuvo que buscar una distracción, una manera de huir.

–¿Cuándo has llegado?

No le dijo que le sorprendía no haber oído que estaba allí. Redemption era un pueblo tan pequeño que todo se sabía en pocas horas, a veces incluso en unos minutos.

–Anoche. Mi padre ni siquiera me contó lo del accidente hasta hace un par de días –nada más oír la voz de su padre por teléfono, había sabido que había ocurrido algo terrible. Se había derrumbado sobre el sofá, agarrando el teléfono con ambas manos mientras escuchaba el relato de lo sucedido y se enteraba de que Wayne estaba en coma.

Se había puesto en acción en cuanto había colgado el teléfono. Había llamado a la empresa para avisar de que tenía una emergencia familiar que la obligaba a tomarse unos días. Después había hecho el equipaje rápidamente, había sentado a Christopher en la silla de seguridad del coche y había emprendido el viaje. Había conducido los más de novecientos kilómetros que separaban Seattle de Redemption en poco más de nueve horas.

La preocupación no le había permitido sentirse cansada hasta después de acostar a Christopher, cuando se había sentado a hablar con su padre, que estaba muy sorprendido de que se hubiese desplazado hasta Montana para verlos.

Ronnie meneó la cabeza, sin poder creer aún que su padre hubiese tardado tanto tiempo en llamarla.

–No se le ocurrió contármelo hasta después de dos semanas –había creído que estaba más unida a su padre, pero ahora ya no sabía nada.

–Ya conoces a tu padre –le dijo Cole–. Es terco como una mula. Nunca quiere la ayuda de nadie, ni siquiera la tuya.

De pronto sintió que se apoderaban de ella la rabia, el dolor y, sobre todo, el miedo que había tratado de controlar desde que había hablado con su padre por teléfono.

–Yo soy su hija –replicó con énfasis–. Se supone que debería llamarme cuando ocurre algo así. No puede ser que me entere de que Wayne y él han estado a punto de morir en un accidente porque yo lo llame por casualidad para preguntarle qué quiere para su cumpleaños.

Cole comprendía que estuviese disgustada, pero le costaba mucho mostrar compasión por ella; estaba demasiado ocupado tratando de hacer frente a su propio dolor.

–Puede que Amos no lo viera tan claro –respondió y luego le contó algo de lo que no sabía si estaba al corriente–. Tu padre no deja de culparse a sí mismo del accidente porque era él quien conducía.

Cole vio como Ronnie apretaba los puños; casi podía sentir su tensión.

–Wayne se va a poner bien –afirmó ella con obstinación–. Hablé con el médico que le está atendiendo justo después de colgar con mi padre. Me explicó que no parece haber perdido ningún reflejo y que a veces el estado de coma no es más que un recurso del cuerpo para centrarse únicamente en curarse.

Cole no vio motivos para llevarle la contraria o recordarle que había mucha gente que jamás despertaba del coma. Ronnie ya tenía suficiente con lo que tenía. Además, lo que ella pensara o sintiera ya no era asunto suyo, no más de lo que sería la situación de cualquier otro habitante de Redemption, o más bien exhabitante.

–¿Has ido ya a ver a tu hermano? –le preguntó mientras caminaban.

–No. Todavía no. Voy a ir esta tarde –añadió rápidamente. Habría querido ir nada más llegar a Montana, pero no podía pensar solo en ella; tenía que ocuparse de Christopher. Nadie le había dicho nunca, cuando tenía tantas ganas de convertirse en adulta, que hacía falta tanta paciencia para ser madre–. Antes quería resolver un par de cosas para mi padre –le explicó.

Ronnie respiró hondo mientras pensaba si debía seguir hablando o no. Lo más fácil sería poner fin a la conversación, pero no podía

olvidar ciertos detalles relacionados con el accidente. Habría sido injusto.

–Mi padre me ha dicho que fuiste el primero en llegar al lugar del accidente después del choque –comenzó a decir con cautela.

La expresión del rostro de Cole no delató la menor reacción, pero tampoco trató de cambiar de tema.

–Así es –admitió.

Era típico de él responder de manera tan escueta y sin fanfarrias. Cualquier otro hombre se habría enorgullecido de lo que había hecho, habría presumido de haber puesto en peligro su vida para salvar a otra persona.

Pero Cole no era así. Cole hacía lo que tenía que hacer estoicamente y luego seguía con su vida como si no hubiese ocurrido nada fuera de lo normal. Cole nunca pretendía que nadie le diera las gracias ni buscaba la menor atención.

Aun así, Ronnie no podía dejarlo pasar. Tenía que agradecérselo. De no haber sido por él, su familia habría quedado reducida a un niño de cinco años.

–También me dijo que, de no ser por ti, que te las arreglaste para sacar a Wayne de entre los hierros aplastados, mi hermano… –tuvo que tragar saliva antes de continuar– habría muerto calcinado cuando explotó ese trasto de camioneta que tenía mi padre.

Cole volvió a encogerse de hombros y, esa vez, apartó la mirada porque le resultaba más fácil hablar con ella si no la miraba a la cara.

–Cualquiera habría hecho lo mismo.

–Puede ser –admitió Ronnie, aunque dudaba mucho que cualquiera se hubiese atrevido a arriesgarse a perder la vida por salvar a otros. Por muy buena que fuera la gente de Redemption, no todo el mundo era tan valiente y desinteresado–. De todas maneras, quiero darte las gracias por salvar a mi hermano y a mi padre.

Cole hundió las manos en los bolsillos traseros del pantalón y se quedó mirando un grupo de hojas que el viento hacía volar en círculo en medio de la calle.

–Es parte de mi trabajo –le dijo.

Dejaron de andar y se detuvieron frente a un coche que, para él, era un vehículo extremadamente caro y poco práctico. Se trataba de un modelo nuevo de Mercedes, más apropiado para una gran ciudad que para un pueblo que aún tenía que compartir las calles con los caballos

de los ranchos de alrededor. Pensó que Ronnie había cambiado. La vieja Ronnie habría sido la primera en decir lo poco útil y fuera de lugar que se veía allí ese coche. ¿Acaso trataba de impresionarlo y de demostrarle lo bien que le iba en su nueva vida?

Cole no medía el éxito de la misma manera. Una cosa más que ya no tenían en común, pensó.

–¿Has alquilado este coche? –le preguntó con curiosidad. Si era así, debía de haberlo hecho fuera de Redemption, porque dudaba mucho que Hank Wilson, que además de ser el mecánico del pueblo tenía una pequeña oficina de alquiler de coches, tuviera un modelo como aquel.

–No, es mío –respondió ella y de pronto se sintió avergonzada, pero enseguida se convenció de que no tenía de qué avergonzarse. Era un buen coche y a ella le gustaba. Quizá estuviera fuera de lugar en Redemption, pero no iba a sentirse culpable porque le fuera bien–. Tenía que traer algunas cosas –le explicó–, así que decidí venir en coche.

Lo vio sonreír ligeramente. Sus labios esbozaron una sonrisa que Ronnie no supo cómo interpretar.

Definitivamente, pensó Ronnie, aquel ya no era su sitio, pero eso era algo que ella misma había decidido.

Entonces, ¿por qué se sentía tan mal?

CAPÍTULO 3

–HAS venido en coche –dijo Cole, repitiendo lo que acababa de decir ella.

–Sí.

Ronnie le había dicho que se había enterado de lo del accidente hacía dos días, lo que quería decir que había debido de salir casi inmediatamente después de enterarse. A pesar de lo dolido que estaba con ella, debía admitir que seguía teniendo la capacidad de asombrarlo.

–¿Has conducido los novecientos o mil kilómetros que debe de haber desde Seattle? –le preguntó.

–Novecientos cincuenta y cuatro –matizó Ronnie.

–Ah, novecientos cincuenta y cuatro –repitió con sarcasmo–. Y supongo que los habrás hecho casi sin parar.

Ronnie tenía la sensación de que estaba burlándose de ella, así que levantó bien la cabeza y se preparó para un enfrentamiento.

–Así es –confirmó.

–¿No has parado a descansar?

Claro que había parado a descansar. No era un robot.

Además, no había hecho el viaje sola, pero eso no lo sabía él.

–Tuve que parar un par de veces a comer algo –le dijo y luego pensó que quería saber qué pretendía–. ¿Por qué’

–Por nada –respondió con fingida inocencia–. Me imagino que hay cosas que nunca cambian –Ronnie había sido muy testaruda de niña y parecía que seguía siéndolo. Quizá lo fuera aún más.

«No te pongas nostálgico», se advirtió Cole. «Se ha pegado una

paliza conduciendo para venir a ver a su familia, pero eso no cambia el hecho de que nunca haya intentado ponerse en contacto contigo para pedirte perdón. Ni siquiera ahora está pidiéndote disculpas por lo que le ha hecho. Ha llegado el momento de superarlo y seguir con tu vida».

Como si fuera tan fácil.

Ronnie no pudo evitar clavar la mirada en su boca y se dio cuenta de que se le había acelerado el pulso. Dio un paso atrás, alarmada.

–Debería irme. Mi padre debe de estar preguntándose dónde me he metido.

Apretó un botón de las llaves del coche que hizo que el vehículo emitiera un pitido, se encendieran las luces y se abrieran los cuatro cerrojos al mismo tiempo.

Cole miró el coche sin dejarse impresionar.

–Seguramente piense que se te ha estropeado este coche tan chulo.

Ronnie lo miró a los ojos fijamente. No iba a hacerla sentir culpable por haberse comprado el coche con el que había soñado en secreto desde la adolescencia.

–Es muy buen coche –le informó.

Él volvió a esbozar esa misteriosa sonrisa con la que daba a entender que no la creía.

–Si tú lo dices…

–Sí, lo digo –replicó ella, se metió en el coche y cerró la puerta.

Dando un portazo.

Tenía que irse antes de acabar discutiendo con Cole. Y la última vez que había ocurrido, Christopher había llegado nueves meses después.

Christopher. La alegría de su vida.

Una vez en marcha, miró por el retrovisor y vio a Cole, de pie en la acera y con los brazos cruzados sobre el pecho mientras la veía alejarse.

Dios, era demasiado guapo para ella.

«Y cuando se entere de que nunca le has hablado de la existencia de Christopher, se va a poner hecho una furia».

Tendría que decírselo tarde o temprano, pero por el momento prefería no pensar en ello. Por el momento tenía que ir a ver a su padre y a su hijo antes de ir a Helena para visitar a su hermano en el hospital. Tenía demasiadas cosas que hacer como para perder el tiempo pensando en cómo podrían haber sido las cosas y cómo eran en

realidad.

Echó una última mirada a Cole por el espejo retrovisor y luego se centró en la carretera.

Pero su mente quedó atrapada. Pensando en Cole y en el hijo que tenían en común.

Había muchas razones por las que, seis años antes, no le había contado a Cole que estaba embarazada. Estaba segura de que ahora no iba a aceptar ninguna de ellas, pero eso no cambiaba nada. Desde luego, no cambiaba el hecho de que sabía que no se había equivocado al hacer lo que había hecho.

Conocía bien a Cole, sabía que era un hombre honrado y muy obstinado. Si le hubiera dicho que estaba embarazada, habría insistido en casarse con ella y, en aquellos momentos, Ronnie no había tenido intención de casarse. Tampoco había planeado tener un hijo pero, dadas sus convicciones, no había podido hacer nada al respecto. Lo había asumido y había hecho frente a las circunstancias, como hacía siempre. Así pues, había tenido a su hijo sin dejar de lado sus planes de ir a la universidad. Lo único que había tenido que hacer para lograr ambas cosas había sido renunciar a dormir.

De haberlo sabido, Cole habría insistido en que se quedara en Redemption en lugar de ir a la universidad. Habría tratado de convencerla de que para un niño era mucho mejor crecer en un pueblo como aquel que en una gran ciudad.

Podía verlo ante sus ojos como si fuera una película. Ella habría acabado rindiéndose y quedándose en Redemption.

No había sido nada fácil tomar la decisión de marcharse, ni siquiera antes de saber que estaba embarazada. Una parte de ella habría querido tomar el camino más sencillo y quedarse allí, que era donde estaba su familia.

Y el único hombre al que había amado y al que amaría en su vida.

Pero otra parte de ella ansiaba conocer cosas nuevas, deseaba volar y averiguar hasta dónde era capaz de llegar. No quería vivir y morir en aquel rincón de Montana solo porque no tenía otra opción. Si vivía en Redemption, quería hacerlo por voluntad propia, después de haber vivido otras experiencias. No quería ser una de esas personas que morían lamentándose.

Pero, ¿acaso ella no se arrepentía de cosas? Desde luego, se lamentaba de haberse alejado de Cole, aunque nadie había dicho que la

vida tuviera que ser perfecta y Ronnie era consciente de que todas las decisiones que se tomaban tenían sus consecuencias.

Además, era feliz.

O creía serlo, matizó de inmediato. Hasta que había vuelto a ver a Cole.

–Hiciste lo que debías –se dijo en voz alta.

Sabía que Cole se habría casado con ella sin dudarlo un instante, pero Ronnie se habría preguntado siempre, durante el resto de su vida, si lo había hecho porque la quería, porque la amaba de verdad, o solo porque sabía que debía hacerlo. Porque lo correcto era darle un apellido al niño y hacer de ella una mujer honrada para que nadie hiciera ningún comentario al respecto.

Ronnie sabía que no habría sido capaz de vivir con la duda.

Lo mejor había sido lo que había hecho.

Claro que Cole nunca estaría de acuerdo.

Pero eso era problema suyo, no de ella, pensó al tiempo que pisaba el acelerador.

Cole vio desaparecer su coche a lo lejos antes de volver a su oficina, situada en la siguiente calle.

Apenas acababa de sentarse después de intercambiar un par de palabras con Tim, el entusiasta ayudante al que había contratado el año pasado después de que Al St. John se retirara, cuando se abrió la puerta y entró su madre.

Midge James era una mujer alegre, de baja estatura pero gran corazón. Con el paso de los años su fisonomía había pasado de una delgadez casi excesiva a un ligero sobrepeso. Pero cada vez que había intentado ponerse a dieta, su marido, Pete, el padre de Cole, le había dicho que estaba perfecta tal y como era y que a él le gustaba «tener algo a lo que agarrarse».

Al final Midge había dejado de intentar volver a ponerse su vestido de boda y había llegado a la conclusión de que, si tenía la suerte de tener un hombre que la amaba tal y como era, seguramente lo mejor que podía hacer era disfrutar de la vida, y de ese hombre. Y eso había hecho.

Al verla entrar, Cole se fijó en que llevaba una cesta de la que salía un delicioso aroma a galletas recién horneadas, o quizá eran magdalenas.

–¿Ocurre algo, mamá? –le preguntó Cole al tiempo que se disponía a levantarse.

–Siéntate –le ordenó Midge, recalcando las palabras con un movimiento de mano–. No pasa nada. ¿Por qué? ¿Es que una madre no puede visitar a su hijo preferido sin un motivo concreto?

Cole sonrió.

–Soy tu único hijo.

–Reconozco que eso hace que sea más fácil elegir un favorito –respondió ella con esa dulce sonrisa tan propia de ella y luego dejó la cesta sobre su mesa–. Se me ocurrió que quizá quisieras comer algo –y retiró un trapo bajo el cual había al menos dos docenas de magdalenas en miniatura–. Son pequeñísimas, así uno tiene la sensación de que come menos –era uno de los trucos que había aprendido de tanto saltarse las dietas.

Miró al ayudante de su hijo, que tenía la mirada clavada en la cesta.

–Hay más que de sobra para los dos, Tim.

No hizo falta que dijera nada más. Tim se puso en pie y, un segundo después, estaba quitándole el papel a la primera magdalena.

–Qué rica –consiguió decir con la boca llena.

–Me alegro de que te guste –respondió Midge, encantada–. Prueba una, Cole.

Cole miró el interior de la cesta y eligió una bastante dorada. También las había de chocolate y seguramente de caramelo, porque su madre nunca hacía las cosas a medias.

–No es que no te agradezca que intentes hacerme engordar pero, ¿a qué has venido realmente, mamá?

Su madre puso un gesto de exagerada inocencia antes de responder.

–Tenía ganas de hacer magdalenas y ya sabes lo que pasa si tengo toda esta comida en casa. Me niego a aumentar una talla más.

–Podrías habérselas dado a Will –señaló Cole.

–Ya le he llevado algunas, y también a los demás trabajadores.

Cole observó detenidamente la magdalena que tenía en la mano.

–Está más rica si le quitas el papel –le susurró Midge.

Por fin levantó la mirada hacia el amable rostro de su madre.

–Ya lo sabes, ¿no? –le preguntó Cole.

Por un momento, Midge consideró la idea de seguir fingiendo, pero Cole era demasiado listo, así que decidió ser sincera. Después de todo, había ido allí para ofrecerle un poco de apoyo si lo necesitaba.

Y si le dejaba dárselo.

Cole era tan reservado e independiente como su padre. Desde luego, no era de ella de quien había heredado tanto estoicismo; a Midge le gustaba hablar de cualquier cosa que le preocupara.

–Sí –reconoció por fin.

–¿Hace cuánto que lo sabes? –le preguntó.

–Poco. Ayer por la tarde pasé por casa de Amos para ver qué tal estaba –Amos la había ayudado mucho tras la muerte de su marido y ahora ella tenía la oportunidad de devolverle el favor–. Vi llegar su coche justo cuando me iba.

Cole asintió lentamente mientras la escuchaba, sin desvelar sus pensamientos.

–¿Hablaste con ella? –le preguntó por fin.

Había considerado la idea de quedarse a saludarla, pero había decidido no hacerlo.

–No, pensé que era mejor dejar que viera a su padre primero. Ha estado a punto de perderlo a él y a su hermano. Lo habría hecho de no ser por ti –añadió con énfasis.

–Es posible –se limitó a decir Cole modestamente.

–Vamos, jefe –intervino Tim con evidente admiración–. Todo el mundo piensa que eres un héroe.

Cole nunca había dado importancia a ese tipo de etiquetas y los halagos siempre habían hecho que se sintiera incómodo.

–Cualquiera habría hecho lo que yo hice –dijo una vez más.

–No te esfuerces, Tim –le aconsejó Midge, luego miró a su hijo y meneó la cabeza–. Yo no sé qué pudo ver en ti esa chica, Cole –le dijo con una exasperación que apenas duró unos segundos, porque lo cierto era que su hijo era lo más cercano a la perfección que podía haber, igual que lo había sido su padre, pensó con tristeza–. Supongo que sería tu encanto.

–Supongo –respondió él justo antes de dar el primer mordisco a la magdalena–. No está mal –murmuró. Estaba deliciosa, como siempre pero, del mismo modo que le costaba recibir halagos, tampoco era muy aficionado a hacerlos.

–Cole, te prometo que cada día te pareces más a tu padre –le dijo Midge riéndose.

Eso le recordaba lo mucho que seguía echando de menos a su difunto esposo.

–¿Te vas? –le preguntó Cole al ver que se volvía hacia la puerta.

–Si no tienes ganas de hablar, prefiero volver al rancho –entonces se le ocurrió una idea–. Ven a cenar esta noche –le pidió a su hijo–. Te haré tu comida preferida –añadió para convencerlo.

Cole suspiró con resignación, pues sabía lo que pretendía. Su madre quería sacarlo de su «burbuja», como solía decir ella, algo en lo que se había empeñado desde el verano que se había marchado Ronnie.

–Estoy bien, mamá –aseguró Cole.

–Yo no he dicho lo contrario –dijo, recuperando el gesto de inocencia.

Miró a Tim McGuire al pasar por delante de su mesa. Su ayudante no parecía lo bastante mayor para afeitarse, pero en realidad pronto cumpliría los veintidós años.

–Saluda a tus padres de mi parte.

–Claro –respondió Tim con la boca llena y luego se disculpó con una sonrisa–. La verdad es que hace las mejores magdalenas del mundo, señora James. Podría darle la receta a mi madre.

A diferencia de su hijo, Midge no tenía ningún problema en recibir halagos y, de hecho, los aceptaba con verdadero placer.

–Seguro que no la necesita, Tim –respondió, encantada–. Pero puedo enseñarte a ti a hacerlas cuando quieras.

–¿A mí? –preguntó el ayudante del sheriff con incredulidad.

Tim era el típico hombre incapaz siquiera de poner agua a hervir. Seguía viviendo en casa de sus padres y creía que las madres estaban para eso, entre otras muchas cosas.

–No hay nada de malo en aprender a cocinar, Tim –le dijo Midge.

–No me imagino a Tim con delantal y la cara manchada de harina –dijo Cole, sonriendo. Luego miró a su madre y agarró una segunda magdalena–. Gracias, mamá.

–No hay de qué. No te olvides de la cena –insistió al tiempo que abría la puerta–. A las seis y media. No llegues tarde.

–¿O qué, empezarás sin mí? –bromeó Cole.

–No seas descarado –lo reprendió, pero con una enorme sonrisa–. Adiós, Tim.

–Adiós, señora James –respondió Tim con entusiasmo–. Tu madre es una mujer encantadora –le dijo a Cole con evidente sinceridad en cuanto ella se hubo marchado.

–Lo sé –dijo él.

Mientras saboreaba la magdalena, Cole se dio cuenta de que no era la primera vez que su madre mencionaba que había estado en casa de Amos McCloud. Parecía que últimamente lo hacía bastante a menudo. Decidió preguntarle por ello en cuanto tuviera oportunidad, porque no recordaba que Amos y ella estuvieran tan unidos.

Claro que a veces el dolor unía a la gente, y su madre no era de esas personas a las que les gustaba estar solas. Siempre la recordaba participando en todo lo que hubiera que hacer en el rancho, sin importarle si se manchaba las manos o si el trabajo era demasiado duro.

En eso se parecía a Ronnie, pensó Cole. Quizá se debiera, al menos en parte, a que había crecido sin una madre. Margaret McCloud había muerto poco después de tener a Ronnie. Nunca había sido una mujer fuerte. Según le había contado a Cole su madre, una mañana Margaret no se había levantado de la cama y cuando Amos había ido a ver por qué no se levantaba, o al menos atendía al bebé, que lloraba a todo pulmón, había descubierto que estaba muerta. El médico al que habían hecho ir desde otro pueblo le había dicho que había sufrido un aneurisma. Así de sencillo, se había ido para siempre.

La vida podía cambiar en un solo instante.

–Volveré dentro de un rato –le dijo a Tim al tiempo que se ponía en pie.

–¿Cuánto es un rato? –le preguntó su ayudante cuando ya estaba en la puerta.

–Más de un minuto –dijo Cole y se marchó.

CAPÍTULO 4

NORMALMENTE el patrullar por el pueblo le ayudaba a aclarar la mente.

Normalmente, pero esa vez no.

La tensión que había empezado a sentir en el momento que había creído ver a Ronnie y que no había dejado de aumentar desde entonces no parecía que fuera a desaparecer por mucho tiempo que pasara recorriendo las calles de Redemption.

Lo que más le molestaba era que no podía dejar de sentir el efecto que había provocado en él volver a Ronnie, era como un bicho que le hubiese mordido y no quisiese soltarlo.

Ronnie siempre había sido su telón de Aquiles.

Todo el mundo tenía una cruz que debía arrastrar y esa era la suya.

Mientras conducía por el pueblo pensó que todo parecía estar en orden, lo que resultaba irónico teniendo en cuenta que su vida estaba patas arriba. Pero en Redemption no ocurría nada que requiriese de su atención. No había disputas en las que mediar, cosa que ocurría a veces cuando se encendían los ánimos entre amigos o vecinos. Ni siquiera el gato de la señora Miller necesitaba que lo bajara de algún árbol.

Cole vio al enorme gato persa de la señora Miller al pasar por la tienda de antigüedades de la mujer. Estaba acurrucado en una mecedora junto a la ventana, durmiendo plácidamente. Había perdido la cuenta de la cantidad de veces que había tenido que rescatar al felino de un árbol u otro. Sin embargo, ahora que él habría necesitado que se comportase como solía hacerlo, el maldito gato dormía tranquilamente.

No había nada que lo distrajera de…

De pronto llegó a sus oídos toda una retahíla de maldiciones. De no haber tenido la ventanilla bajada, seguramente no lo habría oído, pero sin duda habría visto la cara de desesperación que tenía el propietario de la tienda de comida para animales. Ed estaba pegándole patadas a uno de los neumáticos del camión de la tienda.

Cole se detuvo frente al lugar donde había sucedido el encuentro que le había llenado el alma de desasosiego.

–¿Algún problema, señor Haney? –le preguntó Cole, sacando la cabeza por la ventanilla de la camioneta.

Ed levantó la cabeza, sorprendido de que alguien lo hubiera oído, y luego frunció el ceño.

–Dos problemas –respondió con evidente mal humor–. Primero, el camión no arranca y luego llama Billy y dice que está enfermo y no puede venir a trabajar –le explicó–. Pero, si quieres saber lo que pienso, me parece que lo único que quiere es estar con esa novia suya, Judith… no sé qué.

–Julie –le corrigió Cole–. Julie Gannon.

No dejaba de sorprenderle lo mucho que había mejorado su memoria desde que se había convertido en sheriff. Era como si la responsabilidad hubiese hecho que de pronto prestara atención a las idas y venidas de todos los vecinos del pueblo, algo que jamás le había interesado antes.

En cuanto a los nombres, hasta hacía cuatro años no habría sido capaz de retener ninguno, seguramente porque no le parecían importantes. Solo se había quedado con las caras. Sin embargo ahora, todas las caras tenían un nombre y una historia.

–Sí, esa –asintió Ed–. El caso es que tengo que entregarle un pedido al padre de Ronnie y no tengo a nadie que lo lleve al rancho –al final de la frase miró a Cole a los ojos como si esperara algo de él y, al ver que no reaccionaba, se lo dejó más claro–: ¿Tú no irás por casualidad en ese dirección, sheriff?

Cole estaba preguntándose cuánto tiempo tardaría en pedírselo.

–No pensaba hacerlo –contestó.

–Ah, vaya –murmuró Ed, con una decepción y una preocupación que parecían imposibles de transmitir con tan solo dos palabras.

Finalmente, Cole decidió no hacerlo sufrir más.

–Supongo que podría pasarme por allí –admitió.

El rostro de Ed cambió por completo al oír aquello.

–Me harías un favor enorme. Ya decía yo que eras la persona perfecta para este trabajo –añadió con orgullo.

–No creo que sea trabajo de un sheriff hacer repartos a domicilio –señaló Cole.

–No, claro que no –se apresuró a decir Ed–. Pero sí preocuparse por los vecinos del pueblo y ayudarlos aunque para ello haya que conducir un par de kilómetros más, o incluso quince –se acercó a él y bajó la voz como si fuera a confesarle un importante secreto–. Todo el mundo se acuerda siempre de una persona que le ha hecho un favor. Nunca se sabe cuándo podría serte útil algo así.

Cole se echó a reír.

–Bueno, ¿quiere que le envíe a Hank para que le eche un vistazo al camión? –le preguntó después de salir de la camioneta para meter en ella la carga del camión que había que llevar al rancho de Ronnie. Ed se apresuró a ayudarlo, seguramente con la intención de terminar antes de que tuviera tiempo de cambiar de opinión.

–No es necesario –le respondió–. Ya le llamo yo. Tú ya has hecho más de la cuenta.

Cole esbozó una sonrisa antes de decirle:

–No lo olvide, señor Haney.

Así fue como Cole se encontró camino al rancho de los McCloud quince minutos después, a pesar de que no tenía la menor gana de acercarse por allí después del encuentro con Ronnie de esa mañana.

¿A quién quería engañar? Nadie habría conseguido obligarlo a hacer algo que no quisiera hacer. Solo la gente sin convicciones y sin agallas se dejaba avasallar, dos cosas que Cole tenía en abundancia. Si realmente hubiese querido evitar a Ronnie, no habría accedido a llevarle el pedido de Ed.

Pero debía darse una excusa, así que se convenció de que lo hacía para darle otra oportunidad para que le explicara por qué se había marchado de ese modo hacía seis años. Porque hasta ese terrible día, Cole había creído que ella lo amaba, había estado seguro de ello. Tan seguro como de que él la amaba a ella.

Pero Ronnie se había marchado sin decirle ni palabra y eso no se le hacía a alguien a quien se amaba, ¿no?

De pronto miró el velocímetro y se dio cuenta de que iba más deprisa de lo que debía. La intensidad de sus pensamientos le había

hecho apretar el acelerador hasta sobrepasar los ciento cuarenta kilómetros por hora.

Bien era cierto que la carretera estaba completamente vacía, pero si daba la casualidad de que alguien lo viera, no daría muy buena imagen que el sheriff fuese sorprendido conduciendo a una velocidad que sobrepasaba en cuarenta kilómetros por hora el límite legal.

Cole frunció el ceño y levantó el pie del acelerador con la mirada puesta en el velocímetro. A veces resultaba asfixiante ser el sheriff del pueblo.

Ronnie no tenía la menor gana de conducir hasta Helena tan poco tiempo después del maratoniano viaje que había hecho desde Seattle. Lo que realmente deseaba era acurrucarse y dormir. Después de ver a Cole se había quedado sin fuerzas.

Pero también estaba muy tensa. Cole siempre había tenido el poder de acelerarla con solo mirarla o tocarla.

Especialmente cuando la tocaba, recordó con un escalofrío, pero enseguida se dijo que no había ido hasta allí para reencontrarse con él. Estaba en Redemption para ayudar a su padre a llevar el rancho mientras Wayne y él se recuperaban. Y también para estar con Wayne.

Para ver a su hermano mayor antes de que…

«No, antes de que nada», se dijo de inmediato. Wayne iba a ponerse bien.

Y ella debía ser positiva. No era de esas personas que creían en las energías o las vibraciones positivas y en todas esas tonterías, pero tampoco iba a hacerle ningún ser optimista, ¿no?

A esas alturas, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa excepto sacudir una gallina delante de Wayne mientras cantaba. Su hermano se iba a poner bien, insistió en silencio. No había motivo para pensar lo contrario.

Ronnie se volvió a mirar hacia la casa, donde había dejado a Christopher con su padre. La verdad era que su hijo había conseguido arrancarle un par de sonrisas al abuelo desde que habían llegado. Con ellos estaba ahora Juanita, la mujer que llevaba ayudando a su familia desde que Ronnie tenía uso de razón, así ella quedaba libre para poder ir a ver a su hermano.

Debió estar preparada para lo que iba a ver. Con su metro ochenta y cinco de estatura, sus hombros anchos y sus brazos fuertes, Wayne

siempre había sido un hombre sano y robusto, por lo que iba a ser muy duro verlo postrado en una cama.

Pero Ronnie tenía la impresión, por absurda que pareciera, de que, a pesar de estar en coma, su hermano iba a poder ver su reacción. Por eso no quería que nada la desanimase.

Abrió la puerta, pero antes de sentarse al volante vio algo que la dejó inmóvil.

La camioneta de Cole se acercaba hacia ella por el camino de grava. Había cientos de camionetas como aquella en los alrededores de Redemption, pero Ronnie habría reconocido la de Cole a kilómetros de distancia. Había presenciado el momento en el que se había hecho esa abolladura. A Jared Calloway se le había escapado un toro y el animal había embestido la camioneta con ellos dos dentro. Por suerte, Calloway y el padre de Ronnie habían conseguido distraerlo y atarlo.

¿Qué estaba haciendo allí Cole?

Se le aceleró el corazón de nuevo.

Era absurdo. Ya no era ninguna adolescente, era una mujer adulta. Una mujer con un título universitario, una carrera de éxito y con un hijo.

El hijo de Cole.

Todas esas cosas eran sinónimo de madurez, ¿no? Una mujer madura no reaccionaba como una adolescente soñadora, víctima de su primer enamoramiento.

Tuvo que hacer un tremendo esfuerzo para conseguir moverse. Volvió a cerrar la puerta del coche y fue al encuentro del otro vehículo.

–¿Algún problema, Cole?

«¿Además de tu presencia aquí?», pensó Cole, pero no lo dijo.

–A Ed se le ha estropeado el camión y su empleado está enfermo. Le preocupaba que pudieras necesitar algo urgentemente.

–¿Y tú te has ofrecido a traer el pedido? –preguntó ella con incredulidad. En otro tiempo se habría ofrecido sin dudarlo, pero esa época había quedado atrás hacía ya mucho. Después de la conversación de esa mañana, Ronnie estaba segura de que no querría que sus caminos volvieran a cruzarse.

–Más bien Ed me obligó a ofrecerme –admitió Cole al tiempo que se bajaba de la camioneta–. Dice que por eso me eligieron como sheriff, porque la gente del pueblo piensa que siempre estoy ahí para ayudarles, para conducir los kilómetros que sean necesarios. Después

de oír eso, me resultó muy difícil negarme.

Ronnie recordó un par de anécdotas de experiencias que habían vivido juntos.

–¿Sigue poniendo esa cara de tristeza cuando quiere que alguien sienta compasión por él?

Cole asintió, riéndose.

–Dios, yo creo que hasta ha conseguido mejorarla.

Ronnie se echó a reír también.

–Habría llegado muy lejos si se hubiese dedicado a la política –la risa desapareció en el momento en que se dio cuenta de lo cerca que estaba de Cole. Dio dos pasos atrás–. Voy a llamar a Rowdy para que descargue las cosas de tu vehículo –anunció, refiriéndose al capataz del rancho–. Mientras, acerca la camioneta al establo.

–Sí, señora –respondió él, haciéndole un saludo militar.

Ronnie se sonrojó. Sabía que a veces era muy mandona sin darse cuenta, algo que Cole no merecía, puesto que estaba haciéndole un favor.

Y era el último hombre que habría creído dispuesto a hacer algo por ella en esos momentos.

–Lo siento –se disculpó–. Ha sonado como si estuviera dando órdenes, ¿verdad?

–Un poco, sí –reconoció Cole.

No puso mala cara ni sonrió, con lo que Ronnie no supo en absoluto qué sentía.

–No era mi intención –le dijo antes de echar a andar en busca de Rowdy.

Cole la vio alejarse, admirando el contoneo de sus caderas.

De nada servía negarlo, Ronnie seguía ejerciendo un fuerte efecto en él. Y, probablemente, siempre sería así.

–Me has encontrado aquí de casualidad –le dijo Ronnie a Cole mientras Rowdy y otro empleado descargaban el pedido de la camioneta–. Estaba a punto de irme al hospital.

Cole creía recordar que le había dicho que aún no había ido a ver a su hermano.

–¿Por primera vez? –preguntó para asegurarse.

–Sí.

Para ella, la conversación de la mañana también estaba algo

borrosa. Lo único que recordaba con claridad era lo nerviosa que había estado y las ganas de salir corriendo.

Hubo un momento de silencio.

–¿Va a acompañarte alguien?

A Ronnie le sorprendió la pregunta, pues Cole sabía que era una persona muy independiente, algo que siempre había comentado sobre ella, a veces a modo de cumplido y, otras, con cierta exasperación.

–Papá está cansado y quiero que descanse para que se recupere pronto. ¿Por qué lo preguntas?

–Estaba pensando que quizá necesitaras un poco de apoyo emocional, porque no va a ser fácil ver a Wayne así.

Ronnie dejó de lado deliberadamente lo que implicaban sus palabras, que Wayne estaba tan mal que iba a resultarle duro verlo. Prefirió centrarse en lo que sí había dicho.

–Parece que después de todo sí que has cambiado un poco.

–¿Por qué dices eso? –preguntó él de inmediato.

–Porque el Cole James que yo conocía ni siquiera habría sabido que existía algo denominado apoyo emocional y mucho menos se habría preocupado por ello.

–Claro que lo sabía –protestó Cole–. Pero no me gustaba etiquetar tanto las cosas, eso es todo.

–Ya hemos terminado, señorita –anunció Rowdy desde la parte de atrás del vehículo–. Le devolvemos su camioneta, sheriff –añadió mirando a Cole.

Vio de reojo a Ronnie tapándose la boca para no echarse a reír y no comprendió qué le parecía tan gracioso.

–¿Qué? –le preguntó.

–Nada –dijo ella, pero estaba claro que mentía–. Es que no me acostumbro a que todo el mundo te llame sheriff –era un tratamiento propio de alguien mayor y con autoridad… o de un niño que jugaba a ser una persona importante–. Me recuerda a cuando jugábamos de pequeños.

–A indios y vaqueros –adivinó él–. Tú siempre hacías de india.

Ronnie asintió con orgullo y Cole se fijó en que el sol se colaba entre los mechones de su cabello, destacando las tonalidades doradas.

–Porque siempre monté mejor que tú a pelo.

–Es cuestión de opiniones –aunque esa no era la razón que él recordaba–. Que yo recuerde, era porque a mí siempre me gustó el

orden que suponía hacer de sheriff y tú siempre fuiste más salvaje.

Las siguientes palabras salieron de su boca antes de que Cole se parara a pensar o recordara que no era buena idea pasar más tiempo con Ronnie:

–Si quieres, puedo ir contigo al hospital. Para ver a Wayne –añadió al ver que Ronnie no decía nada.

Pero Ronnie no respondía porque se había quedado muda. Cuando recobró el habla abrió la boca para decirle que se lo agradecía, pero que prefería ir sola y la volvió a cerrar al ver que se abría la puerta de la casa.

Christopher se disponía a salir con su abuelo.

Por suerte, Cole estaba de espaldas a la casa y no los veía, pero no tardaría en hacerlo en cuanto Christopher la viera a ella y la llamara a gritos como solía hacer. Entonces Cole se daría la vuelta y se llevaría la sorpresa de su vida.

Ronnie no estaba preparada para que eso ocurriera. No tenía fuerzas para hacer las presentaciones y dar explicaciones, aunque fueran parciales si tenía la suerte de que Cole no sumara dos más dos de inmediato. Por eso hizo lo que hizo; en un acto de supervivencia, agarró a Cole de la mano y tiró de él hacia la puerta de la camioneta, asegurándose de que en ningún momento miraba hacia la casa.

–Bueno, ¿a qué esperamos? –le preguntó y fue hasta la puerta del copiloto.

Se sentó tan rápido como pudo. Cole la miraba sin parpadear.

–Vamos –le dijo con impaciencia.

Cole disimuló su sorpresa. Algo en lo que Ronnie no había cambiado, pensó. Siempre había sido muy impulsiva y eso lo había vuelto completamente loco porque nunca se podían predecir sus reacciones.

–Muy bien –murmuró antes de sentarse al volante y poner en marcha el motor.

En los últimos diez años, la camioneta había adquirido toda una colección de ruidos lo bastante sonoros como para enmudecer prácticamente cualquier otra cosa.

Por eso Cole se alejó de la casa sin oír los gritos del niño. Tampoco vio a ese mismo niño echar a correr hacia el establo.

Ronnie, sin embargo, sintió una punzada en el corazón al mirar por el retrovisor y ver a su hijo.

«Lo siento, mi amor, pero ahora mismo no puedo dejar que conozcas a tu padre. Aún no estoy preparada, ni tú tampoco».

Probablemente, tampoco Cole lo estaba.

CAPÍTULO 5

A PESAR de la variedad de ruidos que hacía la camioneta, el silencio parecía hacerse más intenso e incómodo con cada kilómetro que recorrían. Cole pensó en encender la radio. Antes les gustaba la misma música, pero seguramente eso también habría cambiado.

Pero no se había ofrecido a acompañarla al hospital para ir los dos en silencio y sentirse tan violentos. Nadie habría acusado a Cole de ser un parlanchín, pero una de las mejores cosas que recordaba de su amistad con Ronnie era que siempre podían hablar de cualquier cosa. Ella había sido su mejor amiga y, él, el suyo.

Lo echaba de menos porque nadie había llenado ese vacío en los últimos seis años. Nadie había podido ocupar los dos puestos que había dejado libres Ronnie.

Cole respiró hondo antes de lanzarse.

–Dime, ¿qué has hecho estos seis años?

La pregunta, el sonido de su voz rompiendo el silencio, la pillaron desprevenida, por lo que tardó un par de segundos en reaccionar. ¿Por dónde empezaba? ¿Qué podía decirle?

–Fui a la universidad, me licencié en Administración de Empresas y empecé a trabajar para una agencia de publicidad de Seattle que se llama Peerless.

Cole nunca había oído hablar de aquella empresa. Seguramente sería una de esas agencias que anunciaba cosas que la gente no necesitaba.

–¿Eso es todo? –le preguntó. Esperaba algo más que una frase, al

menos un pequeño párrafo. Habían pasado seis años.

«Ah, sí, también tuve a tu hijo. ¿Qué te parece, Cole James?».

–Sí, eso es todo –respondió Ronnie con una sonrisa en los labios.

–Parece poco para seis años –comentó Cole, preguntándose si habría alguien en su vida, si tenía alguna relación seria. Quizá estaba prometida, o casada. Aunque no llevaba anillo. Entonces no estaba comprometida con nadie, pero eso no quería decir que no lo hubiese estado o no tuviese intención de estarlo cualquier día.

La idea lo hizo estremecer.

–No te lo imaginas –respondió Ronnie. Y era cierto. En su día a día no había ni un hueco libre y aun así, tenía la sensación de que nunca conseguía hacer todo lo que tenía pendiente–. Apenas me queda tiempo para dormir –añadió, pero cambió de tema por miedo a lo que pudiera preguntarle–. ¿Y tú, qué ha sido de tu vida?

Cole se encogió de hombros. No le gustaba hablar de sí mismo, prefería que no le prestaran demasiada atención.

–Estuve trabajando en el rancho de mis padres hasta que me eligieron como sheriff.

«Y los primeros dos años no dejé de echarte de menos ni un instante», pensó sin apartar la mirada de la carretera para que sus ojos no lo delataran.

–Supongo que todos estamos muy ocupados –añadió murmurando.

–Sí –afirmó ella.

Volvió a hacerse el silencio en el interior de la camioneta y fue como si los separara físicamente.

«Esto es ridículo», pensó Ronnie. Era Cole, el mismo que había sido su mejor amigo desde la más tierna infancia, tendría que poder hablar con él sin pensar antes cada palabra que iba a decir durante diez minutos.

Fue entonces cuando se le ocurrió que había algo que él podría contarle.

–Cuéntamelo todo –le pidió de pronto, volviéndose hacia él, mirándolo con repentina impaciencia.

Cole no comprendía nada.

–¿Qué?

–Que me lo cuentes todo –repitió Ronnie–. Sobre el accidente –añadió al ver el gesto de confusión con que la miraba–. Fuiste el primero en llegar allí, así que cuéntame qué ocurrió. No quiero que me

ocultes nada.

Él había visto el aspecto de su hermano al sacarlo de los restos de la camioneta y Ronnie sospechaba que era mucho peor de lo que se había imaginado. Tenía que intentar ser positiva, pero prefería saber con qué iba a encontrarse al llegar al hospital.

–¿No le has preguntado a tu padre? –quiso saber Cole, sorprendido, pues para él habría sido el primer paso.

Claro que se lo había preguntado, pero la respuesta de Amos McCloud había sido descorazonadora y con poca información.

–Parece que no recuerda nada desde que chocaron con el camión hasta que despertó en urgencias.

Era evidente que ese episodio de amnesia temporal era otro motivo de preocupación para Ronnie.

–Tengo entendido que es habitual que ocurra eso. A veces, el cerebro bloquea los recuerdos traumáticos.

Por desgracia, el padre de Ronnie recordaba lo suficiente para culparse por lo sucedido, aunque Cole creía que no tenía motivos para ser tan duro consigo mismo.

–Por lo que he podido averiguar, por mucho que fuera conduciendo él, el accidente no fue culpa suya. El conductor del camión llevaba tres días durmiendo solo cuatro horas y conduciendo el resto del tiempo; es lógico que se quedara dormido al volante. La mala suerte quiso que tu padre estuviera allí cuando ocurrió. En otras circunstancias el único que habría resultado herido habría sido el camionero.

Lo cual le planteaba otra duda. Por lo que había conseguido que reconociera su padre, el rancho estaba sufriendo ciertas dificultades económicas, por lo que, si el camionero decidía demandar a su padre, les ocasionaría muchos problemas que ella no sabría cómo resolver en esos momentos.

Pero prefería saberlo todo, aunque fuera terrible.

–¿Qué daños sufrió el conductor del camión?

–No tantos como tu padre –respondió Cole de inmediato–. Solo algunos arañazos y magulladuras en los brazos y en la cara, porque se golpeó la cabeza contra el salpicadero. Él estaba bien, pero el camión quedó destrozado, igual que la camioneta de tu padre –añadió, por si aún no lo sabía.

–¿Mi padre y Wayne quedaron atrapados dentro? –en realidad, ya sabía que había sido así, pero le parecía imposible que hubieran salido

con vida, especialmente teniendo en cuenta lo que ocurrió después.

Cole comenzó a relatarle los hechos como si le estuviera contando una historia a un niño por enésima vez solo para hacerlo sentir mejor.

–La camioneta de tu padre dio dos o tres vueltas de campana antes de quedar boca abajo. Los dos llevaban puesto el cinturón de seguridad –él lo había visto de lejos, desde un alto de la carretera y había ido hasta allí lo más rápido posible–. Tuve que cortar los cinturones para poder sacarlos porque no había manera de desabrocharlos. Primero saqué a tu padre. Estaba más fácil, aunque no me dejaba hacerlo.

Ronnie abrió los ojos de par en par. No tenía ningún sentido.

–¿No dejaba que lo sacaras?

Cole lo veía completamente lógico. Cualquier padre protestaría al ver que alguien intentaba salvarlo a él antes que a su hijo, daba igual que el hijo midiera más de un metro ochenta.

–Quería que sacara primero a Wayne, pero estaba muy encajado y yo sabía que iba a necesitar más tiempo para liberarlo. La puerta de su lado se había metido hacia el interior de la camioneta y lo apretaba contra el salpicadero –Cole meneó la cabeza al recordarlo–. Si te soy sincero, no sé muy bien cómo conseguí sacarlo de allí. El caso es que lo hice y fue una suerte, porque la maldita camioneta explotó treinta segundos después de que saliéramos.

Ronnie escuchaba atentamente las palabras de Cole.

–¿Estaba consciente?

–No. Su pulso era débil, pero los técnicos de la ambulancia pudieron estabilizarlo antes de trasladarlo al hospital. También se llevaron a tu padre, pero solo para comprobar que no tenía ninguna lesión interna a pesar de que no dejaba de protestar y de decir que estaba bien.

Era típico de su padre, pensó Ronnie con una sonrisa de cariño.

–Es muy terco.

Cole le dedicó una rápida mirada.

–Es cosa de familia.

Ronnie esperaba aquella respuesta.

–Gracias por salvarlos –le dijo en lugar de llevarle la contraria.

Cole notó la emoción en la voz de Ronnie, como si estuviera conteniendo las lágrimas, y eso despertó recuerdos que había intentado borrar de su mente. Recuerdos que creería que desaparecerían con el paso del tiempo, pero aún seguían allí.

–No hice nada que no hubiera hecho cualquier otra persona en mi lugar –le dijo encogiéndose de hombros.

Pero Ronnie no estaba de acuerdo. Los hombres con los que se había encontrado en los últimos años no le llegaban a Cole ni a la suela de los zapatos. Pero eso era algo que había tenido que aprender de primera mano; había tenido que pagar un precio por conseguir un título universitario. El precio había sido perder a Cole. Porque, aunque la perdonara por haberse marchado de ese modo, nunca la perdonaría por haberlo privado de conocer la existencia de su hijo. Ronnie seguía creyendo que los motivos por los que lo había hecho eran perfectamente respetables, pero sabía que eso no serviría para que Cole lo comprendiese.

–Yo no estoy tan segura –le respondió con sinceridad, reconociendo sus méritos–. Siempre has tenido un lado muy heroico.

Cole maldijo en silencio. No quería sentir aquel irresistible deseo de pararse en el arcén para estrecharla en sus brazos y besarla apasionadamente. Se suponía que estaba enfadado con ella y que el enfado lo hacía inmune a sus encantos, al sonido de su voz, a su aroma. Se suponía que quería olvidarse de ella para ella.

¿Qué demonios le ocurría? ¿Dónde estaban su dignidad y su orgullo?

Cole volvió a encogerse de hombros en respuesta a su comentario.

–Si tú lo dices… –dijo antes de encender la radio.

Sería mejor así.

Ronnie creía estar preparada. Se suponía que había estado preparándose durante ochenta kilómetros, en realidad durante los últimos dos días. Desde que había hablado con su padre había estado preparándose para el momento en el que viera a Wayne en la unidad de cuidados intensivos del hospital.

Un momento en el que se le encogió el corazón.

No estaba en absoluto preparada.

Se le llenaron los ojos de lágrimas nada más entrar a aquel diminuto cubículo lleno de máquinas y de monitores que rodeaban la cama de Wayne.

Tenía un nudo en la garganta.

Ni siquiera se dio cuenta de que Cole había entrado con ella, ni de que se había quedado a un lado. Toda su atención estaba centrada en

aquel hombre al que apenas podía reconocer por culpa de las magulladuras y las inflamaciones que tenía en la cara. Estaba lleno de cables por todas partes, por lo que ni siquiera podía abrazarlo por miedo a desconectar algo. Algo que seguramente ayudaba a mantenerlo con vida.

Intentó tragar el nudo que tenía en la garganta.

Le costaba asimilar que aquel fuera Wayne. Su hermano siempre había sido para ella una fuerte inagotable de fuerza y energía, siempre le había parecido invencible. Se habían peleado miles de veces y en las discusiones ella siempre lo acusaba de ser demasiado exigente y dictatorial, pero en el fondo siempre había sabido que, si lo necesitaba, su hermano mayor siempre estaría allí, protegiéndola.

Por un momento creyó que iba a desvanecerse, pero reunió las fuerzas necesarias para seguir en pie. Tenía que ser fuerte para Wayne, debía transmitirle toda la energía que él no tenía, por el momento.

Así pues, Ronnie respiró hondo para reunir todas las fuerzas posibles y se acercó lentamente a la cama de su hermano. Le agarró una mano y entrelazó los dedos con los de él. Estaban fríos.

El contacto le heló el corazón.

Reunió un poco más de valor para intentar hablar sin que le temblara la voz.

–Vaya, hermanito, está claro que no haces las cosas a medias –tenía miedo de que se le quebrara la voz, por lo que siguió en un tono más bajo–. Cuando tienes un accidente, lo tienes de verdad, ¿no? Bueno, ya está, ya lo has conseguido. Ya estoy aquí y voy a encargarme de que te recuperes. Papá no puede llevar el rancho solo, ya lo sabes. Rowdy es muy buen hombre, pero los dos sabemos que es tan inteligente como un zapato.

Hizo una pausa para retomar fuerzas tras, la cual se vio capaz de continuar.

–Así que no tienes más opción que ponerte bien. Yo puedo quedarme un tiempo y encargarme de todo, pero tengo un trabajo en Seattle al que tendré que volver tarde o temprano, no puedo quedarme para siempre –sabía que estaba parloteando y que lo que decía no tenía ningún sentido, pero no podía parar. Era como si esperara que su hermano le dijese que se callara de una vez o le gastara alguna broma, como hacía siempre que Ronnie hablaba demasiado.

–Te lo advierto, Wayne. Tienes dos semanas, tres como máximo.

Después tendrás que volver al trabajo y dejarte de tonterías. ¿Me has oído? Apriétame la mano para que sepa que me escuchas. Vamos, Wayne, apriétame la mano.

Pero sus dedos no se movieron. Ronnie apretó los labios para no llorar.

–Está bien –dijo con la voz temblorosa–. No quieres hacerlo ahora. Ya lo harás. Y también vas a levantarte de esa cama y a salir de aquí por tu propio pie, ¿comprendes? –ya no pudo hacer nada para que no se le quebrara la voz.

Fue en ese momento cuando notó una presencia junto a ella y una mano que le ofrecía algo. Levantó la mirada y vio a Cole dándole un pañuelo.

–No me hace falta –le dijo.

En lugar de discutir con ella, Cole le agarró la cara suavemente y le secó las lágrimas que le caían por las mejillas.

–A mí me parece que sí –le respondió mientras se guardaba el pañuelo–. ¿Quieres que te lleve a casa?

Ronnie no quería irse, quería quedarse con su hermano y obligarlo a despertar, hacer que abriera los ojos de algún modo y saliera del coma.

Pero sabía que no podría hacerlo por mucho que se empeñara, así que finalmente asintió y le dijo:

–Sí, por favor.

A Cole se le desgarraba el corazón de verla así. Era muy frustrante verla sufrir de ese modo y saber que no podía hacer nada para mitigar su dolor. Podía sacar dos cuerpos de un vehículo aplastado, pero no podía curarlos. Era algo que se escapaba de su control.

Mientras le pasaba el brazo por los hombros pensó que seguramente Ronnie ni siquiera era consciente de ello porque parecía completamente perdida en su propio mundo. Quizá fuera mejor así, que se aislara de todo. Algo de lo que él sabía un poco.

Cole la sacó suavemente de la unidad de cuidados intensivos y recorrió junto a ella aquellos largos pasillos que, a pesar de las obras de renovación, seguían teniendo la estética y el olor de un viejo hospital de los años setenta.

Ronnie no recordaba cómo había llegado de nuevo a la camioneta de Cole. En cierto modo, ella también había caído en una especie de coma, le daba miedo pensar o sentir. No sabía si por respeto, intuición

o simplemente porque no sabía qué decirle, Cole no había intentado hacerla volver en sí. Cuando por fin regresó a la realidad y miró a su alrededor, se dio cuenta de que ya casi estaban llegando al rancho de su padre.

–Se va a poner bien –afirmó Ronnie con furia, no sabía si para convencerse a sí misma o para hacer que Cole lo creyera. Lo único que sabía era que necesitaba oír esas palabras y que también él las oyera.

–No hay motivo para pensar que no vaya a ser así –respondió él como si estuvieran manteniendo una conversación y no llevaran más de setenta kilómetros en completo silencio.

A Ronnie le sorprendió su respuesta, no parecía propia de Cole.

–Creo que es una de las cosas más optimistas que te he oído decir en la vida –reconoció.

No quiso arriesgarse a preguntarle si realmente era eso lo que pensaba o solo lo decía para animarla. Prefirió aferrarse a sus palabras como si fueran una garantía o, mejor aún, un talismán mágico cuya fuerza iba a ayudarla a seguir adelante. Ronnie sabía que no podía buscar esa fuerza en su padre porque esa vez era él el que necesitaba que le dieran apoyo.

–Gracias por venir conmigo al hospital –le dijo a Cole–. Sé que tienes cosas mejores que hacer que hacer de niñera.

–No te creas –respondió él con una ligera sonrisa–. Pero de nada –añadió sin que su voz delatara lo doloroso que era para él verla tan triste, ni que temía que en el futuro su tristeza fuera a ser aún mayor.

Por lo que le había dicho el médico, Wayne no tenía demasiadas posibilidades de recuperarse. Iba a ser necesario un pequeño milagro para que volviera a ser el mismo de antes o pudiera, al menos, valerse por sí mismo.

–Puedes dejarme aquí –le dijo Ronnie de repente.

Cole la miró, desconcertado, pues aún quedaba un poco para llegar a la casa.

–¿No quieres que te lleve hasta la puerta?

–No es necesario. Ya te he hecho perder demasiado tiempo.

Para no contrariarla, Cole paró el coche y se quedó mirándola un buen rato. ¿Acaso trataba de impedir que entrara a su casa con ella? Quizá estaba exagerando y simplemente era lo que le había dicho, que no quería quitarle más tiempo. Cole quería que supiese que podía contar con él si lo necesitaba.

Ronnie ya estaba saliendo de la camioneta.

–Bueno, gracias otra vez –le dijo despidiéndose con la mano.

Se comportaba de un modo extraño y Cole tuvo la sensación de que estaba echándolo, así que, en lugar de volver a poner el motor en marcha, se bajó de la camioneta.

–¿Qué haces? –le preguntó Ronnie, con evidente inquietud.

Cole no se molestó en responder, puesto que le parecía obvio. Lo que hizo fue acercarse a ella.

–Escucha, Ronnie, si necesitas alguien con quien hablar, quiero que sepas que solo tienes que llamarme.

–Lo sé, Cole –Dios, estaba siendo tan amable con ella que se sentía fatal por hacer lo que estaba haciendo–. Y te lo agradezco mucho, pero ahora mismo solo quiero llegar a casa y tumbarme.

Era obvio que estaba agotada, estaba siendo demasiado para ella.

–Lo comprendo. Solo quería que lo supieras.

Estaba dándose la vuelta para volver a la camioneta cuando se abrió la puerta del rancho. En lugar de salir el padre de Ronnie o el ama de llaves, Cole vio aparecer a un niño que bajó corriendo los escalones del porche.

No tuvo tiempo de preguntarse siquiera quién sería el pequeño porque al minuto siguiente le oyó gritar:

–¡Mamá! ¡Mamá!

El muchacho echó a correr a tal velocidad que llegó a su objetivo en un abrir y cerrar de ojos. Ante la mirada estupefacta de Cole, el niño se lanzó a los brazos de Ronnie, que esperaba arrodillada a aquel pequeño misil rubio.

CAPÍTULO 6

MIENTRAS abrazaba a Christopher con el mismo entusiasmo y cariño que lo hacía él, Ronnie tuvo que prepararse para lo que se avecinaba.

A medida que pasaban los segundos crecía su aprensión. Era como esperar a que estallara una bomba.

Cole no decía nada.

Seguramente estaba completamente asombrado y por eso guardó silencio durante tanto tiempo. Pero entonces oyó su voz grave junto a ella.

–Tienes un hijo –afirmó en lugar de preguntárselo.

Ronnie soltó a Christopher y se puso en pie lentamente mientras respiraba hondo con la mayor discreción posible.

«Tranquila, Ronnie», se dijo.

–Sí, tengo un hijo –confirmó sin mirar a Cole a los ojos.

Cole frunció el ceño y miró hacia la casa.

–¿Dónde está el padre? –preguntó, preparándose para la respuesta.

«Ahí está la gran pregunta. No metas la pata».

Ronnie se volvió hacia él a cámara lenta, rezando por que Cole no adivinara nada al mirarla a los ojos.

–Su padre y yo ya no estamos juntos –se limitó a decirle.

Tras escuchar la respuesta, Cole asintió muy despacio, como si fuera exactamente lo que habría esperado de ella.

–Otro del que saliste huyendo, ¿no?

Ronnie tuvo que tomar aire para no explotar.

–¿Qué se supone que significa eso? –le preguntó, enfadada.

Pero Cole ya se había dado media vuelta y se dirigía a la camioneta.

–Te recuerdo muy inteligente, Ronnie. Seguro que puedes responder tú sola a esa pregunta.

Claro que podía y, solo con pensarlo, se abrieron viejas heridas que no se habían curado, sino que simplemente no habían recibido atención.

–¡Yo no salí huyendo! –le gritó, dejándose llevar por la indignación, aun a sabiendas de que eso era precisamente lo que había hecho.

–¿No? ¿Cómo lo llamarías entonces? ¿Irse muy rápido? –sugirió sarcásticamente.

Ronnie le puso las manos en los hombros a Christopher en un gesto de protección y miró a Cole fijamente.

–Lo llamaría tomar la decisión más adecuada.

Cole respiró hondo para que no se le descontrolara la imaginación. Trató de no pensar en ella en brazos de otro hombre, haciendo el amor con otro. Los celos lo consumían.

La miró unos segundos más antes de bajar la vista hasta el rostro del pequeño. Tenía una inmensa sonrisa. Parecía feliz. Y sano.

–Puede que fuera así –le dijo por fin y abrió la puerta de la camioneta–. Saluda a tu padre de mi parte.

El pequeño se apartó de Ronnie y fue corriendo hasta él. Al llegar a su lado le tiró de la manga de la camisa.

Cole pensó que no era nada tímido. «Igualito que su madre», no pudo evitar añadir para sí.

–¿Es usted sheriff? –le preguntó el pequeño.

–Sí –Cole vio de reojo que Ronnie cambiaba de postura con nerviosismo. ¿Acaso creía que iba a interrogar al niño?

El pequeño abrió de par en par sus intensos ojos verdes, también iguales a los de su madre, y lo miró con fascinación.

–¿De verdad?

A pesar de todo, a pesar de que aquel niño fuera el hijo que Ronnie había tenido con otro hombre, algo que para él era una tortura, Cole tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír ante la inocencia y el entusiasmo con que lo miraba.

–De verdad –le aseguró con toda solemnidad.

Pero aún le quedaban más preguntas que hacerle. Cole intuía que

no iba a ser tan fácil.

–¿Como los de la tele?

Cole se agachó y le susurró.

–Mejor aún.

–¡Vaya! –exclamó, maravillado. Luego se volvió hacia su madre y le dijo–: Yo también voy a ser sheriff cuando sea mayor –anunció allí mismo.

Ronnie tenía todo el cuerpo en tensión. Ver a Christopher con Cole le provocaba todo tipo de sensaciones.

No podía apartar la mirada del rostro de Cole, en busca de algo que delatara que había adivinado la verdad.

«No sabe que está hablando con su propio hijo», se dijo para intentar relajarse.

–Aún te queda un poco para ser mayor –le dijo Ronnie a su hijo–. Ya hablaremos de ello más adelante, Christopher.

–Está bien –asintió el pequeño, pues aún no había llegado a la etapa en la que llevaría la contraria a su madre en todo.

Ronnie pensó que era una suerte.

–¿Christopher? –preguntó Cole–. ¿Ese es su nombre?

–Sí –respondió ella.

–¿Christopher qué más? –preguntó a continuación.

–McCloud –anunció el aludido–. Me llamo Christopher McCloud.

El apellido de Ronnie. ¿Eso quería decir que no había estado casada con el padre? ¿O que seguía teniendo ese obstinado afán de independencia? Por el momento, tendría que quedarse con la curiosidad.

–Encantado de conocerte, Christopher McCloud –dijo Cole y le estrechó la mano al niño.

En cuanto se la soltó, Ronnie se la agarró rápidamente y luego miró a Cole.

–Gracias por llevarme y por hacerme compañía.

–No hay de qué –murmuró él.

No sabía bien si estaba más sorprendido o más enfadado por el hecho de que la mujer a la que no había podido olvidar en tantos años se hubiese acostado con otro prácticamente un minuto después de salir corriendo de su lado.

–Vamos dentro a ver al abuelo –le dijo Ronnie a su hijo y comenzó a caminar hacia la casa, en busca de refugio.

Pero en lugar de seguirla, Christopher volvió a mirar al hombre al que acababa de conocer.

–¿Quiere quedarse a cenar, sheriff? Juanita va a hacer chuletas. Hasta me ha dejado que la ayudara a prepararlas.

Cole miró a Ronnie un instante.

Por una parte, la idea de que Cole se quedara la ponía muy nerviosa por dos motivos: le daba miedo que pudiera darse cuenta de que Christopher era su hijo y, además, el mero hecho de estar con él hacía que su mente tomara unos derroteros muy peligrosos. Por otro lado, había sido muy amable al llevarla al hospital a ver a Wayne y, si no lo invitaba a entrar, quizá sospechara de sus motivos.

Finalmente llegó a la conclusión de que quizá fuera mejor invitarlo a pasar y rezar para que dijera que no. De ese modo, su conciencia estaría tranquila y no habría ningún peligro.

–Quédate si quieres –le dijo amablemente.

Cole miró la hora. Eran poco más de las seis. Si su ayudante no lo había llamado ya, era porque todo estaba tranquilo en Redemption, como de costumbre. Probablemente Tim ya se había ido a casa.

Todo el mundo en el pueblo sabía el número de su teléfono móvil y el teléfono de la oficina estaba programado para derivar las llamadas a cualquiera de los dos móviles, el de Tim o el suyo, así que cualquiera que tuviera una emergencia podría localizarlos de inmediato.

Valoró la invitación de Ronnie un segundo más antes de asentir. Sabía que se había visto un poco forzada a invitarlo, pero lo cierto era que le apetecía quedarse un poco más. Así pues, se abstuvo de enumerar las razones. Eso sí, tendría que llamar a su madre para avisar de que le había surgido algo y no podría ir a cenar con ella.

–La verdad es que hace mucho que no como chuletas –miró a Christopher. El pequeño tenía la sonrisa más bonita que había visto nunca. Sin darse cuenta, le pasó la mano por el pelo–. Está bien, me has convencido.

–¡Genial! –exclamó Christopher con alegría y luego entró corriendo a la casa–. ¡Abuelo, abuelo! –gritó–. ¡Un sheriff de verdad va a cenar chuletas con nosotros!

Cole apartó la mirada de la puerta y se dirigió a Ronnie.

–¿Siempre está tan contento?

–Es un niño muy alegre. No se necesita mucho para que se entusiasme –le explicó con evidente cariño. De pronto se dio cuenta de

que se habían quedado los dos solos y se apresuró a entrar–. Voy a avisar a Juanita de que vamos a ser uno más.

Cole no pudo evitar pensar que quizá no fuera tan buena idea.

–No te importa, ¿no?

¿Fue imaginación suya o Ronnie cuadró los hombros como si estuviera a punto de librar una dura batalla?

–Si mi importara, no te habría invitado –hizo una pausa y lo miró–. ¿Por qué? ¿Has cambiado de opinión respecto a quedarte?

Cole la miró detenidamente. Uno de los problemas de la vida era que la gente analizaba demasiado las cosas, examinaba cualquier pequeño detalle con lupa. Él también cometía ese error, pero solo cuando pensaba en Ronnie y en algo que había salido tan mal después de haber sido tan maravilloso.

–No –respondió–. Yo no.

Lo cual era mentira. Cenar con ella, con su hijo y probablemente también con Amos solo serviría para recordarle todo aquello que no tenía. Lo que habría podido tener si Ronnie se hubiese quedado en Redemption en lugar de irse a la universidad. De haberse quedado allí con él, ahora estarían casados.

Y quizá incluso tuvieran un hijo como aquel. Solo con pensarlo sentía como si le hubiesen clavado un cuchillo en el estómago.

Ronnie notó que tenía la boca seca y los labios apretados al máximo.

Era absurdo. Tenía que controlarse. Sabía que al volver a Redemption había muchas posibilidades de que se encontrara con Cole y, una vez que ocurriera eso, también sabía que tendría que actuar con normalidad, no mostrarse nerviosa y tensa porque entonces él se daría cuenta y llegaría a la conclusión que ella no quería que llegara.

–Estupendo, entonces te quedas a cenar con nosotros –consiguió decir con normalidad y enseguida volvió a ponerse en marcha hacia la casa, seguida por él–. A menos que Juanita no tenga suficientes chuletas para todos –añadió sin atreverse a cruzar los dedos.

Juanita tenía chuletas más que suficientes. Ante la pregunta de Ronnie, la experimentada cocinera miró a la hija de Amos McCloud como si hubiese perdido la cabeza.

–Claro que hay chuletas suficientes –afirmó, ofendida–. ¿Alguna vez ha faltado comida en esta casa? Amos y Wayne siempre han tenido

muy buen apetito –al nombrar a la única persona que faltaba, su rostro se llenó de tristeza, pero enseguida se recuperó y miró a Cole con una enorme sonrisa–. Me alegro mucho de que esté aquí, señor Cole.

Christopher lo miró con cierta confusión.

–¿Ese es su nombre? ¿Cole? –le preguntó.

Ronnie adivinó lo que iba a ocurrir y le puso freno.

–Pero tú debes llamarlo sheriff o señor James –le ordenó.

Además de que era eso lo que le había enseñado a su hijo, a dirigirse siempre a todo el mundo con respeto, en el caso particular de Cole le parecía peligroso que Christopher se tomara demasiadas confianzas.

El niño asintió de inmediato, dispuesto a cualquier cosa con tal de caerle bien al sheriff.

Amos McCloud aún cojeaba por culpa del accidente, por lo que caminaba con la ayuda de un bastón que le había llevado Midge y que había pertenecido a su difunto esposo. Era evidente que le resultaba muy frustrante moverse tan despacio, por mucho que Ronnie le hubiese dicho que debía sentirse agradecido de no haber acabado en una silla de ruedas. Para siempre.

Amos no quería que nadie le dijera que tenía suerte hasta que su hijo despertara del coma. Hasta entonces, todo tendría que esperar. No obstante, intentaba poner buena cara por el bien de su nieto y no dejarse llevar por el profundo pesar que sentía desde aquel maldito accidente.

Miró al hombre que le había salvado la vida, a él y a su hijo, y trató de sonreír. Últimamente todo le suponía un tremendo esfuerzo; por el momento estaba consiguiendo controlar la amargura y la culpa, pero no sabía muy bien cuánto podría aguantar.

–Hola, Cole, me alegro de que estés aquí –dijo con sinceridad–. Veo que Ronnie ha conseguido en poco tiempo lo que le ha sido imposible a este viejo –se dirigió a su hija para explicárselo–. No sabes las veces que le he pedido que viniera a cenar para darle las gracias por salvar a mi hijo.

–Y a ti –le recordó Ronnie suavemente. Sabía muy bien lo que pensaba su padre, pero esperaba que él no supiese lo que pensaba ella.

Amos meneó la cabeza.

–Ya me dirás de qué sirvo en este estado.

–De mucho –le contradijo Ronnie con cariño, al tiempo que lo

agarraba del brazo–. ¿Quién si no tú podría contar esos magníficos cuentos?

Si bien era cierto que su padre no iba mucho a Seattle y cuando iba no se quedaba mucho tiempo, entre Christopher y él siempre había habido un vínculo muy fuerte.

Al principio había tenido el temor de que su padre le diera la espalda al enterarse de que estaba embarazada. Amos era un hombre chapado a la antigua, por lo que la noticia le había sorprendido, especialmente cuando Ronnie le había dicho que el padre de la criatura no formaba parte de su vida. Ella no había querido que ni él ni nadie supiese que el niño era de Cole.

A su padre no le había gustado que se negase a decirle siquiera el nombre del responsable, pero todo había quedado olvidado y perdonado en cuanto había nacido Christopher. Había sido una maravillosa sorpresa para Ronnie verlo aparecer en el hospital de Seattle al día siguiente de dar a luz. Su mejor amiga lo había llamado para informarlo de que su hija estaba de parto. Según le había dicho él mismo, ni una manada de caballos salvajes habría podido impedirle que fuera a verla.

Le había preguntado por el padre de su nieto una sola vez y, al no recibir respuesta, no había vuelto a mencionarlo nunca más. Lo único que le importaba era que el bebé y ella estuviesen bien. No quería arriesgarse a perderla, ya había tenido suficiente con perder a su madre, le había dicho con profunda tristeza. Así pues, no tenía la menor intención de apartar de su vida a su propia hija.

–¿Eso es lo único para lo que sirvo? –le preguntó Amos con fingida indignación, mirando a su nieto y a su hija–. ¿Para contar cuentos?

Ronnie se inclinó sobre él y le dio un beso en la mejilla, áspera por la ligera barba blanca.

–Sirves para mucho más que eso y lo sabes –le dijo–. Ahora deja de tratar que te regale los oídos. Ya sabes lo mucho que te quiero –añadió antes de mirar a Juanita–. ¿Está lista la cena?

–Solo faltáis vosotros, así que lavaos las manos, sentaos y yo traeré la comida –dijo al tiempo que los sacaba de la cocina, de su territorio.

–Ya has oído –le dijo Ronnie a Cole, tratando de parecer relajada–. En esta casa, Juanita es la ley.

–Exacto –confirmó la aludida–. No lo olvide, sheriff –le advirtió la enérgica señora.

Cole se echó a reír, ante su propia sorpresa y la de Ronnie.

Entonces la miró y fue como si el tiempo se detuviese.

Durante un instante fue como si no hubiesen pasado los años, casi como si volvieran a aquellos días en los que siempre estaban juntos en casa de uno o de otro, cenando, estudiando o simplemente pasando el rato.

Pero tuvo que volver a la realidad y reaccionar.

–Sí, señora –le dijo a Juanita.

–Ya sabe dónde está el baño, señor Cole, así que vaya a lavarse las manos –le dijo una vez más ella.

–¡Yo le enseñaré dónde está! –se ofreció Christopher con entusiasmo.

Ni su madre ni Cole quisieron decepcionarlo diciéndole que podía ir solo sin problema. Así pues, el muchacho agarró a su nuevo ídolo de la mano y tiró de él.

–Me parece que tu hijo está maravillado con el sheriff –le comentó Amos a su hija en cuanto los vio desaparecer por el pasillo.

–Sí, eso parece.

El problema era que Ronnie no sabía si eso era bueno o malo. No quería que Cole descubriese que Christopher era su hijo, no después de que hubiera pasado tanto tiempo. Sabía que jamás la perdonaría si se enteraba y ya se sentía demasiado aislada y sola.

–¿Puedo hacer algo? –le preguntó a Juanita.

–Sí, lavarte las manos y sentarte a la mesa –respondió sin miramientos la encargada del funcionamiento de la casa.

Amos y su familia podían hacer lo que deseasen siempre y cuando obedeciesen a Juanita, que no admitía ningún tipo de rebeldía.

Ronnie esbozó una sonrisa. En un mundo tan inestable, al menos sabía que siempre podría contar con Juanita, algo muy importante para ella.

–Ya la has oído –le dijo a su padre, sonriendo aún–. Vamos a lavarnos las manos –dicho eso, lo tomó del brazo y lo llevó hasta el aseo de la entrada.

CAPÍTULO 7

SI A Ronnie le preocupaba que durante la cena hubiese algún silencio incómodo, no tardó en comprobar que no había necesidad de hacerlo.

Cada vez que se le daba la menor oportunidad, Christopher la aprovechaba para hablar sin parar.

Su hijo tenía toda una colección de temas de conversación que manejaba con la soltura de alguien mucho mayor que él.

Primero les relató todos los acontecimientos del día, citándolos en orden cronológico de principio a fin. Después bombardeó a Cole con una infinidad de preguntas que daban cuenta de una curiosidad insaciable sobre lo que era la vida de un sheriff de verdad.

Cole, a quien Ronnie no recordaba como una persona demasiado habladora, y lo recordaba absolutamente todo de él, respondió con absoluta paciencia a todas y cada una de las preguntas. Pero llegó un punto en el que Ronnie se sintió en la obligación de acudir al rescate.

–Christopher, no creo que el sheriff se haya quedado a cenar para hacer frente a un interrogatorio –le dijo a su hijo con cariño.

Además del manejo de la retórica, Christopher tenía una insaciable necesidad de aprender cosas nuevas y siempre preguntaba aquello que no comprendía.

–¿Qué es un interrogatorio?

–Es cuando alguien tiene que responder a muchas preguntas –le explicó su madre.

–Ah –Christopher se quedó pensativo y luego miró a su nuevo

héroe con gesto arrepentido–. Lo siento.

–No te preocupes –le dijo Cole amablemente–. Hacer preguntas es la mejor manera de aprender. Y a mí no me importa responderlas –añadió para que Ronnie lo supiera.

Eso hizo que Christopher volviera a sonreír y se dispusiera a lanzarle una segunda tanda de preguntas.

Esa vez, Ronnie se limitó a sonreír a Cole.

–Tú lo has querido –le susurró mientras hablaba su hijo.

Cole sintió un escalofrío al ver aquella sonrisa. Había olvidado lo mucho que le gustaba verla sonreír. Le encantaba ver cómo sus labios se curvaban ante una broma o cuando…

Dios, cuánto desearía…

¿Qué era eso que solía decir su padre? Algo así como que si los deseos fueran caballos, los mendigos serían reyes. En cualquier caso, sus deseos no iban a cambiar nada. La situación, y su vida en general, eran las que eran y de nada servía imaginarlas de un modo distinto. Solo acabaría frustrado.

Juanita apareció en el comedor con un pastel de nata y fresas que dejó en la mesa antes de mirar a Cole, orgullosa.

–Era tu favorito, ¿verdad?

–Sí –respondió él, sorprendido de que se acordara y de que diera la casualidad de que lo había preparado justo esa noche.

–Estaba todo riquísimo –aprovechó para decirle Ronnie mientras retiraba los platos.

–Gracias –respondió Juanita.

Esa vez no le dijo, como muchas otras, que era consciente de que cocinaba bien, seguramente porque quería ser amable delante del invitado. A Juanita no le faltaba ni una pizca de autoestima.

–Voy a echar de menos cocinar para ti –añadió la mujer.

Ronnie la miró, sorprendida.

–¿Quieres decir cuando vuelva a Seattle? –tenía que ser eso, no podía ser que fuera a marcharse. Juanita llevaba toda la vida con la familia.

–No –respondió dejando patente su tristeza.

–Juanita se marcha a Texas y va a estar allí algún tiempo –le explicó Amos, que parecía haberse resignado a que fuera así, pero tampoco parecía muy contento.

La propia Juanita le dio el resto de la información:

–Van a operar a mi hermana pequeña, así que tengo que cuidar de sus cuatro hijos hasta que ella se recupere.

«Dios, las desgracias nunca vienen solas», pensó Ronnie. Desde que había llegado había estado tratando de encontrar la manera de ocuparse de todo. No iba a ser nada fácil sustituir a Wayne en el rancho, aunque fuera temporalmente, porque su hermano llevaba la contabilidad y ayudaba a los empleados con los caballos. Además de eso, tenía que atender a su padre e ir a ver a Wayne al hospital siempre que pudiera.

Para complicar aún más las cosas, ahora tendría que encargarse también de las tareas de la casa. Sabía que su padre tenía algunas nociones de cocina, pero no creía que bastaran para que nadie, ni siquiera él, quisiera comer lo que preparara. Así que tendría que hacerlo ella.

–¿Cuánto tiempo vas a estar fuera? –le preguntó a Juanita.

–No mucho –aseguró la mujer, pero sus siguientes palabras parecieron contradecirla–. Alrededor de dos meses.

–Vaya.

En la situación en la que estaban, dos meses eran casi una eternidad. «No te preocupes», se dijo. Si había podido criar sola a su hijo sin dejar de ir a clase, también podría con aquello.

–Vamos a echarte mucho de menos –le dijo, tratando de disimular su desesperación.

De pronto notó la mirada de Cole clavada en ella. ¿Era una sonrisa lo que veía en sus labios? Seguramente estaba disfrutando mucho viendo cómo luchaba por volver a tomar las riendas de la vida que había abandonado.

Juanita la miró y sonrió.

–Sabiendo que vas a estar aquí tú, ya no me siento tan mal por tener que marcharme.

–Ronnie al rescate –murmuró Ronnie con una sonrisa forzada.

Una sonrisa que nada tenía que ver con la que iluminaba el rostro de Cole.

–Nunca ha habido un reto que no pudieras afrontar –comentó él.

Ronnie reconocía un desafío en cuanto lo oía. Y reaccionó como solía hacerlo ante ellos.

–Ni lo habrá –aseguró mirándolo fijamente. Iba a salir de aquella aunque le fuera la vida en ello.

Durante un rato, Christopher había tenido toda la atención puesta en la porción de pastel que le habían colocado delante pero, una vez acabado, comenzó una nueva ronda de preguntas.

Aprovechando que Cole volvía a estar entretenido, Ronnie siguió preguntándose cómo demonios iba a hacer todo lo que tenía por delante.

Cole acabó quedándose en el rancho de los McCloud mucho más tiempo de lo que pensaba.

En realidad, ni siquiera había pensado quedarse, se corrigió horas después, mientras se ponía en pie. Amos se quedó sentado en la butaca que lo acompañaba desde los primeros años de su matrimonio y aún seguía con él. Seguramente Christopher lo habría acompañado a la camioneta de no ser porque, finalmente, se había quedado sin energía y ahora dormía acurrucado en el sofá.

–Si quieres puedo subirlo a su habitación –se oyó decir a sí mismo. ¿Desde cuándo se ofrecía a hacer ese tipo de cosas?

–No hace falta –respondió Ronnie–. Podría despertarse y someterte a otro bombardeo de preguntas –añadió bromeando. No dejaba de maravillarle de que a su hijo pudieran ocurrírsele tantas cosas; su cerebro nunca descansaba–. Deberías huir ahora que puedes.

–Tú sabes de esas cosas –respondió Cole.

Lo había dicho sonriendo, pero Ronnie sabía que estaba burlándose de ella. Igual que sabía que no la había perdonado por el modo en que se había marchado seis años antes.

«Lo hice por tu bien, Cole. Por el tuyo y por el mío. En esa época yo no habría sido feliz aquí, habría acabado pagándolo contigo y tú habrías acabado odiándome».

–Solo a veces –admitió, respondiendo a su comentario.

Él la miró un momento, como si estuviera evaluándola y, en cierto sentido, quizá fuera así.

–Te has vuelto más humilde –dijo y se dirigió hacia la puerta.

A Ronnie no le gustaba esa palabra. Lo que sí le había dado una lección de humildad había sido tomar en brazos a su hijo recién nacido y sentir que estaba ante un milagro.

–Supongo que ahora veo las cosas de otra manera.

Al ver que abría la puerta, Ronnie consideró la idea de despedirse de él allí y poner fin a la velada sin dar pie a que continuara la

conversación. Pero lo cierto era que todo había ido mucho mejor de lo que había imaginado y aún no tenía ganas de que acabara la noche. Así pues, salió con él y cerró la puerta tras de sí.

Pero antes de hacerlo, miró de nuevo al salón. No solo no se había despertado Christopher, sino que su padre también parecía haberse quedado dormido.

Desde que había llegado al rancho se había fijado en que Amos se quedaba dormido con mucha facilidad; solo esperaba que fuera porque estaba recuperándose del accidente y no porque le faltaran las fuerzas.

Su padre siempre había sido un hombre fuerte y lleno de vitalidad. Él había sido su primer héroe y quería seguir viéndolo así. Los héroes jamás se quedaban sin fuerzas, pero a veces debían enfrentarse a algún revés.

–Gracias por tener tanta paciencia con Christopher –le dijo a Cole, ya en el porche–. Sé que a veces es muy intenso.

–No tienes nada que agradecerme –respondió él con total sinceridad–. Parece tener una energía inagotable.

Cole la miró y se preguntó cómo iba a hacer Ronnie para hacer frente a todo aquello.

–Tengo la impresión de que dentro de unos años te va a costar seguirle el ritmo.

–¿Dentro de unos años? –repitió ella y se echó a reír, olvidándose por un momento de la tensión–. Intenta seguírselo ahora. Christopher es pura energía desde que se levanta hasta que se acuesta. De hecho, es una sorpresa que se haya quedado dormido. Pero insisto, te agradezco mucho que hayas respondido a todas sus preguntas con tanta paciencia –cualquier otro adulto habría acabado por decirle que lo dejara en paz y se fuera a jugar, lo que sin duda le habría dolido mucho a Christopher. Nunca lo había visto encariñarse tan rápido de nadie.

«Tiene motivos para ello», dijo una voz en su interior, pero Ronnie la acalló de inmediato.

–Sé que para él ha sido muy importante –siguió diciéndole a Cole–. Creo que podemos decir que te has convertido en su nuevo héroe.

–¿No tiene mucha relación con su padre? –preguntó Cole.

«Hasta hoy, no».

Ronnie trató de apartar aquellas palabras de su mente porque sabía que podrían hacerle sentir una emoción que no podría ocultar.

–No –consiguió responder con frialdad.

–Es una lástima –Cole meneó la cabeza. Había cosas que le costaba mucho comprender–. Ese tipo no sabe lo que se pierde.

–No –reconoció Ronnie–. No lo sabe –tenía que cambiar de tema antes de que los remordimientos se apoderaran de ella y se viera obligada a confesárselo todo–. Ha sido una noche muy agradable –le dijo entonces y, al encontrarse con sus ojos, se le encogió el estómago–. Gracias.

De los labios de Cole salió algo parecido a la risa.

–No dejas de darme las gracias por cosas que no tienes por qué agradecerme –hizo una pausa para medir las palabras que iba a decir a continuación y tratar de decidir si debía hacerlo. Finalmente, optó por lanzarse. Al fin y al cabo, no tenía nada que perder–. Para mí no ha sido ninguna tortura precisamente.

–¿No? –le preguntó Ronnie con la mirada clavada en sus ojos.

No podía creer que se estuviese comportando de ese modo, no era propio de ella hacerse la tímida. ¿Qué le ocurría? Siempre había sido una mujer directa y sincera que hacía frente a cualquier desafío sin rodeos. Estaba sorprendida consigo misma y no le gustaba demasiado. Sin embargo, allí estaba.

–No –respondió él, mirándola también–. En absoluto.

Cole maldijo en silencio al enfrentarse a sus ojos. Ronnie seguía teniendo el poder de hacer que quisiera olvidarse de todo solo por estar más tiempo con ella.

«No es cierto», protestó una voz en su interior. «De ser así, te habrías marchado con ella cuando se fue del pueblo».

Lo cierto era que habría acabado haciéndolo, pero ella no le dio una última oportunidad. No había vuelto a pedirle que se fuera con ella. Después de que hicieran el amor, Ronnie se había marchado sin dejarle ni una nota, nada. Se había marchado rompiéndole el corazón.

Pero su corazón no era lo único que había resultado herido, también su orgullo había recibido un buen golpe. Al menos eso último había conseguido recomponerlo, prometiéndose que nunca más volvería a permitirse ser tan vulnerable. Sin embargo, allí estaba, pensando cosas que no debía, deseando cosas que solo podrían acabar haciéndole daño.

Levantó la mirada al cielo y vio la luna rodeada de estrellas. Unas estrellas tan brillantes que daban ganas de contarlas. Era la clase de noche que mucha gente creía perfecta para el amor.

Pero eso no existía.

Cole estaba convencido de que el amor no era más que un mito, igual que los unicornios o los caballos con alas. Cuando uno creía haberlo descubierto, desaparecía de pronto y lo dejaba como si nunca lo hubiera tenido. Porque no existía.

Pero si hubiese creído en ello, si pensara que existía de verdad, habría sentido el impulso de besar a Ronnie, a pesar de todo lo que había pasado entre ellos.

La luna la bañaba con su luz suave de un modo que hacía que Cole sintiera mariposas en el estómago.

Por un momento se quedó allí, mirándola a los ojos, tratando de ganar una batalla que no quería ganar, pero que aun así era una batalla que debía ganar. Porque ya había pasado por todo eso antes y el resultado había sido muy doloroso.

No quería volver a sufrir. Con una vez había sido más que suficiente.

Ronnie contuvo la respiración mientras sentía los latidos de su corazón contra el pecho. Solo podía hacer eso. Sentir. Pero sabía que no debía permitírselo.

Dios, después de seis años y nada más volver, nada más verlo, volvía a sentir lo mismo por él. Volvía a estar loca por Cole. Era una locura.

Se suponía que el paso de los años hacía más sabias a las personas, pero a ella solo la había hecho más vieja. Nada más.

Ahí estaba, deseando que él diera el siguiente paso.

Que la tomara en sus brazos o que simplemente se inclinara un poco.

Y la besara.

«Por favor», suplicó en silencio.

El momento se alargó y se alargó, hasta que ninguno de los dos pudo más.

CAPÍTULO 8

¿EN QUÉ demonios estaba pensando? ¿Tantas ganas tenía de sufrir?

Si besaba a Ronnie volvería a pasar por lo mismo una vez más. Por mucho que hubiese vuelto a hacerle sentir mariposas en el estómago, si no caía en la tentación, al menos tenía una posibilidad de volver a superarlo.

Pero si la besaba, estaría perdido. Se desvanecería de inmediato la poca inmunidad que había conseguido adquirir durante aquellos años.

Así pues, dio un paso atrás deliberadamente y se llevó la mano al ala del sombrero a modo de despedida, como si se tratara de cualquier otro habitante de Redemption y no de la mujer que siempre había conseguido llegarle al corazón.

¿Cómo era posible que una persona causara tal efecto en él? No sabía cuántas veces se había hecho la misma pregunta y seguía siendo tan incapaz de responderla como la primera vez que se la había planteado, la primera vez que se había dado cuenta de que estaba enamorado de ella.

Ya entonces hubo algo dentro de sí, su instinto de conservación, que le dijo que no debía hacerlo. Que no era buena idea enamorarse de Ronnie. Porque amar a alguien lo volvía vulnerable y hacía que la otra persona tuviera un poder sobre él que nadie debería tener. Un poder que podía ocasionar mucho dolor, como el que le había causado Ronnie, aunque hubiese sido involuntariamente. No era justo, pensó Cole. Pero en realidad ya lo sabía.

–Ya nos veremos, Ronnie –le dijo–. Llámame si necesitas cualquier cosa –y una vez dicho eso, se montó en la camioneta y se marchó.

«Llámame si necesitas cualquier cosa». Sus palabras retumbaron en la mente de Ronnie. «Pues sí, necesito algo», pensó con rabia y frustración. «Necesitaba que dieras el primer paso para haber podido fingir que lo que sucedía estaba fuera de mi control».

La invadió la decepción mientras seguía allí de pie, viendo alejarse la camioneta de Cole para después desaparecer en la oscuridad.

Dios, ¿qué demonios quería? ¿Volver a subirse a esa montaña rusa? ¿Acaso no tenía ya bastantes cosas a las que hacer frente? ¿Cuánto más creía que podía aguantar? Tenía que dirigir el rancho, cuidar de su padre y de Christopher, estar con Wayne y ahora también ocupar el lugar de Juanita. Hasta la heroína más poderosa tenía sus límites.

Añadir una complicación más retomando su relación con Cole sin duda sería un desastre; no sería algo romántico y maravilloso, más bien sería como caminar por la cuerda floja a la pata coja. Se pasaría el tiempo conteniendo la respiración, esperando que Cole descubriese la verdad y entonces, cuando por fin lo hiciera, la odiaría durante el resto de sus vidas.

Sin duda ella lo odiaría a él si estuviese en su lugar y él le hubiese ocultado algo tan importante.

Ronnie se pasó las manos por los brazos para espantar un escalofrío. Recordó entonces que al día siguiente tenía que levantarse temprano para empezar con su interminable lista de tareas. No podía perder el tiempo con romanticismos o arrepintiéndose de cosas del pasado. Ese tren se le había espado hacía ya mucho tiempo.

Así pues, respiró hondo, se dio media vuelta y volvió al interior de la casa.

De pie con la paja fresca por las rodillas, Ronnie paró un momento para secarse una vez más el sudor de la frente. No podía dejar de sudar.

Igual que los dos días anteriores, llevaba levantada desde antes del amanecer, había limpiado el establo y luego había vuelto a la casa para ocuparse de los libros de contabilidad, que había que poner al día. En ese momento, sin embargo, estaba llenando de paja los distintos compartimentos del establo.

Había olvidado por completo, y sin el menor esfuerzo, lo que era aquello. Había olvidado lo cansado que era limpiar los compartimentos

para después volver a poner la paja fresca. Y el olor que manaba de allí.

También había olvidado lo que era levantarse antes incluso que los pájaros para empezar la jornada de inmediato. Pero tenía que levantarse a las cuatro de la mañana si quería tener una mínima oportunidad de hacer todo lo que tenía que hacer.

Se había dado cuenta de que no solo estaba sustituyendo a su hermano, también a su padre. Amos McCloud podía estar por allí, pero Ronnie no quería que hiciera nada excepto concentrarse en su recuperación. No podían arriesgarse a que sufriera una recaída y acabara en el hospital. Aunque Ronnie no iba a decírselo, la verdad era que Amos ya no era tan fuerte como antes.

Dios, le dolían las manos de agarrar la horquilla con tanta fuerza. Se las miró y comprobó por qué le dolían: ya le estaban saliendo callos.

–Estupendo, justo lo que yo quería. Tengo las manos como un ranchero viejo –murmuró con rabia y quizá un poco de autocompasión.

–Para eso se inventaron los guantes, para que las manos de las mujeres siguieran siendo suaves.

Ronnie se sobresaltó al oír aquella voz de mujer y, al darse la vuelta, se encontró con el rostro redondo y angelical de Midge James.

¿Qué estaba haciendo allí la madre de Cole?

Ronnie se retiró el pelo de la cara. No había nada que pudiera hacer para tener un aspecto un poco más presentable.

–Lo siento, señora James. No la he oído entrar –se disculpó.

–No me extraña –observó la otra mujer, con gesto divertido–. Estabas moviéndote tan rápido que la horquilla parecía un diapasón. Me parece que a estas alturas puedes llamarme Midge. Siempre que alguien me llama «señora James» tengo la impresión de que voy a darme la vuelta y voy a encontrarme con la madre de mi difunto esposo, observándolo y criticándolo todo con cara de pocos amigos. No me tenía mucha simpatía –le confesó.

Ronnie dejó la horquilla apoyada en la pared, respiró hondo y miró a la recién llegada, preguntándose qué estaría haciendo allí.

–¿Puedo hacer algo por usted?

–No, por Dios –respondió Midge riéndose–. Por lo que veo tú ya tienes más que suficiente que hacer. Pero sí que hay algo que puedo hacer yo por ti –añadió con alegría.

Ronnie no comprendía nada. No sabía a qué se refería la madre de

Cole, pero agradecía tener una excusa para tomarse un pequeño descanso.

–¿De qué se trata? –le preguntó sin rodeos, pues recordaba que la madre de Cole tenía la costumbre de contar las cosas de la manera más larga posible.

Y parecía que seguía practicando dicha costumbre.

–Cole me ha dicho que Juanita ha tenido una emergencia familiar.

Ronnie asintió.

–Sí, van a operar a su hermana, así que tiene que cuidar de sus sobrinos.

¿Habría ido para proponerle a alguien que sustituyera a Juanita? Si era así, se podría haber ahorrado el viaje porque Amos McCloud no iba a permitir que en su casa trabajara, y viviera, ninguna desconocida. Ronnie había oído contar que había tardado todo un año en acostumbrarse a que Juanita viviera con ellos. Además, conociendo a su padre, Ronnie sabía que, si contrataba a otra persona, aunque fuera temporalmente, Amos creería que estaba siendo desleal con Juanita.

Del mismo modo que había sentido que estaba siendo desleal con su esposa por haber metido a Juanita en la casa años atrás. Por suerte, su difunta cuñada Katie había conseguido convencerlo de que era la única manera de que él pudiera seguir trabajando en el rancho y que sus hijos estuviesen siempre bien atendidos.

–Si ha pensado en alguien para que nos ayude en la casa –le dijo Ronnie, anticipándose a la respuesta de la madre de Cole–, me temo que ha hecho el viaje en vano. Mi padre es un hombre estupendo, pero no es precisamente hospitalario cuando se trata de que alguien viva en su casa.

–Creo que esto va a parecerle bien –respondió Midge como si estuviera a punto de reírse–. En realidad, ya he estado en la casa. Os he traído un poco de comida que he hecho y me he tomado la libertad de ponerla en el refrigerador –antes de que Ronnie pudiera decirle nada, añadió–: Tenía un par de horas libres, así que pensé que os iría bien un poco de ayuda.

–Gracias –le dijo Ronnie con absoluta sinceridad–. Pero no quiero abusar de usted de esa manera –tampoco quería que nadie creyera que no podía hacerlo sola. O que los McCloud necesitaban ayuda.

–No estás abusando porque me estoy ofreciendo yo. Hay una gran diferencia –señaló la mujer con firmeza–. Además, ya he empezado.

Solo quería salir para que supieras que estoy aquí.

A Ronnie seguía sin parecerle bien. Aquello no era problema de Midge, era ella la que debía afrontarlo.

–Señora James…

–Midge –la corrigió de inmediato, pero con dulzura–. Por favor.

–Midge –repitió Ronnie, tratando de que no se le notara lo extraño que le parecía tutear a la madre de Cole–. No puedo permitirlo.

–Veronica, tengo demasiado tiempo libre y necesito sentirme útil. Cole es tan independiente que a veces me resulta doloroso. De todas maneras, su casa es tan pequeña como una caja de cerillas, por lo que se limpia en menos de media hora. La mía está tan limpia que se podría comer en el suelo –dijo con cierto orgullo–. El rancho lo dirige estupendamente el hombre que contraté, así que no queda mucho que yo pueda hacer. Cuando una persona deja de ser útil, se consume, y yo no quiero consumirme.

Ronnie suspiró con resignación, consciente de que no tenía otra alternativa que rendirse.

–No quiero ser la responsable de que te consumas –aseguró con solemnidad.

Midge se echó a reír.

–Así me gusta –le dijo sonriendo–. La comida está preparada para cuando quieras hacer un descanso –una vez dicho eso, se dispuso a salir, pero se detuvo antes de llegar a la puerta del establo–. Por cierto, tu hijo…

Ronnie se quedó sin respiración bruscamente. ¿Acaso sospechaba algo? ¿Habría visto algo en Christopher que le había recordado a Cole cuando tenía su edad? Ronnie creía que su hijo se parecía sobre todo a ella, pero de vez en cuando veía algo de su padre en él. ¿Lo habría visto también la madre de Cole?

Por si acaso, ya tenía una excusa preparada, diría que a esa edad todos los niños se parecían, pero sabía que era muy poco convincente.

–¿Sí? –preguntó Ronnie, preparándose para lo peor.

–Es el niño más bonito que he visto –le dijo Midge–. Y también es muy educado –sonrió aún más antes de añadir–: Su comportamiento habla muy bien de ti.

Ronnie sintió un profundo alivio al oír aquello.

–Es un muchacho estupendo –admitió Ronnie–. Y muy listo –algo de lo que se sentía muy orgullosa–. Iré para allá dentro de un rato –le

dijo antes de volver a agarrar la horquilla.

–Si no lo haces, vendré a buscarte –prometió Midge–. Supongo que sabes que no podrás ayudar a nadie si trabajas sin parar y te matas de hambre.

Cole no había heredado esa tendencia a exagerar de su madre, pensó Ronnie.

–Sí, señora –respondió–. Ah, señor… quiero decir, Midge –se corrigió.

–¿Sí?

Ronnie sonrió, agradecida.

–Gracias.

Midge volvió a echarse a reír.

–No tienes por qué darme las gracias, Veronica. Esto es lo que hacen los buenos vecinos –aseguró y recalcó sus palabras guiñándole un ojo.

Ronnie se preguntó qué significaría aquel guiño. ¿Sería un simple gesto de complicidad, o algo más? Pero, ¿qué?

¿Tendría alguna sospecha de que entre Cole y ella quedaba algo más que resentimientos? Si era así, ¿se lo contaría a Cole?

Dios, efectivamente, estaba volviéndose paranoica. La señora James no estaba haciendo más que lo que le había dicho, comportarse como una buena vecina. Nada fuera de lo habitual en Redemption, donde solían cuidar unos de otros. Lo que ocurría era que ella había estado tanto tiempo fuera que había olvidado cómo eran las cosas en aquel pueblo, pensó sin darse cuenta del aprecio que de pronto sentía hacia Redemption.

–No sé cómo darte las gracias –dijo Ronnie al tiempo que apartaba el plato ya vacío.

No recordaba la última vez que había acabado tan llena, pero tenía la certeza de que no había sido con nada que hubiera cocinado ella misma. Sabía cocinar lo bastante como para alimentar a Christopher y a ella, y ahora también a su padre. Pero era la primera en admitir que no tenía ningún talento para la cocina.

Algo que sin duda sí tenía la madre de Cole.

–Ya me las has dado –respondió Midge, riéndose de nuevo–. Al dejar el plato así de limpio –le explicó al ver el desconcierto con que la miraba Ronnie–. No hay nada que me haga sentir mejor que ver a

alguien disfrutar con algo que he cocinado –suspiró con satisfacción al tiempo que miraba a los otros dos comensales–. Ahora que Cole ya no está en casa y que mi Pete se ha ido, no tengo nadie para quien cocinar, nadie que valore mi esfuerzo. Así que el favor me lo estáis haciendo vosotros al dejarme que os ayude un poco.

Midge miró a Amos, que no solo se había acabado su plato, sino que había repetido. Midge le sonrió con evidente satisfacción.

Ronnie se fijó en que de pronto la madre de Cole parecía aún más animada, incluso más joven. Y su padre también se había animado mucho desde que había llegado Midge. Siempre estaba muy atento con Christopher y charlaba mucho con él, pero ahora era evidente que le había estado faltando algo.

Algo que ya no le faltaba.

Ronnie lo vio claro de pronto.

La madre de Cole y su padre sentían algo el uno por el otro. ¿Quién lo habría imaginado?

Volvió a mirar a su padre. ¿Sabría siquiera que le gustaba Midge James? Ronnie estaba casi segura de que la madre de Cole sí era consciente de que sentía algo por su padre. En cuanto a él… bueno, los hombres podían ser muy obtusos.

Ronnie se puso en pie y anunció:

–Christopher y yo nos encargamos de los platos.

Pero Midge se levantó también y se interpuso en su camino.

–De eso nada. Vamos a fregar Amos y yo, ¿verdad, Amos? –le preguntó con una enorme sonrisa.

Y, ante la atónita mirada de Ronnie, su padre accedió a hacer lo que siempre había calificado como «trabajo de mujeres».

–Claro, Midge.

A Ronnie no le parecía justo.

–Pero tú ya has cocinado –protestó.

–Y, por lo que he oído, tú has hecho todo lo demás –replicó Midge, que tenía mucho carácter para ser tan bajita–. No eres ninguna supermujer, Veronica, aunque creas lo contrario. No puedes hacerlo todo y, si lo intentas, acabarás agotada muy rápido.

Ronnie le lanzó una mirada a su padre y decidió rendirse.

–Está bien. Entonces, si te parece bien, voy a ir a ver qué tal está Wayne –dijo, dirigiéndose a su padre.

Estaba claro que Amos prefería quedarse allí con la madre de Cole,

pero su sentido de la obligación lo impulsaba a ir a ver a su hijo.

–Quizá debería ir contigo –dijo Amos, consciente de que no había ido a verlo desde la primera vez que los médicos le habían explicado la situación en la que se encontraba.

–No, lo que debes hacer es quedarte aquí con Midge y con Christopher –le dijo Ronnie con tranquilidad–. Yo llamé por la mañana al hospital.

Como hacía todas las mañanas y todas las noches. Sabía que alguien se pondría en contacto con ella en cuanto su hermano saliera del coma, pero aun así llamaba dos veces al día, por si acaso había despertado y no habían podido llamarla.

–Wayne aún no ha despertado –le explicó–. Así que no tiene sentido que vengas.

Sabía lo duro que era todo aquello para su padre, lo difícil que debía de resultarle ver a Wayne inconsciente. Amos seguía sintiéndose culpable del accidente. A pesar de todos los razonamientos que se pudieran hacer con él, seguía creyendo que era el responsable de que Wayne estuviese en el hospital.

Aunque hubiera sido el otro conductor el que había chocado contra ellos.

Ronnie fue junto a su padre y le dio un beso en la frente.

–Le diré a Wayne que le mandas muchos besos –le prometió.

–¿Yo también puedo mandarle besos? –preguntó Christopher, pegando saltos.

Con una sonrisa en los labios, Ronnie se arrodilló junto a su hijo y le dio un abrazo.

–Claro que puedes. Le diré al tío Wayne que le mandas mucho amor –«solo espero que pueda oírme de algún modo».

Se puso en pie y miró a Midge.

–Gracias –le dijo, una vez más.

–No tienes nada que agradecerme –la reprendió.

Pero lo hizo con cara de alegría.

CAPÍTULO 9

TENÍA la sensación de que no había pasado ni un segundo, aunque en realidad llevaba allí más de una semana.

Ronnie estaba de pie en el mismo lugar, en el mismo cubículo diminuto en el que se había situado las últimas veces que había ido a ver a su hermano al hospital.

Todo seguía igual.

Wayne seguía lleno de cables que lo conectaban con las mismas máquinas y los mismos monitores. Seguía inmóvil, con los ojos cerrados mientras a su alrededor los suaves zumbidos, pitidos y vibraciones de las máquinas se fundían en una inquietante disonancia. Todas aquellas máquinas servían para mantener a su hermano atado a una vida que había estado a punto de dejar en la carretera hacía más de tres semanas, vivían por él hasta que fuera capaz de hacerlo solo.

Si alguna vez volvía a hacerlo.

La idea le desgarraba el corazón, pero Ronnie se negaba a dejarse llevar por la lástima, no quería sentirla ni por Wayne ni por sí misma. Su hermano no iba a ponerse bien solo porque ella se moviera de puntillas o le hablara en susurros. Conocía bien a Wayne y sabía que solo podría recuperarse si se empeñaba en hacerlo; si se enfadaba con su propio cuerpo por tenerlo confinado de esa manera.

Ronnie estaba desesperada.

Tenía que haber una manera de llegar a él, de conseguir que se recuperara.

–Los médicos dicen que parece que todo va curándose bien, pero

también reconocen que no ven ningún motivo por el cual sigas en coma.

«Vamos, Wayne, despierta. Abre los ojos y levántate. Por favor», le suplicó en silencio. Después de respirar hondo un par de veces, siguió hablando con el cuerpo inmóvil de su hermano, un cuerpo en el que las magulladuras estaban ya casi curadas, pero que Ronnie aún no reconocía.

–Pero los médicos no te conocen tanto como yo. No saben que de niño siempre te gustaba quedarte cinco minutitos más en la cama. O que dormías siempre que tenías la menor oportunidad. No entienden que simplemente estás siendo un poco perezoso, pero yo sí –le dijo, elevando un poco el tono de voz–. Yo lo entiendo, pero quiero que lo dejes ya. ¿Me has oído? –algo empezó a temblar en su interior a medida que crecía su rabia–. Es una orden, ¡maldita sea!

Al no ver el menor indicio que hiciera pensar que había conseguido traspasar la bruma que envolvía a Wayne, Ronnie apretó los labios y trató de mantener la compostura.

–Sé que cuando éramos niños siempre te decía que yo era mucho más hombre que tú, pero nunca pensé que fueras a obligarme a demostrártelo –se acercó un poco más a él, hasta que no quedó espacio alguno que la separara de la cama–. No puedo seguir con esto indefinidamente. Necesito que despiertes para que vuelvas a hacerte cargo de todo, para que hagas lo que haces siempre –volvió a tomar aire porque empezaba a temblarle la voz y no quería derrumbarse y empezar a gimotear–. Yo me quedaré el tiempo que sea necesario para echar una mano, pero todo lo del rancho, eso es tu trabajo. Por cierto, tienes una letra horrible; no hay quien entienda lo que escribes en los libros de contabilidad. ¿No te has enterado de que estamos en la era de los ordenadores? ¿Por qué no utilizas el ordenador portátil que te envié?

Mientras hablaba, Ronnie vio un ligerísimo movimiento en el rostro de su hermano.

Pero no era nada. Solo sirvió para que aumentara su desesperación.

–Tienes que despertar, Wayne. No sé cuánto tiempo más voy a poder aguantarlo –tuvo que hacer una pausa para controlar las lágrimas que se le agolpaban en los ojos–. Cada día que pasa sin que despiertes, papá se hunde un poco más en el hoyo que él mismo está cavando. No va a empezar a recuperarse hasta que lo hagas tú. ¿Me oyes?

Agarró la mano de Wayne entre las suyas y la apretó fuerte, como si así pudiera obligarlo a escucharla. Porque le aterraba pensar que no lo hiciera. Y que no volviera a hacerlo nunca.

–¿Me oyes? –insistió–. Maldita sea, Wayne, sé que puedes oírme. No voy a dejarte que te vayas. ¿Entiendes? Vas a abrir los ojos y a despertar. La vida te espera. Papá, Christopher y yo te estamos esperando. No seas tan egoísta y abre los ojos, Wayne –le ordenó con furia–. ¡Ábrelos de una vez!

–Con esa actitud podrías conseguir que abrieran los ojos hasta los muertos.

Ronnie se sobresaltó al oír aquella voz y, al darse la vuelta, su ritmo cardiaco se multiplicó por dos. Estaba tan inmersa en lo que estaba diciendo, tan absorta en hacer despertar a su hermano, que ni siquiera había oído que entrara nadie. Los ojos se le abrieron de par en par al ver a Cole, con aspecto tranquilo. Como si estuviera justo en el lugar que le correspondía.

¿Cómo se había enterado de que estaba allí?

–Cole, ¿qué haces aquí? –le preguntó.

–He venido a ver qué tal estaba Wayne –respondió él sin inmutarse.

«Y tú», añadió Cole para sí. Su madre lo había llamado para decirle que Ronnie iba a ir al hospital y que creía que quizá necesitara un poco de apoyo.

Cole le había dicho a su madre que estaba ocupado pero, gracias a que todo estaba tranquilo en Redemption, una vez más, de pronto se había encontrado al volante, yendo hacia el hospital.

Ronnie se secó las lágrimas rápidamente, con cierta incomodidad, pues acababa de darse cuenta de que había llegado a llorar.

–Pensé que si le gritaba, quizá pudiera oírme y se despertaría aunque solo fuera para gritarme él a mí –le explicó con tristeza, agarrando aún la mano de Wayne–. Supongo que no he gritado lo bastante alto.

–No lo creo –respondió Cole con voz neutra–. Estoy seguro de que hay gente en el aparcamiento que te ha oído perfectamente –hizo una pausa y luego la lástima que sentía por ella hizo que le preguntara–. ¿Te han dicho los médicos algo positivo?

–Dicen que se está curando y que, según todos sus conocimientos, a estas alturas ya debería haber salido del coma –era Wayne el que se estaba comportando mal y ella estaba cada vez más desesperada y

hundida, por mucho que intentara no perder las esperanzas–. Supongo que sus conocimientos no son tan completos –murmuró mirando a su hermano.

Después miró por la ventana y clavó la vista en el cielo para no volver a llorar.

–No sé qué hacer –admitió con voz débil y luego lo repitió más alto, con más rabia–. No sé qué hacer.

–Para.

Ronnie miró a Cole, desconcertada.

–¿Qué has dicho?

Pero Cole meneó la cabeza.

–No he dicho nada. Creía que lo habías dicho tú. ¿Por qué iba a decirte que pararas?

–Yo tampoco lo he dicho.

Los dos giraron la cabeza al unísono hacia Wayne. Seguía teniendo los ojos cerrados.

Era imposible que los dos hubieran creído oír la misma palabra, pensó Ronnie. Le daba miedo albergar esperanzas, pero más aún le daba no hacerlo.

–¿Wayne? –dijo, titubeante–. ¿Has dicho algo? –se inclinó sobre su hermano y acercó el oído a su boca, por si acaso.

Fue entonces cuando volvió a oír su voz áspera.

–Uno no… puede descansar… con… tantas… voces –su voz era casi inaudible. Casi.

–¡Ha hablado! –gritó Ronnie, emocionada, sorprendida, casi histérica de alegría. Inmediatamente levantó la cara en busca de confirmación.

–Ha hablado, ¿verdad, Cole? Tú también lo has oído, ¿no?

En lugar de quedarse allí y responder, Cole salió del cubículo y fue al puesto de enfermeras que había a la entrada de la unidad de cuidados intensivos. Su intención era encontrar un médico o una enfermera y conseguir que lo acompañara a ver a Wayne. Volvió unos minutos después junto a una mujer alta y de actitud decidida que apartó a Ronnie de donde estaba para poder examinar al paciente.

–¿Puede oírme, señor McCloud? –le preguntó la enfermera a Wayne mientras le miraba los ojos con un linterna en forma de bolígrafo.

–Dormir –fue la palabra que salió de sus labios con evidente

esfuerzo.

–Tiene razón. Lo mejor que puede hacer en este momento es dormir –reconoció la mujer.

Después estuvo un buen rato mirando el monitor que le medía la presión arterial, el ritmo cardiaco y la temperatura. La enfermera asintió un par de veces como si estuviese manteniendo una conversación con la máquina, hasta que por fin se volvió hacia Ronnie.

–Está despierto –anunció con cautela–. Al menos, por el momento.

–¿Eso quiere decir que puede volver a entrar en coma? –le preguntó inmediatamente Ronnie y, al ver que la mujer no respondía, insistió–: ¿Es posible que caiga en coma otra vez?

–Sí –respondió la enfermera sin rodeos.

–¿Qué probabilidades hay de que ocurra? –intervino Cole, que se había colocado junto a Ronnie para ofrecerle el apoyo físico que sin duda necesitaba.

Por el momento parecía estar llevándolo bastante bien, teniendo en cuenta las circunstancias, pero todo el mundo tenía un punto débil y ella no era distinta. El suyo parecía ser la familia.

–Pocas –tuvo que admitir la enfermera–. Lo más probable es que esté empezando a recuperarse.

Ronnie se vio superada por una repentina debilidad. Cole y ella eran amigos desde hacía tanto tiempo que se dejó llevar y hundió el rostro en su pecho, pero trató de contener el llanto.

Sintió sus brazos rodeándola, apretándola contra sí, solo para que supiera que no estaba sola, que lo tenía a él para lo que necesitara. Y siempre sería así.

Mientras le acariciaba el pelo suavemente, Cole tuvo la sensación de que ella ni siquiera se daba cuenta. Miró a la enfermera y le dio las gracias en voz baja.

La mujer asintió.

–Solo hago mi trabajo. Le daré la noticia al doctor Nichols –movió los labios solo un instante, como si fuera a sonreír–. Da gusto tener algo bueno que decirle.

Ronnie tuvo que echar mano de todas sus fuerzas y su autodisciplina para mantener la compostura porque tenía la impresión de que, si se dejaba llevar, si empezaba a llorar, nada podría pararla.

Respiró hondo y se separó de Cole.

Fue entonces cuando notó que tenía las mejillas mojadas y se

enfadó por ser tan débil. Se secó las lágrimas rápidamente mientras se decía que ella era más fuerte. No iba a derrumbarse ahora que había buenas noticias.

¿Qué demonios le ocurría?

Irguió la espalda y miró a su hermano. Ya no le importaba que tuviera los ojos cerrados porque lo había oído hablar. Estaba despertando poco a poco. Esperaría todo lo que fuese necesario, siempre y cuando supiera que iba a ponerse bien.

–Sabía que estabas fingiendo –dijo, increíblemente aliviada.

En ese momento llegó el médico.

–He oído que su hermano por fin ha decidido volver con nosotros –le dijo amablemente a Ronnie.

Cole se mordió el labio para no sonreír.

–Para decirle que parara de hablar.

El médico asintió.

–Yo también tengo una hermana que no me deja decir ni palabra. Ronda me prometió una vez que, si era necesario, me sacaría de entre los muertos, y dio la casualidad de que tuvo que hacerlo de verdad. Tuve un accidente esquiando –les explicó, y luego sonrió a Ronnie–. Su hermano tiene mucha suerte de tenerla.

Ronnie tuvo que tomar aire para no echarse a llorar.

–No creo que él esté de acuerdo –dijo. Estaba completamente sin fuerzas, como si alguien le hubiese chupado toda la energía.

–Pues se equivoca –insistió el médico–. Normalmente, las personas más importantes de nuestra vida son las que nos vuelven locos y nos hacen perder la paciencia.

La conversación quedó interrumpida por la llegada de otra enfermera que los avisó de que el horario de visitas había acabado.

Las normas del hospital solo permitían dos visitantes por cama y, en cuidados intensivos, solo podían quedarse diez minutos cada hora.

Ronnie asintió.

–No voy a pedir más. Hoy ya ha habido un milagro –le dijo a la enfermera–. Así que me voy a casa.

Le dieron ganas de abrazar a la enfermera y al médico, pero se contuvo. No querían que pensaran que la hermana del paciente estaba loca.

Antes de salir, se inclinó a decirle algo al oído a su hermano.

–Sabía que estabas ahí, escuchándome –susurró con voz triunfal.

Después, se puso recta y se dirigió al médico, sonriendo–: Por favor, llámeme si hay algún otro cambio. El que sea –insistió mientras pedía al cielo que todas las noticias fueran buenas a partir de ese momento.

El doctor Nichols asintió con paciencia, como si fuera la primera vez que se lo decía.

–¿Estás bien para conducir? –le preguntó Cole en cuanto estuvieron en el pasillo.

Ronnie lo miró de soslayo. Había estado mejor otras veces, pero no pensaba admitirlo.

–¿Por qué?

–Pareces cansada.

¿Quién podría culparla por no estar en plenitud de condiciones después de lo ocurrido?

Ronnie pensó que estaba un poco floja, pero no hacía falta mucha precisión para hacer el trayecto hasta Redemption. La mayoría de las veces apenas se cruzaba con un par de coches. Estaba acostumbrada a conducir en Seattle, con mucho tráfico y lluvia casi todos los días.

–Estoy bien –dijo tras una pausa y lo recalcó con una sonrisa–. Mejor que bien.

Cole podría haberse quedado allí mirándola, totalmente absorto en su sonrisa, pero seguía teniendo sus dudas.

–Te propongo una cosa, ¿por qué no vamos antes a tomar un café?

–¿Un café? –repitió ella.

Se suponía que estaba de servicio, se dijo Cole. Eso quería decir que debería estar en Redemption, no allí.

Y lo cierto era que no tenía ninguna excusa para estar allí.

–No tiene por qué ser café, podemos comer algo, o simplemente podemos sentarnos, sin decir nada. Quedarnos quietos hasta que recuperemos las fuerzas.

Hablaba en plural, pero evidentemente se refería a ella. Ronnie era consciente del aspecto que debía de tener.

En otro tiempo su preocupación, su empeño de estar siempre cerca de ella, le habría resultado asfixiante y ofensivo. Lo habría considerado una demostración de que no la creía capaz de cuidar de sí misma.

Pero después de estar sola tato tiempo y verse obligada a tomar todas las decisiones sin ayuda, a Ronnie le pareció reconfortante que se preocupara por ella.

Aunque lo hiciera solo por compromiso y enseguida volviera a

comportarse como el sheriff del pueblo.

–Supongo que me vendría bien sentarme a tomar un café mientras me recompongo un poco –reconoció Ronnie.

Cole tuvo que admitir que no habría creído que fuera a ceder tan fácilmente. Eso quería decir que se encontraba tan débil como hacía pensar su aspecto. Sabía que a veces las buenas noticias desgastaban tanto como las malas. Las emociones, con sus subidas y bajadas, dejaban exhausto a cualquiera.

Lo sabía por experiencia.

De hecho, tenía la sensación de llevar sufriendo un terremoto emocional desde que Ronnie había vuelto a Redemption.

–Estupendo –dijo en voz baja, sin denotar sentimiento alguno–. Hay una pequeña cafetería en la siguiente esquina. Podríamos ir allí.

Ronnie notó que le dejaba la decisión a ella, pero la verdad era que ya no conocía bien aquel barrio. Habían construido mucho en los últimos años, casi tanto como en Redemption. El pueblo parecía el doble de grande que antes, al menos había el doble de tiendas. Pero eso no quería decir que se hubiese convertido en una gran ciudad. Al menos, por el momento.

–Te sigo –le dijo.

Cole intentó no mostrar la sorpresa que le causó que Ronnie se dejara llevar.

Aunque en realidad no debería sorprenderse, porque Ronnie siempre había sido toda una caja de sorpresas.

Desde el primer momento que la había visto.

CAPÍTULO 10

COLE ni siquiera la rozaba, pero aun así se dio cuenta de que a Ronnie le temblaban las manos cuando apenas habían caminado unos metros.

Al mirarla más detenidamente, vio que estaba a punto de derrumbarse. Dado que acababa de recibir muy buenas noticias, a Cole le preocupó que estuviera realmente frágil.

–¿Ronnie?

–¿Qué?

Estaba tan nerviosa que necesitaba toda su concentración para poder dar un paso después de otro. En aquellos momentos tenía la sensación de que todo su cuerpo estuviese rebelándose contra ella y no comprendía por qué.

–Estás temblando –le dijo Cole.

–No es cierto –negó con toda la vehemencia que pudo.

¿Qué le ocurría? Se suponía que había pasado lo peor. Todo iba a ir bien, quizá no se arreglara todo tan rápido como ella habría querido, pero lo haría con el tiempo. ¿Verdad?

Cole se detuvo en seco, agarrándola de la mano para que ella dejara de andar también.

–Claro que es cierto –aseguró él–. Estás temblando.

La miró a los ojos en busca de una pista que le dijera qué sentía. Intuía que a veces las emociones eran algo complejo y, aunque no sabía qué le ocurría exactamente, creía poder imaginarlo.

–Cuando era niño a veces encontraba a mi madre llorando. La

primera vez, le pregunté qué podía hacer para ayudarla y ella me dijo que nada. A veces simplemente necesitaba llorar y luego se encontraba mejor. A lo mejor necesitas llorar y sacar todo lo que llevas dentro.

–Sí, claro –respondió Ronnie con sarcasmo, pero luego lo miró a los ojos–. Lo dices en serio –descubrió.

Cole se había dado cuenta de que estaba sometida a mucha presión y, aunque la última novedad había sido positiva, no parecía tener las fuerzas necesarias para afrontarla. Lo único que se le ocurría para ayudarla era que llorara.

–Sí.

Ronnie apretó los labios, por miedo a hacer lo que él le decía sin querer. No podía derrumbarse de ese modo en público. Miró a su alrededor; la calle estaba llena de gente.

–Aunque quisiera, no podría ponerme a llorar aquí, en medio de la ciudad, como una idiota.

Cole miró también a su alrededor, pero no para observar a la gente sino para buscar algo. Y lo encontró. Volvió a agarrarla de la mano y la llevó a la entrada de un local cerrado que parecía haber sido una panadería. La puso contra la puerta.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó Ronnie.

Cole se puso entre ella y el resto del mundo.

–Ya no estás en medio de la ciudad.

Quizá fuera su voz, o el que estuviera tomándose tantas molestias por ella. Estaba siendo tan amable…

Tan protector.

O quizá lo que pudo con ella fuera toda la tensión que había estado intentando aguantar. O quizá la había sobrepasado el inmenso alivio de saber que Wayne había salido del coma.

Lo más probable era que fuera la combinación de todas esas cosas, con el añadido de una buena dosis de nerviosismo.

Fuera cual fuera el motivo, el caso fue que Ronnie no pudo seguir haciéndose la valiente ni un momento más.

Y se echó a llorar.

Los sollozos comenzaron a sacudir su cuerpo, con lo que tembló aún más. Durante todo el rato, Cole estuvo abrazándola, haciéndole saber sin decir nada, que estaba ahí para ayudarla si lo necesitaba.

En lugar de hablar, dejó que llorara hasta soltarlo todo. El miedo, el cansancio, el alivio. Todo.

Lo único que le decía era:

–Todo va a ir bien.

El resto del tiempo Cole estuvo muy ocupado tratando de no dejarse llevar por tenerla tan cerca, por sentir su cuerpo apretado contra él. Aunque no necesitaba nada que se lo recordase, le recordaba lo mucho que aún la deseaba.

Pero ahora lo importante no era él. Lo que importaba era que Ronnie supiera que no estaba sola, que él estaba a su lado y estaría allí siempre que lo necesitara. Y quizá también después de eso.

Ronnie lloró durante un buen rato, hasta quedar completamente exhausta. Y en todo momento sentía la presencia de Cole, su apoyo y el refugio que le ofrecía para que nadie la viera y pudiera llorar tranquila.

Pero era más que eso. Sentía su cuerpo, su aroma, la suavidad de sus manos, la textura de su camisa, el calor que manaba de él y que parecía envolverla.

Después del último sollozo, Ronnie levantó la cabeza lentamente y miró a Cole. Ya no temblaba por culpa del llanto contenido, pero todo su cuerpo vibraba por una necesidad que había surgido al liberarse de todo lo demás, había nacido de las cenizas de la tensión como un ave fénix que abría las alas y se elevaba hacia el cielo.

Cuando Ronnie quiso darse cuenta, había levantado los labios hasta encontrar los de Cole. No habría sabido decir si fue ella o no la culpable de que aquel beso comenzara. Lo único que sabía era que lo deseaba con todas sus fuerzas, incluso lo había saboreado antes de que se hiciera realidad.

En lugar de dejar los brazos caídos, los levantó y los echó alrededor del cuello de Cole, sin dejar de besarlo.

«Dios, aquello no debería estar pasando», pensó Cole. Él no la había llevado a aquel portal para besarla, sino para que pudiera tener un poco de tranquilidad para llorar o simplemente para recomponerse un poco.

Ronnie había pasado un verdadero infierno durante las últimas semanas y, por ayudarla, Cole había acabado haciendo algo muy básico de lo que esperaba no arrepentirse.

Porque, aunque básico, aquello era cualquier cosa menos sencillo.

El deseo que sentía por ella no tenía nada de sencillo, como no lo tenía todo lo que estaba provocando aquel beso.

Cuánto la había echado de menos, pensó mientras la apretaba un

poco más contra sí. Si pudiera, se fundiría con ella, absorbería su esencia y su espíritu para que pasara a ser parte de él, más de lo que ya era.

No quería que Ronnie pensara que la había apartado de la gente para eso porque no era cierto.

«¿Entonces por qué sigues besándola? ¿Por qué no te apartas de ella», preguntó una molesta voz desde su interior.

Una voz que tenía razón.

Tenía que dejar de besarla. Era lo correcto, pero no lo más fácil de hacer.

Finalmente, Cole le quitó los brazos de su cuello y apartó la cara. Al dejar de sentir la boca de Ronnie, lo invadió una horrible sensación de abandono.

Ella lo miró con un gesto de desconcierto, como si no comprendiera por qué había dejado de besarla.

Cole tuvo que luchar contra sí mismo para no rendirse y volver a besarla, pero se recordó que no quería que Ronnie pensara que estaba aprovechándose de su vulnerabilidad.

–Ronnie, yo no…

¿Cómo demonios podía explicárselo? ¿Cómo podía decirle que no pretendía que ocurriera, aunque había hecho que se sintiera más feliz de lo que había sido en los últimos seis años?

Pero no fue necesario explicarle nada porque el desconcierto dejó paso a una mirada de absoluta comprensión.

–Lo sé –dijo Ronnie, asintiendo.

Esas dos palabras decían mucho. Cole se dio cuenta de que sabía lo mucho que la deseaba, pero que estaba haciendo un gran esfuerzo para no dejarse llevar. Por ella. Dios sabía que no lo hacía por él.

–Deberías volver a casa –le dijo Cole, apartándose para que pudiera pasar.

Ronnie lo miró a los ojos unos segundos antes de esbozar una sonrisa.

–¿Estás intentando librarte de invitarme a ese café que me habías ofrecido?

–¿Qué? –Cole se había olvidado del café y de todo. Todo su universo empezaba y terminaba en los ojos verdes de Ronnie–. No –respondió, acordándose de lo que había sentido en el hospital–. La cafetería está aquí mismo.

Ronnie salió del refugio que él le había conseguido y se dio cuenta de que se sentía más fuerte. Capaz otra vez de enfrentarse al mundo.

–Entonces, vamos.

Cole sonrió. Había vuelto la Ronnie de siempre.

–Sí, señora.

Ronnie no recordaba mucho del viaje de vuelta al rancho. Solo que Cole fue todo el tiempo detrás de ella para asegurarse de que no se salía de la carretera ni nada parecido.

Como si fuera su ángel de la guarda, pensó Ronnie. Pero bueno, eso era lo que había sido siempre. ¿Acaso no había cuidado siempre de ella, protegiéndola de cualquier golpe o de cualquier ataque que pudiera sufrir? Ella siempre había actuado como si eso le molestara, había intentado hacerse la independiente pero, en el fundo, siempre le había gustado.

En la cafetería casi vacía, la conversación había girado en torno a Wayne, el rancho y a la madre de Cole. Quizá por un acuerdo tácito, ninguno de los dos había mencionado la explosión que los había sacudido a ambos hasta lo más profundo en la puerta de la panadería. Después de salir de la cafetería, Ronnie había querido volver al hospital a ver a Wayne una vez más antes de irse a casa. Así que habían pasado por el cubículo y lo habían encontrado durmiendo.

Por un momento Ronnie había temido que hubiese vuelto a quedar en coma. Cole había ido a buscar al médico, que les había asegurado que solo estaba dormido, algo muy bueno para que todo su cuerpo descansara y se recuperara. La mejor noticia había sido que, mientras ellos estaban fuera, Wayne había despertado por completo. El estado de coma se había esfumado tan misteriosamente como había llegado.

Ronnie se había lamentado de haberse marchado del hospital, pues habría podido ver a su hermano despierto en lugar de que tuvieran que contárselo. Pero al final había tenido que admitir, al menos ante sí misma, que por otra parte se alegraba de no haber estado allí. Más bien se alegraba de haber estado donde había estado, en los brazos de Cole, besándolo.

Sin embargo, su conciencia no dejaba de preguntarle dónde iba a acabar aquello.

Por el momento prefería no pensarlo porque, si lo hacía, seguramente dejaría de disfrutar de la tremenda alegría que sentía.

Wayne había vuelto en sí, era lo único que importaba y Ronnie prefirió concentrarse en eso.

Al llegar al rancho y bajarse del coche, Ronnie tuvo que contenerse para no entrar corriendo y dar la noticia a voz en grito. No había querido llamar por teléfono desde el hospital para poder contárselo a su padre en persona; quería ver la cara que ponía cuando le dijera que Wayne había despertado.

Apenas había abierto la puerta cuando empezó a llamar a su padre.

–¿Papá? ¿Estás por ahí, papa? –levantó un poco más la voz por si no la oía–. ¿Papá? He vuelto y traigo noticias.

Por fin apareció su padre, caminando lentamente con la ayuda del bastón y con cara de pavor.

–Estoy aquí –gruñó–. Deja de gritar –se detuvo en medio del salón, como si no pudiera escuchar y andar al mismo tiempo–. ¿Qué ocurre? –preguntó preparándose para lo peor, pero no esperó a escuchar la respuesta–. ¿Es Wayne? ¿Ha…? –ni siquiera podía terminar la pregunta.

De joven, Amos McCloud había estado en el ejército y había tenido que enfrentarse a la muerte por su país. Después, como ranchero y padre de familia, había tenido que afrontar la muerte de su esposa, un golpe que le había costado superar y del que se había refugiado en el alcohol durante dos años. Pero había conseguido salir de ello con éxito.

Sin embargo, no estaba seguro de poder afrontar la muerte de un hijo.

–Ha salido del coma, sí –dijo Ronnie, terminando la frase que él había comenzado, pero no con las palabras que él temía.

Cole había entrado detrás de ella y Christopher y Midge estaban ahora también en el salón, pero a quien miró Amos para que le confirmara que la noticia era cierta fue a Cole.

–¿Es eso cierto, muchacho?

Cole asintió. No se molestó en decirle que hacía ya muchos años que había dejado de ser un muchacho y que, de hecho, ahora era el sheriff del pueblo.

–Ha tenido que despertarse para protestar porque su hija no paraba de hablar –le contó.

De pronto, ante los ojos de Cole, el rostro de Amos McCloud rejuveneció un par de década gracias a la alegría.

–Siempre dije que podría matar a alguien de aburrimiento con tanta charla –dijo Amos riéndose mientras miraba a su hija–. Pero no creí que ocurriera justo lo contrario.

–Muy gracioso, papá –respondió Ronnie, riéndose también–. Lo que importa es que está despierto –le contó todos los detalles y luego concluyó–: El médico quiere tenerlo en observación unos días más, pero volverá a casa antes de que te des cuenta –le prometió.

–¿Y me llevará a caballito? –preguntó Christopher, entusiasmado.

Ronnie se acercó a abrazar a su hijo.

–Tendrás que darle un poco de tiempo, pero sí, claro, cuando se recupere seguro que te lleva a caballito.

Cole no pudo evitar sonreír con ternura.

–¿Quieres que te lleve ahora yo? –le ofreció al pequeño.

Christopher asintió sin dudarlo un instante. Cole se acercó a él y se arrodilló, ofreciéndole las manos para que se subiera a sus hombros.

–Súbete y dame las manos –le dijo.

–Mi madre siempre me ayuda –reconoció el niño.

–Está bien que le dejes hacerlo –comentó Cole con sentido del humor–. A las madres les gusta sentirse útiles.

–Así es –confirmó Ronnie mientras ayudaba a su hijo a subirse a los hombros de Cole.

Mientras los veía juntos, se le formó un nudo en la garganta que fue creciendo al mismo tiempo que la sonrisa en sus labios.

CAPÍTULO 11

UN PAR de días después Ronnie recibió una llamad del doctor Nichols, el médico de Wayne. El corazón se le detuvo al oír su voz al otro lado de la línea. Se suponía que le darían el alta al día siguiente, pero algo le decía que esa llamada no era buena señal.

–¿Ocurre algo, doctor?

–No –respondió rápidamente el médico–, solo quería decirle que he decidido que su hermano se quede un poco más de lo que le había dicho en un primer momento.

Había algo que no le estaba diciendo.

–¿Por qué? –¿acaso habían visto algo malo en las últimas pruebas? En su cabeza surgieron miles de posibilidades a cual más funesta.

–Porque sé que, si le dejo que se vaya, se va a poner a trabajar en cuanto llegue a casa, como hacen todos los pacientes que tengo que trabajan en ranchos de la zona. Todos se creen invencibles. Así que quiero darle un poco más de tiempo para que su cuerpo se prepare para volver a la realidad.

A Wayne no iba a gustarle nada la noticia.

–¿Qué va a decirle? –quiso saber Ronnie.

–Que quiero hacerle un par de pruebas más para asegurarme de que no hay ningún daño interno que pudiera habérsenos pasado por alto.

Sonaba bastante creíble. Ronnie le dio las gracias y colgó el teléfono al tiempo que soltaba un suspiro de alivio.

Iba a tener que llamar a la agencia de publicidad y solicitar que le prolongasen el permiso. Prefería no tener que ausentarse tanto tiempo

del trabajo, pero no había otra alternativa. Además, el médico tenía razón, Wayne debía quedarse unos días más en el hospital para evitar que acabara agotado a los pocos días de volver a casa por querer hacer demasiado antes de estar preparado.

Su hermano y ella estaban cortados por el mismo patrón y Ronnie sabía perfectamente de lo que era capaz Wayne. Así pues, él tendría que quedarse ingresado un poco más y, ella, seguir haciendo un montón de cosas. Entre esas cosas estaba ir a verlo al hospital siempre que le fuera posible, pues parte de la recuperación era sin duda el contar con apoyo y cariño de su gente. Era muy difícil ponerse bien si uno se sentía abandonado.

Ronnie sabía que no podría quedarse tanto tiempo como le habría gustado, pero siempre sería mejor que nada. Y seguro que Wayne lo comprendería. Eso sí, tenía que evitar que se sintiese responsable de ello. El rancho contaba con dos hombres menos y no había dinero para contratar a nadie más hasta que volviera Wayne. El dinero solo daba para pagar la comida de los caballos y las cuantiosas facturas del veterinario. El doctor Starling, el veterinario, era un hombre con mucha paciencia que jamás les supondría ningún problema pero, por orgullo, Ronnie no quería que su padre le debiese dinero a nadie.

Todo sería más fácil en cuanto vendiesen los caballos que su padre había prometido ya a Bart Walker, un ganadero que vivía a unos ciento sesenta kilómetros de Redemption. La venta se había acordado para tres semanas después y el dinero que supondría serviría para pagar la hipoteca del rancho. Su padre había tenido que renegociarla con el banco hacía cuatro años, después de que una epidemia de cólera acabara con la mitad de sus animales.

Ronnie miró la hora y decidió que, si se marchaba inmediatamente, podía hacerle una visita rápida a su hermano. Fue a buscar a Midge para avisar de que se iba. En los últimos días la madre de Cole se había convertido en una más de la familia, algo que sin duda había contribuido mucho a mejorar el estado de ánimo de su padre.

Desde el pasillo, Ronnie escuchó risas procedentes de la habitación de su hermano. Por fin lo habían sacado del triste cubículo de la unidad de cuidados intensivos y lo habían trasladado a una habitación semiprivada.

El día anterior la otra cama había estado sin ocupar pero, a juzgar

por la risas, Ronnie supuso que Wayne tendría un compañero de habitación.

Pero al entrar vio que la otra cama, situada más cerca de la puerta, seguía vacía. Las risas procedían de las cuatro personas que había alrededor de la cama de Wayne. Todas ellas eran mujeres. Ronnie las reconoció de inmediato, pues eran todas de Redemption.

Al principio nadie se dio cuenta siquiera de que estaba allí. Hasta que Wayne la vio y la recibió con una enorme sonrisa.

–Hola, Ronnie.

–Hola –respondió ella, sonriendo también, pues su hermano tenía muy buen aspecto–. Y yo que temía que estuvieras aquí, triste y solo –bromeó meneando la cabeza–. Está claro que llevo mucho tiempo lejos de Redemption. Había olvidado que en el colegio nunca te faltaba compañía femenina –miró a todas las presentes y las saludó una a una–: Cheryl, Dorothy, Lori, Annie, me alegro de veros a todas.

Desde luego era la mejor medicina que podía recibir su hermano; las atenciones del sexo femenino lo ayudarían a recuperarse y a subirle el ánimo. Ya apenas se parecía al paciente que había encontrado en cuidados intensivos hacía casi dos semanas.

La visita fue tan breve como había previsto y parte de la misma la dedicó a hablar con el doctor Nichols para ponerse al día de la evolución de Wayne.

–Yo me voy a ir ya –anunció al volver de hablar con el médico, satisfecha de que su hermano no necesitase su presencia.

–Pero si acabas de llegar –protestó Cheryl antes de mirar a las demás mujeres.

–No te irás porque estemos nosotras aquí, ¿verdad? –quiso sabes Annie.

Ronnie se echó a reír.

–Al contrario –les aseguró–. El que estéis aquí hace que me vaya más tranquila porque sé que mi hermano va a estar muy contento –se acercó a darle un beso en la mejilla al convaleciente–. Es increíble hasta dónde eres capaz de llegar para que te hagan caso –bromeó.

Pero Wayne la miró con gesto serio.

–Supongo que sabes que no tienes por qué marcharte.

–Claro que tengo por qué –le dijo, aunque apreciaba sus palabras–. Hay doce caballos esperando que los atiendan y un buen tramo de valla que aún hay que arreglar. Y, por si no te acuerdas, tengo dos hombres

menos.

Wayne sonrió ligeramente. Era obvio que aún le quedaba un poco para volver a ser el mismo de siempre.

–Estoy seguro de que tú vales más que esos dos hombres juntos.

Ronnie asintió.

–Buena respuesta. Hasta luego, hermanito –dijo antes de despedirse de las visitas–. Cuidad bien de él.

Dicho eso, salió del hospital tan rápido como había entrado unos veinte minutos antes.

El viaje de vuelta al rancho fue aburrido, pero rápido. En un terreno tan plano que se podía ver a un coche a varios kilómetros de distancia, ni siquiera tenía que estar demasiado pendiente de ver a algún policía con mucho tiempo libre y un cuaderno de multas por estrenar.

Llegó a las afueras de Redemption en tiempo récord y, una vez en el rancho, ni siquiera pasó por la casa, sino que fue directamente a trabajar en el tramo de valla que había visto roto el día anterior.

En ese estado, la valla podía ocasionarles un problema importante en cualquier momento. Los caballos tenían un talento especial para encontrar una valla defectuosa que cediera al menor empellón y les permitiera escaparse. Después del trabajo que había supuesto criar, alimentar y entrenar a aquellos caballos, Ronnie no estaba dispuesta a correr el riesgo de perderlos solo porque nadie se había tomado la molestia de arreglar unos tablones medio podridos.

Pero al acercarse con el coche pensó que se había preocupado en vano, pues ya había alguien arreglándolos. Parecía que uno de los empleados del rancho había decidido arreglar la valla. Fuera quien fuera, se había quitado la camiseta y se la había colgado de la cinturilla del pantalón vaquero. No era de extrañar pues hacía un día extrañamente cálido y húmedo para la época.

Ya un poco más cerca, vio que a aquel hombre le caían gotas de sudor por la espalda, una espalda musculada y fuerte. No recordaba que ninguno de los empleados del rancho tuviera semejante cuerpo.

Porque no había ninguno, pensó al ver que el hombre en cuestión se daba la vuelta.

Al verla, Cole esbozó una sonrisa y Ronnie tuvo que admitir que, si de espaldas estaba bien, de frente estaba aún mejor. Las gotas de sudor hacían que le brillara el pecho y los abdominales parecían los de un

torso tallado en piedra. Siempre había sido muy guapo, pero Ronnie habría jurado que no estaba tan fuerte.

Se le había quedado la boca seca, hasta el punto de que le costaba hablar. Tuvo que tomarse unos segundos para recuperar la compostura, un tiempo en el que Cole parecía estar disfrutando de lo lindo.

Era como si supiera exactamente lo que ella pensaba.

Por más que Ronnie intentaba fingir un absoluto desinterés, no lo conseguía.

–Vuelves pronto –le dijo él en cuanto estuvo lo bastante cerca.

Ronnie detuvo el coche y se bajó.

–¿Pronto para qué? –¿cómo sabía él cuándo debía volver? ¿Cómo sabía siquiera que se había ido? ¿No se suponía que debería estar en el pueblo, ejerciendo de sheriff?

–Tu padre me dijo que habías ido a ver a Wayne –le explicó mientras se quitaba los guantes para agarrar la botella de agua que tenía en el suelo, junto a la valla.

Ronnie lo vio beber a grandes tragos y volvió a secársele la garganta.

–¿Me das un poco? –le pidió.

–Claro –respondió al tiempo que se secaba la frente con el dorso de la mano.

Ronnie se dio cuenta de que no solo le costaba respirar, también tenía que hacer un esfuerzo para apartar los ojos de él y de su increíble torso desnudo.

–Gracias –murmuró sin mirarlo a los ojos y bebió rápidamente.

–Cuidado –le advirtió–. No quiero que te ahogues –lo dijo de tal modo que, por un momento, Ronnie creyó que hablaba en serio, hasta que lo vio sonreír–. Sé que llevas muchos años en la gran ciudad y que has olvidado muchas cosas, pero aun así no deberías conducir por estas carreteras sin llevar un poco de agua en el coche –le recordó–. Si tuvieras una avería, tardaría bastante en llegar alguien y, en un día tan caluroso como hoy, acabarías muerta. No me gustaría nada encontrarte deshidratada en el coche.

Ronnie sintió una intensa necesidad de llevarle la contraria, pero se contuvo porque sabía que tenía razón. El problema era que no le gustaba que le señalasen los errores que cometía o que la trataran como a una estúpida turista que no sabía ni cómo prepararse para salir a la calle.

–Me temo que me he olvidado de las costumbres de supervivencia de la zona –admitió encogiéndose de hombros para poner punto final a la conversación.

Pero no lo consiguió.

–Pues podría ser muy peligroso –insistió Cole, sin sonrisa alguna esa vez.

Ronnie odiaba que la sermonearan.

–Ya lo he entendido –dijo, pero volvió a contenerse–. ¿Qué estás haciendo tú aquí? –le preguntó a continuación–. Además de sudar, claro.

«Y de lucir ese cuerpo que está para comérselo», añadió para sí. ¿Siempre tendría ese efecto en ella? ¿Siempre iba a encogérsele el estómago al verlo? ¿Acaso no se acababa por superar ese tipo de cosas? ¿Entonces por qué ella no conseguía hacerlo?

–Me he tomado el día libre –le explicó Cole–. He dejado a Tim al frente de todo, pero le dije que estaría cerca por si me necesitaba. Necesitaba un poco de tiempo libre y Tim necesita darse cuenta de que puede hacer muchas cosas solo –hizo una pausa y volvió a sonreír–. Así que ya ves, nos ha venido bien a los dos.

Pero a ella no, pensó Ronnie. Ella iba a perder la cabeza si seguía viéndolo así.

–Muy altruista por tu parte –comentó con sarcasmo–. Pero aún no me has dicho qué haces aquí… –señaló la valla– trabajando. La mayoría de la gente no dedica sus días libres a hacer algo tan aburrido y cansado. Se suelen hacer cosas más divertidas.

–¿Qué te hace pensar que no me estoy divirtiendo? –le preguntó con una sonrisa pícara, pero luego volvió a ponerse serio–. Pensé que te vendría bien una mano… Por si se te ha olvidado, para eso están los amigos.

Para no seguir mirándolo como una tonta, Ronnie se había puesto a descargar los tablones de madera que llevaba en el Jeep de su padre. Cuando quiso darse cuenta, Cole estaba a su lado y la echó a un lado para terminar de descargar la madera él solo.

Así pues, Ronnie se puso los guantes y agarró el martillo y los clavos.

–No lo he olvidado –le dijo y lo miró a los ojos–. Y no me malinterpretes, te agradezco todo lo que estás haciendo. Lo que más te agradezco es que fueras el primero en llegar al lugar del accidente y los

salvaras.

–Cualquiera habría hecho lo mismo –le dijo una vez más.

Ronnie meneó la cabeza.

–Deja de ser tan modesto –le pidió–. El caso es que ahora estoy yo aquí y puedo seguir sola. Tú puedes irte a casa y aprovechar el resto del día para hacer algo que quieras hacer.

Cole no hizo el menor movimiento para dejar de hacer lo que estaba haciendo y siguió poniendo clavos.

–Ya estoy haciendo algo que quiero hacer.

Ronnie se echó a reír, meneando la cabeza. Discutir con Cole era como tratar de razonar con una piedra. Era sencillamente imposible.

–Sigues siendo tan terco como siempre.

Cole se apartó de la valla y la miró fijamente con una ligerísima sonrisa en los labios.

–Le dijo la sartén al cazo, ¿no crees?

–No sabría qué decirte –respondió ella con gesto impasible–. Mis utensilios de cocina no hablan.

Cole volvió a la tarea.

–¿Sabes una cosa? –comenzó a decir con la misma tranquilidad con la que habría comentado el tiempo que hacía–. Nada ni nadie me ha vuelto nunca tan loco como tú, y lo sigues haciendo.

–Si te vuelvo tan loco –respondió ella, desafiante–, ¿qué haces aquí, arreglándome la valla?

Cole le lanzó una rápida mirada y luego siguió trabajando.

–Es lo mismo que me pregunto yo una y otra vez.

–¿Y qué te contestas?

Dejó de trabajar, se volvió hacia ella y la miró durante un buen rato. Ronnie prácticamente podía sentir el roce de su mirada. Y se le encendió la piel allí donde la sentía.

–Que prefiero estar aquí, dejando que me vuelvas loco, que en cualquier otra parte donde no haya nada que me ponga nervioso –retiró un tablón podrido y se dispuso a colocar uno sano–. Supongo que eso quiere decir que tengo un grave problema.

«En tal caso, yo tengo el mismo problema», pensó Ronnie, pero sin dejar que la expresión de su rostro delatara sus pensamientos.

–Supongo que muchos pensarían eso, sí.

–La verdad es que no me importa lo que diga nadie. Nunca me ha importado. ¿Qué es lo que piensas tú?

Ronnie no estaba preparada para la pregunta y no tenía una respuesta. Tuvo que respirar hondo, pues se le había vuelto a secar la boca y no creía que pudiera remediarlo por mucha agua que bebiera.

–Pienso que deberías ponerte la camiseta antes de que el sol te queme esa piel tan delicada que tienes y empiece a caérsete a tiras como esos tablones de madera.

–Siempre has sido muy ingeniosa –comentó él y luego hizo una larga pausa a la que puso fin riéndose–. Tú siempre pensando en mí –añadió.

Lo dijo con tal sequedad que, una vez más, Ronnie no supo si lo decía en broma o en serio.

Se sacó la camiseta de la cinturilla del pantalón y la sacudió, pero en lugar de ponérsela como le había pedido Ronnie, empezó a secarse el pecho con ella.

Ronnie lo observó como hipnotizada.

–¿Qué estás haciendo? –consiguió preguntarle después de un rato.

La respuesta era muy simple.

–Estoy tan empapado que no puedo ponerme la camiseta a no ser que me seque antes –extendió la mano para darle la camiseta–. ¿Podrías secarme la espalda? Yo no alcanzo.

Ronnie agarró la camiseta. Estaba haciéndolo a propósito, pero si creía que iba a conseguir que cayera rendida a sus pies, estaba muy equivocado.

–Claro que puedo –aseguró.

«Pero no sin poder evitar que me arda el cuerpo entero».

El pasarle la camiseta por la espalda fue la experiencia más mágica que había tenido en mucho tiempo. Quizá las más mágica de su vida. Lo más parecido que había sentido había sido la última noche que había pasado en Redemption. Con Cole.

La noche en la que habían concebido a Christopher.

Recorrió su espalda una vez más antes de devolverle la camiseta.

–Aquí tienes –le dijo–. Ya he acabado.

Cole la miró a los ojos y curvó los labios al oír esas últimas palabras. A Ronnie volvió a encogérsele el estómago.

–Lo que tú digas, Ronnie.

Se le aceleró el pulso. Ya no se trataba de algo tan inocente como secarle la espalda.

CAPÍTULO 12

–SI QUIERES, puedes participar –le dijo Cole, como si fuera el jefe–. Seguramente avancemos más si trabajamos los dos. A menos, por supuesto, que haga demasiado calor para ti –añadió mirándola.

Ronnie se dio cuenta de que creía que iba a asustarla. Pues en tal caso, iba a llevarse una sorpresa, porque ya no era la muchacha inocente y descarada que había sido en otro tiempo.

Ronnie se puso en pie.

–Si tú puedes soportar el calor, yo también lo haré –le aseguró, pero en realidad sabía que no era así.

Cole había trabajado mucho tiempo en un rancho antes de convertirse en sheriff. Ella también lo había hecho, pero la diferencia era que Ronnie nunca había sentido verdadera dedicación por aquel trabajo; solo lo había hecho para ayudar a su padre, una tarea de la que librarse lo antes posible para poder hacer otra cosa.

Sin embargo para Cole era algo más. Era el tipo de vida que habría elegido sin dudarlo si la decisión hubiese dependido solo de él. No le faltaba ambición; sencillamente era distinta a ella. Sus ambiciones consistían en hacerlo todo de la mejor manera posible pero discretamente, sin presumir, solo para disfrutar de ello, no para que otros lo alabaran o lo recompensaran por ello. Así era Cole y no había muchos hombres como él.

Lo lógico habría sido que cualquier mujer joven de Redemption lo hubiese conquistado ya. Pero no había sido así. Si hubiese ocurrido, se lo habría comentado su padre o Midge, aunque solo fuera por

casualidad.

–¿Cómo es que no estás casado? –le preguntó Ronnie de pronto mientras colocaba un nuevo tablón.

Cole la miró detenidamente antes de seguir con lo que estaba haciendo.

–Una vez tuve una persona en mente, pero me dejó.

Ronnie resopló con impaciencia.

–Aparte de eso –le dijo rápidamente–. ¿No ha habido nadie más?

Era demasiado guapo para que no hubiera habido otra mujer. Solo con pensar en la posibilidad de que Cole estuviese con otra, que hiciese el amor con otra, despertó en ella unos celos insoportables. No estaba acostumbrada a sentir algo así y no le gustaba nada.

Pero al oír su respuesta, los celos no hicieron sino aumentar.

–Hace algún tiempo me prometí con Cyndy Foster –le contó Cole con la misma emoción con la que le habría contado lo que había comido la semana anterior.

A Ronnie estuvo a punto de caérsele el martillo que tenía en la mano.

–¿Cyndy Foster? –repitió, haciendo un esfuerzo para no parecer muy sorprendida.

Habían ido los tres juntos al colegio. Ronnie la recordaba perfectamente, había sido animadora, tenía el pelo demasiado rubio y, a su juicio, siempre había llevado ropa demasiado ajustada. La mitad de los chicos habría dado su brazo derecho por salir con ella.

Cole dejó de trabajar para mirarla. Parecía hacerle gracia el modo en que Ronnie había repetido el nombre de la otra mujer.

–Sí. ¿Qué? –le preguntó–. ¿No es de tu aprobación?

Ronnie se encogió de hombros con indiferencia.

–No soy quién para dar o no mi aprobación –también ella dejó de trabajar, consciente de que no podría seguir haciéndolo hasta que se enterara de por qué ya no estaba prometido con ella, ni se había casado.

También sabía que Cole no iba a decírselo a menos que se lo preguntara. No aguantó ni diez segundos antes de hacer la pregunta.

–¿Qué pasó? Porque no te casaste con ella, ¿no?

Dios, solo esperaba que no hubiese sonado tan impaciente como le había parecido a ella. Pero así era, se moría por oír la respuesta y temía escuchar algo que no le gustara.

¿Acaso se había casado con Cyndy y luego se había divorciado?

–No –respondió por fin Cole–. No me casé con ella. Estuvimos prometidos un año y medio, pero no me parecía bien casarme con alguien teniendo la cabeza en otra parte –explicó con absoluta naturalidad–. Cyndy se merecía algo más que eso –se echó a reír con cierta tristeza–. Cuando se lo dije, rompió conmigo.

Cole se encogió de hombros. Aquello pertenecía al pasado y quería dejarlo ahí. Nunca debería haberse comprometido con otra mujer, lo había hecho porque había creído que así conseguiría olvidar a Ronnie.

Pero ahora sabía que nunca podría olvidarla. Al menos, del todo. Estaba resignado a que fuera así.

–Fue mejor así –añadió después de unos segundos.

Ronnie lo conocía bien y sabía que Cole había hecho lo posible para que fuera Cyndy la que rompiera el compromiso y así pudiera decirle a sus amigos que ella lo había dejado a él. Pero, por el momento, prefirió no comprobar si su teoría era cierta porque estaba claro que Cole prefería no hablar del tema.

–Lo siento.

Él levantó la mirada y la clavó en sus ojos.

–¿De verdad?

¿Por qué siempre adivinaba sus pensamientos?

–Está bien, no lo siento –reconoció Ronnie–. Pero Cyndy no te habría hecho feliz.

Seguramente tenía razón, pensó Cole. Aunque había una gran diferencia entre ambas mujeres.

–Puede ser, pero al menos ella quería intentarlo.

Había llegado el momento de hablar de ello. Cole merecía una disculpa después de todo lo que había ocurrido.

–Cole, siento mucho cómo acabaron las cosas. Lamento haberme ido de ese modo, pero sabía que, si te lo contaba, si te decía que tenía que irme, acabarías convenciéndome para que me quedara.

–¿Y eso habría sido tan horrible? –le preguntó con voz tranquila.

Ronnie notó que se le llenaban los ojos de lágrimas.

No iba a llorar por eso, no iba a dejar que Cole la hiciera llorar. Había hecho lo mejor, lo mejor para los dos. Y para Christopher.

–Para mí, sí –respondió con firmeza–. En aquel momento no podía quedarme. Me habría sentido atrapada y me habría arrepentido.

–En aquel momento –repitió Cole. ¿Quería eso decir que ya no sentía lo mismo? ¿Acaso ya no la atraía tanto la gran ciudad–. ¿Y

ahora?

No había elegido bien las palabras, pensó Ronnie. No estaba de humor para discutir.

–Ahora tengo que acabar esta valla y seguir trabajando. Tengo una larga lista de tareas. El médico de Wayne ha decidido no darle el alta todavía para que vuelva a casa más recuperado. Además de eso, tengo que comprobar que los caballos estén preparados para la venta, a ver si puedo conseguir que nos paguen cuanto antes.

Estaba levantando una cortina de humo. No era la primera vez que lo hacía.

–¿Intentas distraerme con toda esa charla? –le preguntó Cole.

Ronnie meneó la cabeza, huyendo de su mirada.

–No sé de qué hablas.

Cole soltó el martillo y fue hasta ella tan rápido que Ronnie ni siquiera se dio cuenta de lo que ocurría hasta que lo tuvo delante, agarrándola de los brazos con suavidad pero con firmeza.

–Dime que no sientes nada por mí, Ronnie –la retó–. Mírame a los ojos y dime que no sientes nada por mí.

No podía hacerlo, los dos lo sabían.

–No se trata de si siento algo o no.

–Entonces, ¿de qué se trata? –replicó Cole–. ¿De qué demonios se trata?

No podían emprender un camino que volvería a llevarlos al mismo lugar. Sobre todo después de tanto tiempo. Cole tenía que darse cuenta.

–Nuestras vidas son muy distintas –comenzó a decirle–. Tú eres el sheriff y a mí me espera un trabajo en Seattle.

–¿Y un hombre?

Ronnie lo miró fijamente.

–¿Qué? ¿Cómo quería que se lo dijese?

–¿Tienes a alguien en Seattle? –le preguntó pronunciando claramente cada palabra.

Era una buena excusa, la manera perfecta de acabar con todo aquello. Solo tenía que decir que sí y él se retiraría porque era un hombre muy honrado para actuar de otro modo. Pero eso sería mentirle. Una cosa era no contarle la verdad y, otra, mentirle directamente. Eso no podía hacerlo, por mucho que pudiera ahorrarle sufrimientos.

Optó por responder con una evasiva.

–Ahora mismo no.

–Claro. El padre de Christopher –dedujo lógicamente–. Lo que quiere decir que sigue por ahí.

«Ay, Dios, Cole, no sé cómo podría decirte la verdad».

Ronnie apartó la mirada de él.

–No, la verdad es que no.

Cole seguía agarrándola. Ella, molesta, trató de apartarse, pero no pudo porque él era demasiado fuerte. Algo que ya sabía.

Así que se refugió en la rabia.

–Escucha, si quieres ayudarme, ayúdame. Y si no quieres, vete. Pero en cualquier caso, ¡déjame! –le exigió.

–¿No crees que lo haría si pudiese? –replicó él con evidente emoción.

Cole no habría sabido decir cómo ocurrió. Fue como si todas las emociones que llevaba años controlando se hubiesen liberado de pronto y se hubiesen hecho con el mando de sus actos. Un momento estaban gritándose a la cara el uno al otro y, al siguiente, Cole estaba besando esa misma cara. Besándola con todas sus ganas. Y ella lo besaba a él del mismo modo.

Dios, cuánto lo había echado de menos, pensó Ronnie, dejándose llevar por las sensaciones que le transmitían sus labios.

El beso del otro día, en la puerta de la panadería, solo había servido para despertar aún más su deseo, para recordarle lo sola y privada de contacto que había estado los últimos seis años.

En lugar de apartarlo de su lado, Ronnie le había echado los brazos alrededor del cuello para no caerse porque le temblaban las piernas, pero también para estar más cerca de él. Se había apoyado contra su cuerpo mientras el beso iba ganando en intensidad de una manera que parecía perfectamente natural. Era como si por fin hubiese encontrado su sitio.

Cole había sido su primer amor y su primer amante.

También había sido su único amante porque no había habido nadie más desde que había tenido a Christopher.

Había estado completamente centrada en ese hijo al que adoraba.

En esos seis años había llegado a aceptar que en su vida no volvería a haber ningún romance, ni relaciones íntimas. Se había convencido de que no necesitaba esas cosas para ser feliz. Pero con solo volver a ver a Cole se había dado cuenta de lo equivocada que estaba y de lo

incompleta que era su vida.

Durante el beso, Ronnie sintió cómo crecía el deseo dentro de ella y la consumía, le pedía más. Un deseo que amenazaba con hacer enmudecer su sentido común. Se moría de él. Y, como si, una vez más, pudiese leerle los pensamientos, Cole comenzó a pasarle las manos por el cuerpo.

El roce de sus dedos desencadenó una maravillosa sensación en cada curva y cada centímetro de piel por el que pasaban. Ella también le pasó las manos por el cuerpo, como si quisiera comprobar que de verdad estaba allí, a su lado, que no era otro de sus sueños.

Los primeros años sin Cole habían sido muy duros y había soñado con él constantemente, su imagen había llenado sus noches, a falta de su verdadera presencia.

Pero esa vez no era un sueño.

Cole era muy real. Sintió su cuerpo duro bajo la mano y disfrutó del irrefrenable deseo de que la hiciera suya.

Bajo el cielo azul, Ronnie se liberó de la ropa que los separaba sin dejar de besarlo ni un momento. Recorrió su rostro, su cuello y su torso con la boca.

Cole emitió una especie de gruñido. Estaba perdiendo el control gracias al que había mantenido la cordura durante aquellos años porque ahora el deseo era mucho más fuerte, un deseo que había mantenido acallado en su interior. Un deseo que ahora se le salía por todos los poros de la piel.

Una vez libre, solo pudo aprovechar la oportunidad que había surgido inesperadamente. Saboreó su piel a medida que ella iba descubriéndola, una piel dulce y tentadora.

Quería tocarla por todas partes, besar cada rincón de su cuerpo.

Jamás había sentido semejante excitación, ni siquiera la primera vez con Ronnie. Temía que, si se tomaba las cosas con más calma, podría pasar algo que le impidiera continuar. Pero, por más que el cuerpo le suplicara que no parara, no podía continuar sin estar seguro de que Ronnie lo deseaba tanto como él.

Con un esfuerzo increíble, Cole se apartó lo suficiente para mirarla a la cara y buscó una respuesta en sus ojos.

–¿Qué ocurre? –le preguntó ella.

–Ronnie, ¿estás segura?

Estaba siendo considerado con ella. Si no le hubiese entregado ya

su corazón, aquella pregunta había bastado para que lo hiciera.

–Dios, Cole, no es momento para debatir –le dijo con impaciencia y estrelló su boca contra la de él, decidiendo el destino de ambos.

Cole le hizo el amor con una pasión que le sorprendió incluso a él.

A Ronnie no. No la sorprendió, pero sí la maravilló.

Se tumbaron sobre el césped, ajenos a todo excepto al deseo y el calor que desprendían sus cuerpos, un calor que amenazaba con consumirlos si no se fundían en un solo ser. Cole se apoderó de sus besos una vez más, entrelazando los dedos con los de ella y mirándola a los ojos. Se sumergió en ella.

El ritmo fue aumentando hasta alcanzar un ímpetu que ninguno de los dos esperaba ni había experimentado jamás.

La reacción de Ronnie le dio alas para seguir más y más rápido hasta que llegaron juntos a la cima. La abrazó con fuerza, fundiéndose con ella, compartiéndolo todo porque, aunque no pudiera expresarlo con palabras, Ronnie lo era todo para él.

Y siempre lo sería.

Siguió abrazándola cuando ya todo había acabado. Todo menos el deseo. Cole sabía que, ocurriera lo que ocurriera entre ellos, aunque la vida volviera a separarlo, el deseo que sentía por Ronnie no desaparecería jamás, siempre sería parte de él. Era algo que debía aceptar como suyo. Conseguiría hacerlo con el tiempo.

Soltó aire lentamente, como si quisiera despojarse de la fuerza que se había apoderado de él, pero sabía que era imposible.

–Te he echado de menos, Ronnie –le susurró al oído.

Ella lo miró con una sonrisa en los labios.

–Ya lo he notado.

Tarde o temprano tendrían que vestirse, pero aún podían esperar un poco. Cole solo quería disfrutar de la sensación de tenerla en sus brazos, desnuda.

–Me alegro de no haberte aburrido.

Ronnie se echó a reír ante semejante ocurrencia.

–Cole, tú jamás podrías aburrirme. Aunque no hicieses otra cosa que sentarte a leer el periódico junto a una ventana.

Era una extraña imagen pues, que él recordara, jamás se había sentado a leer el periódico junto a una ventana.

–Me alegra saber que no tienes muchas expectativas.

Ronnie apoyó un codo en el suelo para mirarlo a la cara. Le pasó un

dedo por los labios.

–Al contrario –le dijo–. Tengo muchísimas expectativas. Y supongo que puedo admitir que solo tú puedes cumplirlas.

¿En qué momento se había convertido el deseo en amor?, se preguntó Cole. ¿O acaso siempre la había amado? No recordaba el momento exacto en que había ocurrido, solo sabía que ya era parte de su vida.

–Cuidado con lo que dices en el calor del momento –le advirtió al tiempo que le acariciaba la mejilla–. Tengo mucha memoria.

Ronnie volvió a echarse a reír suavemente.

–Tienes razón. Basta ya de hablar –sentenció tajantemente.

Y antes de que Cole tuviese oportunidad de preguntarle si eso quería decir que quería seguir arreglando la valla, Ronnie le respondió con un beso en la boca. Él se apartó solo un momento para mirarla a los ojos y sonreír.

–¿Quién soy yo para llevarte la contraria? –dijo. La besó… y volvió a perderse en ella.

Pasó un buen rato hasta que tuvieron oportunidad, y fuerzas, para seguir arreglando la valla.

CAPÍTULO 13

«AQUELLO no debería haber sucedido».

Esas palabras resonaron en la mente de Ronnie una y otra vez. Llevaba diciéndose eso, que había cometido un grave error, desde el idílico encuentro en el campo, junto a la valla. Había pasado una semana, pero nada más ocurrir se había dado cuenta de que había abierto una peligrosa puerta. Era como una maleta demasiado llena que uno conseguía cerrar. Cuando se abría sin querer, era como una explosión en la que el contenido salía volando por todos lados. Sencillamente, era algo que no se debía hacer.

Había probado el cielo y había hecho que le resultara odiosa la idea de marcharse y volver a conformarse con lo que había sido su vida hasta entonces.

Hacer el amor con Cole solo había servido para que quisiera hacerlo otra vez.

Y otra más.

Se había vuelto completamente insaciable. Eso hacía que se viera a sí misma de otro modo porque no imaginaba que dentro de ella hubiera una mujer así, una mujer que, cuanto más tenía, más deseaba.

Cole y ella encontraban maneras de estar juntos con el entusiasmo y la creatividad de los adolescentes que habían sido en otro tiempo.

Encontraban momentos robados.

Se inventaban encuentros.

Y ella siempre, siempre, quería más. Esperaba ansiosamente el siguiente encuentro, la siguiente excusa para estar con Cole.

Para hacer el amor con él.

¿Qué iba a hacer cuando tuviese que volver a Seattle? Tarde o temprano, habría que enviar los caballos a su nuevo dueño y su hermano, que volvía ese viernes, se recuperaría y volvería a trabajar. Entonces ella estaría libre para volver a casa.

A casa.

La palabra retumbó en su mente. ¿Realmente era su casa aquel lujoso apartamento en el que vivían Christopher y ella? Ronnie se había entusiasmado con el lugar cuando lo había encontrado y se había trasladado allí sin tener un solo mueble. Pero, ¿de verdad era su hogar?

¿O quizá su casa estuviera allí? En el rancho, en Redemption.

Con Cole.

Se apoyó en el fregadero de la cocina, meneando la cabeza al darse cuenta de que llevaba un rato allí de pie, mirando el agua sin llenar el vaso que tenía en la mano. ¿Qué le estaba pasando? En lugar de encontrar respuestas, no hacían más que surgirle más preguntas.

Dios, nunca se había sentido tan confusa.

–Querida, parece que llevaras el peso del mundo entero sobre los hombros. ¿Te ocurre algo?

La voz tranquila de Midge James la sacó de su ensimismamiento.

–No –respondió Ronnie demasiado rápido.

«Contrólate, Ronnie», se ordenó, enfadada por haber bajado la guardia, algo que le ocurría muy a menudo últimamente. Se ponía a discutir consigo misma y no llegaba a ninguna parte.

–No habrás recibido malas noticias sobre Wayne, ¿verdad? –sondeó Midge con tacto.

–No. De verdad que no pasa nada.

Pero en lugar de aceptar su respuesta, Midge se quedó allí, observándola detenidamente durante un buen rato. Y entonces la madre de Cole se acercó a ella y le puso la mano en la mejilla en un gesto de cariño tremendamente maternal.

–A veces viene bien hablar de las cosas –le sugirió–. Quizá yo pueda ayudarte. Desde luego, no te va a hacer ningún mal contarme lo que te preocupa.

«Eso habría que verlo».

Ronnie esbozó una fugaz sonrisa. Era absurdo fingir que no pasaba nada; estaba claro que la madre de Cole se había dado cuenta de que no era así.

–Nadie puede ayudarme, Midge –respondió Ronnie–. Es algo que tengo que solucionar sola. Pero gracias por ofrecérmelo.

Midge dio un paso atrás y asintió antes de hacerle una pregunta más.

–¿Estás intentando encontrar la manera de decírselo a Cole?

Seguramente no se le notó por fuera, pero Ronnie se quedó helada al oír aquello. ¿Qué era lo que sabía la madre de Cole? Estaba prácticamente segura de que él no le había contado a nadie lo que había ocurrido entre ellos.

–¿Contarle el qué? –preguntó con voz inocente.

Midge se quedó mirándola un rato, pensando quizá si debía decir algo más o no y, si decía algo, cuánto debía decir. ¿Dónde estaba el límite entre interesarse y entrometerse?

Finalmente irguió los hombros y se lanzó.

–Que Christopher es hijo suyo.

Y con esas palabras, Ronnie sintió que el mundo se le venía encima.

–¿Qué? –preguntó.

Midge la miró a los ojos fijamente.

–¿De verdad quieres que te lo repita?

–¡No! ¡Claro que no! –se aclaró la garganta y trató de reaccionar con más calma–. Quiero decir que… te equivocas. Sobre Christopher –añadió y luego respiró hondo antes de preguntarle–: Pero, solo por curiosidad, ¿qué te hace pensar eso?

Midge la miró con gesto comprensivo y paciente.

–Querida, tengo ojos. Y no olvides que Cole fue mi niño igual que ahora Christopher es el tuyo. Tu hijo es exacto a como era Cole a su edad. Me ha traído tantos recuerdos verlo correr de un lado a otro…

Por las noches, prácticamente había que atarlo para conseguir que se durmiera.

–Muchos niños se parecen a esa edad –señaló Ronnie.

–Puede ser –asintió Midge y no insistió–. Ya sabes, si quieres hablar, aquí me tienes.

Una vez dicho eso, se dispuso a salir de la cocina.

–Nunca me perdonaría –dijo Ronnie de pronto y vio como Midge se daba la vuelta en silencio y la miraba para hacerle saber que la escuchaba con toda su atención–. Si le contara lo de Christopher después de tantos años ocultándoselo, sé que Cole no podría

perdonarme jamás.

Pero Midge no parecía opinar lo mismo.

–Seguro que tenías tus motivos para hacer lo que hiciste.

Ronnie la miró con los ojos abiertos de par en par y a punto de abrir también la boca.

–Qué comprensiva eres.

Midge rechazó el cumplido.

–¿De qué me serviría enfadarme? Seguramente solo conseguiría alejarte y te aseguro que no es eso lo que quiero –le explicó con una cálida sonrisa–. Siempre te he tenido mucho cariño, Veronica –cruzó la cocina para colocarse junto ella–. Y ahora tengo un motivo más para tenerte cariño.

–¿El qué? –preguntó Ronnie, despistada.

–Me has dado un nieto –afirmó–. Pero creo que has subestimado a Cole. Es cierto que se enfadará y le durará un tiempo, pero acabará por comprenderlo porque, por si no te has dado cuenta, mi hijo te quiere, Veronica.

Ronnie ni siquiera se paró a pensarlo porque no creía que fuera cierto.

–¿Sabías que estuvo prometido con Cyndy Foster? –le preguntó.

Midge se echó a reír.

–Todo el pueblo lo sabía. Cyndy se encargó de que no quedara nadie sin enterarse. Pero lo importante es que cuando llegó el momento, Cole se dio cuenta de que no podía seguir adelante. No podía casarse con una mujer mientras estaba enamorado de otra.

–¿Eso te lo dijo él? –le preguntó Ronnie, con el pulso acelerado.

–No fue necesario que lo hiciera. Lo veía en sus ojos. Y sigo viéndolo ahora.

Midge parecía una mujer sensata, pero aun así, Ronnie no creía lo que le decía.

–Pues yo no lo veo –aseguró Ronnie.

–Tendrás que mirar mejor –le recomendó la otra mujer–. Escucha, ¿por qué no dejas de hacerte la dura y le dices a Cole lo que sientes por él? Podrías empezar por ahí antes de decirle nada de Christopher.

Ronnie trató desesperadamente de mantener la calma.

–No te ofendas pero, ¿qué te hace pensar que siento algo por Cole?

La otra mujer sonrió con dulzura.

–Ya te he dicho que tengo ojos en la cara, Veronica. He visto cómo

miras a Cole cuando crees que nadie te ve. No pongas esa cara de preocupación –se apresuró a añadir–. No voy a decirle nada a Cole. A los hijos no les gusta que sus madres se entrometan en sus vidas. Ya te darás cuenta de eso –predijo con cierta lástima–. En cuanto Christopher cumpla los doce años, o los trece si tienes suerte. A esa edad todos los niños creen que han llegado al mundo por generación espontánea; las madres no tienen ninguna importancia. Y siguen así durante años… –Midge hizo una pausa y miró hacia la puerta–. Vaya, justo estábamos hablando de ti, Cole –le dijo a su hijo en cuanto entró–. ¿Qué tal Jed Winchell, sigue sobrio? –le preguntó, refiriéndose al hombre al que, cada cierto tiempo, Cole tenía que meter en la cárcel para que durmiera una borrachera antes de volver a su casa, junto a una mujer mucho menos comprensiva que él.

–Lleva casi un mes sobrio –confirmó Cole y luego se paró a pensar–. ¿Qué hablabais de mí?

–Nada, hijo, solo le estaba diciendo a Veronica que siempre ayudas a todo el mundo y que estoy muy orgullosa de ti.

Cole sabía que tenía que haber algo más. Su madre parecía demasiado inocente. ¿Qué estaría tramando?

–¿Solo eso? –insistió con desconfianza.

Midge lo miró cara a cara.

–Hijo, tienes que relajarte un poco, si no, vas a acabar completamente agotado y ya sabes que no me gusta la idea.

Cole sonrió y lanzó una rápida mirada a Ronnie, pues conocía una manera muy buena de relajarse.

Desde que se habían redescubierto el uno al otro la semana anterior, hacían el amor al menos una vez al día, aunque a veces eran más. Cole se pasaba el día pensando en ella y había llegado al punto de necesitarla tanto como el aire que respiraba. Si no la tenía, creía que se moriría.

Le preocupaba enormemente sentirse tan dependiente de ella pero, le gustara o no, no podía estar sin ella.

Cuanto más hacían el amor, más lo deseaba él. Y cada vez le resultaba más difícil pensar en el futuro porque sabía que no debía pedirle que se quedara. Ya había pasado por eso una vez y había acabado destrozado.

Por supuesto que quería que se quedara, era absurdo fingir lo contrario, pero debía ser ella la que tomara la decisión por voluntad

propia, no porque él se lo pidiera. Solo había dos cosas que sabía con certeza: que no iba a presionar a Ronnie de ninguna manera y que aquella espera estaba acabando con él.

–Estoy bien, mamá –le aseguró–. Solo he venido a preguntarle a Ronnie si quería ir el sábado a la fiesta de Bill Haines. Van a levantar su establo –dijo, volviendo su atención hacia Ronnie–. Es pasado mañana, por si estás despistada –añadió.

–No estoy despistada –respondió ella, pensando en que no podría despistarse sabiendo que al día siguiente darían el alta a Wayne y volvería a casa del hospital–. ¿Siguen haciendo eso de levantar el granero? –preguntó entonces, encantada con una idea que parecía pertenecer a otra época.

En realidad Ronnie recordaba más de una ocasión en la que los vecinos se juntaban para ayudar a construir un establo o un granero para otra persona del pueblo. Pero parecía haber pasado toda una vida de eso.

–En los tiempos que corren, no se me ocurre mejor manera de ahorrar un poco de dinero –señaló Cole–. Podríamos ir todos –siguió diciendo mirando a su madre antes de volver a dirigirse a Ronnie–. Quizá también le sentara bien a tu padre. Amos lleva encerrado aquí mucho tiempo, seguro que le anima ver algunas caras conocidas. Además de la tuya, por supuesto –le dijo a su madre.

A Cole no le había pasado inadvertido que su madre parecía resplandecer cada vez que estaba en la misma habitación que el padre de Ronnie. Amos McCloud era un buen hombre, por lo que Cole no tenía el menor inconveniente en que su madre encontrase un poco de felicidad a su lado.

Todo el mundo merecía ser feliz, pensó mirando a Ronnie. Todo el mundo incluido él.

Ronnie no tardó en aceptar el plan. Además, estando rodeados de tanta gente, no podría dejarse llevar por ese deseo que últimamente parecía incapaz de refrenar.

–Siempre has sabido cómo convencerme –le dijo a Cole, sonriendo–. Quizá debieras haberte hecho político en lugar de sheriff.

–¿Quiere eso decir que vendrás conmigo?

–Sí –confirmó riéndose–. Como si no lo supieras ya.

No era de los que vendía la piel del oso antes de cazarlo.

–Ronnie, contigo nunca doy nada por hecho.

Eso debería haberle dado la tranquilidad de que seguía siendo completamente libre para volver a Seattle, que Cole no iba a intentar hacer que se quedara porque sabía que era una mujer independiente. Pero lo cierto fue que no le dio la menor tranquilidad. No habría sabido explicar por qué, pero así era. En lugar de seguir buscando una respuesta, trató de centrarse en la conversación.

–¿De verdad van a levantar el granero? –le preguntó.

–Sí, pero también habrá barbacoa, baile, etc. Bill tiene intención de hacer trabajar a la gente todo el día y luego ofrecerles una recompensa.

–¿Una recompensa? –¿acaso habían empezado a pagarse los vecinos por sus servicios?

Cole asintió.

–La barbacoa de Bill es la mejor del mundo.

Ronnie asintió de pronto.

–Ya lo recuerdo.

–Me alegro –dijo él–. Vendré a buscaros a las ocho e iremos juntos temprano, para que todos podáis trabajar.

–¿Yo también? –dijo Christopher, que justo en ese momento aparecía en la cocina.

–Sí, tú también, jovencito –añadió Cole, conteniéndose para no pasarle la mano por el pelo, algo que siempre le gustaba hacer. Christopher y él se habían tomado mucho cariño el uno al otro–. Vamos a ir a levantar un granero.

–¿Levantarlo dónde? –preguntó Christopher.

Cole no pudo evitar dejarse llevar y agarrarlo en brazos. Se lo apoyó en la cadera como había visto hacer a muchas madres con niños más pequeños. Christopher era algo bajito para su edad, pero ya crecería. Cole también había tardado en pegar el estirón.

Recordaba perfectamente lo mal que lo había pasado creyendo que iba a ser pequeño como un cacahuete, que era como lo llamaba su padre de niño, sin sospechar lo desmoralizador que era para él. Por suerte, había pegado un tremendo estirón durante el último verano antes de empezar el instituto. Y su padre había tenido que dejar de llamarlo así.

–Es una fiesta –le dijo a Christopher.

–¡Genial! –exclamó el niño.

Como estaba mirando al pequeño, Cole no vio la mirada que cruzaron su madre y Ronnie mientras observaban la escena de ellos dos

juntos y trataban de retenerla en su memoria.

Por distintos motivos.

CAPÍTULO 14

MIENTRAS se preparaba par ir a buscar a su hermano al hospital, Ronnie barajó la idea de pedirle a Rowdy que la acompañara por si necesitaba ayuda para meterlo en la camioneta. Finalmente decidió no hacerlo a pesar de que sabía que Wayne aún estaba débil y no quería que se esforzara más de lo necesario, con su obstinación habitual.

Pero también sabía que a Wayne no le gustaría demasiado que fuera a buscarlo acompañada por el capataz del rancho y tener que apoyarse en él para caminar. Seguramente, para su hermano eso era algo que contradecía el orden natural de las cosas y, más aún, la jerarquía del rancho.

Para Ronnie, sin embargo, era un complejo típicamente masculino, una cuestión de ego y de orgullo.

Y luego decían que las mujeres eran complicadas.

Antes de irse, Ronnie pasó por la cocina para beber agua y allí se encontró con Midge, que estaba haciendo un pastel de manzana para su padre.

–Voy a Helena a buscar a Wayne –le explicó Ronnie después de calmar su sed–. Estaba pensando que quizá necesite ayuda para meterlo en la camioneta. ¿Alguna sugerencia?

Midge hizo un descanso para prestarle toda su atención.

–¿Me estás preguntando a quién puedes pedirle que te acompañe?

–Sí.

La mujer la miró como si la respuesta fuese más que obvia.

–¿Por qué no se lo pides a Cole? Estoy segura de que estará

encantado de echarte una mano.

¿Sería así? ¿No pensaría que esa vez sí estaba abusando de él y haciéndole perder el tiempo? Era cierto que entre ellos había ahora una relación íntima, pero Ronnie no sabía cuáles eran las reglas. No habían hecho ningún tipo de promesa ni exigencias. Seis años antes, Cole le había dicho que quería que se quedase con él y formaran una vida juntos. Ahora, aunque Ronnie era increíblemente feliz cuando estaba con él, Cole no hacía referencia alguna al futuro. En realidad, parecía haber dado por hecho que ella volvería a Seattle en cuanto Wayne se hubiese recuperado.

«¿Por qué habría de pensar otra cosa? Al fin y al cabo, es lo que le has dicho tú», se recordó.

Pero eso no cambiaba el hecho de que no tenía la menor idea de lo que pensaba Cole. Por más que se empeñaba en decir que nada había cambiado desde que se había marchado de Redemption, el instinto le decía que no era así.

¿Cómo no iban a haber cambiado? Lo dos tenían seis años más, los dos se habían hecho una vida independiente y ahora, además, había un niño al que tener en cuenta, el resultado de la primera noche que habían pasado juntos.

«Sí, un niño del que él no sabe nada. Al menos, no sabe lo más importante. Estupendo, Ronnie, menudo desastre. Un desastre que tú has provocado».

–¿Tienes algún motivo para no pedírselo a Cole?

Ronnie se encogió de hombros a modo de evasiva.

–Es el sheriff, seguramente esté ocupado y no quiero molestarlo.

–¿Algún motivo un poco más lógico? –especificó Midge, mirándola a los ojos mientras esperaba una respuesta.

Ronnie suspiró. La madre de Cole tenía razón. Wayne y Cole eran amigos. Wayne se sentía cómodo con él, lo que lo convertía en la mejor opción.

Además, fuera lo que fuera lo que estaba ocurriendo entre ellos, pronto habría acabado. El lunes enviaría los caballos y todo quedaría organizado y pagado hacia finales de esa semana. Ya no tendría ninguna razón para quedarse y podría volver a Seattle.

Ronnie se mordió el labio inferior al darse cuenta de la sensación de soledad que le provocaba dicha idea. Quizá debiera aprovechar a estar con Cole, porque la esperaba toda una vida sin él.

–No, supongo que no tengo ninguno –admitió por fin.

Midge tenía ahora la atención puesta en la masa de la tarta que estaba haciendo.

–Bueno, me alegro de que estés de acuerdo. Ahora, llama a mi hijo –le ordenó–. Si quieres, te doy su número de teléfono móvil.

–No, ya lo tengo, gracias –murmuró Ronnie, sacando el suyo.

No tardó en oír su voz al otro lado y en acelerársele el pulso como a una tonta.

–¿Cole? Cole, soy Ronnie –comenzó a decir, consciente de que estaba hablando un poco rápido.

–No es necesario que te presentes –le oyó decir–. Siempre he reconocido tu voz. ¿Qué ocurre?

Por un momento Ronnie se quedó completamente en blanco. Solo con oír su voz se le nublaba la razón. Era una mujer adulta con un hijo al que estaba criando sola, no una adolescente descerebrada. Respiró hondo y trató de parecer tranquila aunque no lo estuviese en absoluto.

–¿Estás ocupado?

–Depende –respondió él.

Había sido una mala idea. A Ronnie no le gustaba pedir favores porque hacía que se sintiera vulnerable. El problema era que ya había comenzado a hacerlo y ahora tenía que terminar la conversación.

–¿De qué?

–De si estar hablando contigo se considera estar ocupado –oyó su carcajada, un sonido grave y profundo que le provocó un escalofrío y le hizo pensar que no tenía remedio–. ¿Qué necesitas?

«Necesito empezar a comportarme como una adulta».

–Se me había ocurrido que quizá pudieras acompañarme a ir a buscar a Wayne al hospital. El médico va a darle el alta hoy y está un poco nervioso –su hermano ya la había llamado dos veces para recordárselo y pedirle que fuera lo antes que pudiera.

–Es verdad –recordó Cole, pero a Ronnie le pareció que estaba haciéndose el inocente.

Lo conocía bien y sabía que no lo había olvidado porque Cole nunca olvidaba nada. Tenía una memoria impresionante para los números y las fechas. Si había algo que no recordaba, era porque no merecía la pena.

–Sí –respondió ella con impaciencia–. Escucha, si tienes otra cosa que hacer, no pasa nada. Puedo arreglármelas sola.

–Eso nunca lo he dudado.

¿Qué se suponía que quería decir con eso? Ronnie intentó controlar su genio, pero antes de que pudiera preguntárselo, oyó que llamaban a la puerta.

–Espera un momento –le dijo–. Están llamando.

–Entonces, será mejor que abras –respondió él.

¿Ahora le daba permiso para abrir la puerta de su propia casa? ¿Quién demonios se creía que era?

«El amor de tu vida», respondió una molesta vocecilla en su mente.

Ronnie abrió la puerta con cierta brusquedad y se encontró cara a cara con Cole.

–Podrías haberme dicho que estabas en la puerta –le dijo, con cara de pocos amigos.

Cole pasó con una enorme sonrisa en los labios.

–¿Y perderme la cara que acabas de poner? Ni hablar.

Ronnie oyó a su espalda el ruido de unas botitas bajando las escaleras a toda prisa.

–¡Hola, sheriff! –exclamó Christopher.

–Hola, pequeño –respondió Cole, con la misma alegría.

–¿Vienes a buscar al tío Wayne tú también? –le preguntó el niño.

Ronnie miró a su hijo.

–¿Qué quiere decir eso de «vienes»? –se había llevado a Christopher un par de veces a ver a Wayne, las mismas que había ido también su padre porque creía que era importante que su hermano mantuviese el máximo de contacto con la familia.

Pero esa vez era distinto. Quería tardar lo mínimo posible e ir con toda una comitiva no haría sino ralentizar el proceso.

–Tú te quedas aquí con el abuelo –le informó.

Christopher parecía muy decepcionado.

–Pero, mamá, yo quería ir para ayudar a andar al tío.

Ronnie lo miró, asombrada. ¿De dónde habría sacado eso? Estaba claro que tenía que tener más cuidado con lo que decía y dónde lo decía porque parecía que Christopher había desarrollado un oído finísimo desde que estaban en Redemption.

Antes de que pudiera decirle a su hijo que no podía ir con ella, Midge acudió en su ayuda.

–Christopher, necesito alguien que pruebe el paste que estoy cocinando, ¿se te ocurre alguien que podría ayudarme?

El muchacho cambió de cara automáticamente.

–Sí, yo –anunció–. Yo puedo ayudarte. Y seguro que el abuelo también.

Midge trató de no reírse.

–Pero pensé que ibas al hospital con tu madre.

Por un momento, Christopher se debatió entre ambas alternativas, hasta que tomó una decisión.

–No pasa nada, ella tiene al sheriff. Él la ayudará. Es muy fuerte. Le he visto los músculos –confesó.

Midge miró a Ronnie, luego a Cole y sonrió.

–Tienes razón –asintió–. Tu madre tiene al sheriff.

Cole le lanzó una mirada de advertencia a su madre. A veces se excedía un poco, pero seguramente era normal. Solo quería lo que todas las madres deseaban para sus hijos: verlos felizmente casados y rodeados de hijos.

Cole miró al muchacho que tenía delante. Nunca se había encariñado con ningún niño, pero debía admitir que el hijo de Ronnie era encantador y le gustaba estar con él.

–Guárdame un poco de lo que sea, socio –le pidió a Christopher.

–¡Claro! –respondió, encantado de contar con el permiso de su héroe–. Dile al tío Wayne que jugaré con él cuando llegue a casa.

–Estoy segura de que se pondrá muy contento –le prometió Ronnie al tiempo que se acercaba a darle un beso. Christopher se apartó un poco. Parecía que su hijo estaba creciendo y ya no le gustaban tanto los besos de mamá, pensó con tristeza porque había sucedido demasiado rápido–. Pórtate bien –le pidió.

–Cuida de tu abuelo y de mi madre –le encomendó Cole.

En el rostro de Christopher apareció una enorme sonrisa, pero enseguida adoptó un gesto orgulloso y responsable.

–Lo haré, sheriff –prometió solemnemente.

Cole salió de la casa después de Ronnie, que se detuvo en el porche.

–¿Has olvidado algo? –le preguntó.

Últimamente no dejaba de titubear y de dudarlo todo.

–Estaba pensando si no debería venir mi padre.

–¿Por qué? –preguntó Cole–. ¿No me has pedido ya que te ayude yo? ¿Cuánto crees que ha engordado Wayne? –bromeó.

–No es eso. Es que no quiero que mi padre crea que lo estoy

excluyendo.

Cole se echó a reír y meneó la cabeza.

–Yo creo que tu padre prefiere quedarse aquí con mi madre, probando todo lo que saque del horno.

Ronnie lo miró con sorpresa, pues creía que no sabía nada.

–¿Qué? ¿Pensabas que no me había dado cuenta? –habría tenido que estar ciego para no ver la chispa que había entre Amos y su madre–. Está claro que se han tomado mucho cariño.

Acompañó a Ronnie hasta su camioneta, le abrió la puerta del copiloto y luego se sentó al volante.

–Tengo la impresión de que, cuando queramos darnos cuenta –anunció Cole sin expresión alguna en el rostro–, nos habremos convertido en hermanos.

–Hermanastros –matizó Ronnie–. Si no, habríamos estado cometiendo un grave pecado y acabaríamos convertidos en estatuas de sal –bromeó, pero luego se puso seria–. ¿De verdad crees que tu madre y mi padre…? –dejó la pregunta a medias, a falta de las palabras adecuadas.

Le costaba imaginar que su padre pudiera sentir algo parecido a lo que sentía ella.

–¿Hacen lo que hicimos nosotros junto a la valla? ¿Y en el establo y en mi camioneta, además de…?

Ronnie levantó la mano para frenarlo.

–Ya lo he entendido. Iba a preguntarte si crees que se casarán. Pero gracias por evocar dichas imágenes.

Cole se disculpó sonriendo.

–Lo siento. Y sí, creo que es posible que se casen.

A su edad se es muy consciente del tiempo del que se dispone y, si han tenido la suerte de encontrar a alguien por quien sienten algo, ¿por qué no disfrutar de la felicidad mientras puedan? –Cole la miró a los ojos–. ¿Tienes alguna objeción?

–¿A que mi padre se case con tu madre? –preguntó para asegurarse de que se referían a lo mismo. Aunque intentara no hacerlo, no podía evitar establecer un paralelismo entre la historia de sus padres y la suya. Solo esperaba que Cole no estuviera haciendo lo mismo–. No, en absoluto. Me parece estupendo –dijo sinceramente–. Tu padre murió hace solo un año y medio. Mi madre falleció hace veinticinco años, es mucho tiempo para estar solo.

–Bueno, no ha estado del todo solo –señaló Cole–. Os tenía a Wayne y a ti la mayoría del tiempo. Y tenía… y tiene el rancho. El accidente lo ha obligado a retirarse durante un tiempo, pero no tardará en volver al trabajo porque los rancheros no se retiran jamás. Llevan el trabajo en la sangre.

Ronnie sabía lo que intentaba decirle, pero no estaba de acuerdo.

–No es lo mismo –aseguró ella–. El trabajo no puede reemplazar al amor.

Se hizo un largo silencio. Cole apartó un momento la vista de la carretera para mirarla a ella.

–No –dijo–. Desde luego que no es lo mismo. Ni mucho menos.

Su tono de voz la hizo estremecer y se dio cuenta de que debía tener cuidado porque, si le preguntaba de qué tenía miedo, no sabría qué responder.

¿Debía hacer caso al corazón o al cerebro? Ante la duda, decidió cambiar de tema.

Y lo hizo tan rápido como pudo.

Hablaron de Wayne y de la fiesta del día siguiente, y de cualquier otra cosa que se le ocurrió a ella con tal de no volver a tocar el tema del que no quería hablar.

Al menos, por el momento.

Porque debía admitir que lo que más miedo le daba era que él dijera algo que no fuera lo que ella quería escuchar.

Era mejor no saber lo que uno no quería saber.

CAPÍTULO 15

RONNIE decidió que a Wayne le haría bien ir a la fiesta del establo y ver a todos sus vecinos. Pero antes le obligó a prometerle que estaría todo el tiempo sentado y que, bajo ningún concepto, intentaría participar en la construcción del granero.

Gene Haines se ofreció a sacar un viejo sillón al porche de la casa para que Wayne estuviese más cómodo y pudiera verlo todo desde allí. Pero a Ronnie seguía preocupándole que fuera demasiado para él, por lo que le pidió que la avisara en cuanto empezara a cansarse.

Aquello era algo completamente nuevo para Wayne, que estaba acostumbrado a dar las órdenes y por eso no dejaba de protestar y de decirle a Ronnie que se comportaba como una pequeña dictadora.

Al final no le quedó más remedio que dar su palabra cuando trató de buscar apoyo en Cole y descubrió que no iba a obtenerlo.

–Traidor –acusó a su amigo, bromeando solo en parte.

–Compréndelo –respondió Cole–, Ronnie es capaz de acabar conmigo si le llevo la contraria y ahora mismo ella tiene mucha más fuerza que tú.

–Y también tiene más sentido común –añadió ella, hablando de sí misma en tercera persona.

Wayne no desaprovechó la ocasión.

–¿Lo ves? –le preguntó a Cole–. ¿Qué te he dicho? Se ha convertido en una dictadora. Ya habla como uno de ellos.

–Protesta todo lo que quieras, pero no te va a servir de nada –le dijo Amos a su hijo, al subirse en la camioneta junto a él–. Acéptalo, hijo,

eres minoría.

Christopher estaba ya sentado y con el cinturón puesto, impaciente por ponerse en marcha.

Ronnie no dejó de sonreír mientras conducía hacia el rancho de los Haines. Por primera vez desde que había vuelto a Redemption, su padre parecía el de siempre. Todo iba a salir bien, se dijo, pero cambió de opinión al pensar en Cole y en ella. Lo suyo seguía siendo muy complicado, pero aquel día no quería pensar, así que fingiría que todo era perfecto.

Lo primero que hizo Ronnie al llegar al rancho fue asegurarse de que Wayne estaba cómodo.

–Aquí tienes tu nuevo trono –bromeó mientras le ayudaba a sentarse en el sillón del porche.

–No me parece bien estar aquí sin hacer nada –protestó.

Ronnie le dio un beso en la mejilla.

–Puedes supervisarlo todo. Eso siempre se te ha dado muy bien.

Cole y su madre ya habían llegado, pero el primero que los vio fue Christopher, que salió disparado a abrazar a su héroe. Ronnie no pudo evitar pensar lo feliz que parecía Christopher en los brazos de su padre.

–Creo que esto es tuyo –le dijo Cole al entregarle a Christopher. Después saludó a Wayne y a Amos–. Me alegro de ver que habéis llegado bien.

–A mí no me hables –Wayne fingió estar enfadado con él.

–Como quieras –asintió Cole antes de decirle algo al oído a Ronnie–: No sé si sabes que estás radiante.

Seguramente Cole creía que su felicidad se debía al hecho de tener allí a toda su familia y en parte era así. Pero lo que realmente le había alegrado el corazón había sido ver a Cole con su hijo.

–No sé de qué me hablas –dijo, siguiéndole la corriente.

–Ya.

Sintió el roce de su respiración en el cuello y tuvo que hacer un esfuerzo para no reaccionar. Aunque seguramente él ya sabría que era capaz de provocarle escalofríos con solo mirarla.

–Calla –dijo Ronnie–. Va a hablar el señor Haines.

Cole guardó silencio, pero sin dejar de sonreír. Haines y sus hijos dieron las gracias a todo el mundo por estar allí y dijeron sentirse muy orgullosos de contar con tantos vecinos y amigos dispuestos a

ayudarlos.

Dijo muchas otras cosas, pero Cole no escuchó nada. Estando junto a Ronnie y no pudo evitar pensar lo solo que iba a sentirse cuando Christopher y ella se fuesen. Una vez más, se preguntó qué podría hacer para conseguir que se quedara en Redemption un poco más, al menos por el momento. A veces era mejor ganar poco a poco.

Una vez acabado el emotivo discurso, Haines dio comienzo a la tarea que los había llevado allí.

Mientras todo el mundo se dirigía al lugar donde se iba a levantar el nuevo granero, Ronnie se dio cuenta de que Cole se había quedado parado donde Haines había dado el discurso.

–¿Estás pensando echar raíces? –le preguntó, bromeando.

–¿Qué? –dijo él al darse cuenta de que le había hablado.

–¿Que si vas a echar raíces? –repitió–. Porque veo que no te mueves.

–Muy graciosa –respondió, con el ceño fruncido.

–A mí no me ha parecido gracioso –opinó Christopher, situado entre los dos.

–Tienes razón –convino Cole, pasándole un brazo por los hombros–. A mí tampoco. Vamos a construir un granero, Christopher.

Cole echó a andar junto al niño y Ronnie los siguió. Por una parte desearía poder volver cinco años atrás, hasta el día en que había nacido su hijo. Entonces le habría enviado una nota a Cole para contarle que tenía un hijo, que no esperaba nada de él pero que quería que lo supiera.

Si realmente hubiera hecho eso, sería capaz de disfrutar de momentos como aquel sin sentirse culpable.

Pero no estaba allí para lamentarse, sino para trabajar.

Todo el mundo contribuyó a la tarea en la medida de sus posibilidades. Los que no podían clavar y cortar, como Christopher y la madre de Cole, les alcanzaban la madera o las herramientas y se aseguraban de que siempre hubiera agua, limonada y comida para todo el mundo.

Por recomendación médica, Gene Haines tuvo que quedarse con Wayne y Amos y supervisar el trabajo de lejos. El anfitrión había hecho los planos y Amos coordinaba los distintos grupos que estaban trabajando en la estructura. Con tanta organización, el trabajo avanzaba

a un ritmo que Ronnie habría creído imposible de no verlo con sus propios ojos.

Cuando se quedaron sin luz natural, se dieron cuenta de que también se habían quedado sin material y Haines, con lágrimas en los ojos, puso el último clavo en un acto simbólico.

El nuevo granero estaba terminado.

–No sé qué decir –dijo Haines, emocionado.

–¿Qué tal si propones que bebamos juntos? –sugirió alguien y todos los demás recibieron la idea con risas y aplausos.

Así fue como comenzó la barbacoa y empezó a sonar la música, interpretada por algunos vecinos del pueblo.

Christopher estaba loco de contento, corriendo por todas partes, jugando y sin parar de hablar ni un momento.

–¿Es que ni siquiera necesita tomar aire? –le preguntó Cole a Ronnie mientras lo observaban.

–No mucho –respondió ella–. Yo ya estoy acostumbrada, pero tengo que reconocer que desde que estamos en el rancho parece tener aún más energía.

–Si no lo hubiera visto dormido aquella primera noche, juraría que funciona a pilas.

–Sí, es pura energía –afirmó Ronnie con cariño.

–Lo ha heredado de ti –observó Cole.

–Es posible –respondió, pero no estaba preparada para la siguiente pregunta de Cole.

–¿Y qué ha heredado de su padre?

El cerebro se le quedó en blanco durante un momento. Después se preguntó si sospecharía algo, pero no era eso lo que daba a entender su cara. Ronnie trató de buscar algo que decirle que fuera verdad, pero al mismo tiempo no revelara nada.

–Su inteligencia –dijo por fin.

Cole la miró con escepticismo.

–Tú no eres precisamente tonta, Ronnie.

–Lo sé, pero es otro tipo de inteligencia. Christopher tiene una manera única de ver las cosas que yo no tengo, es increíblemente espabilado.

–¿Y eso lo ha sacado de su padre? –preguntó Cole como si estuviese colocando las piezas de un rompecabezas.

«Cambia de tema», se dijo Ronnie a sí misma. No quería que Cole

descubriera la verdad allí, en ese momento.

–¿Bailas conmigo? –le propuso.

Cole aceptó la repentina invitación.

–Sí, señora, encantado –la llevó hasta donde estaban bailando las otras parejas y la rodeó con sus brazos–. Sigues estando radiante.

–Estoy disfrutando mucho del día… y de la compañía –respondió ella.

Cole no dijo nada para no estropear el momento, pero no pudo evitar pensar que así era como deberían haber sido siempre las cosas. Esa era la vida que siempre había querido compartir con ella. Quizá…

De pronto alguien chocó contra ellos y, al levantar la vista, Cole se encontró con Cyndy, completamente borracha a juzgar por el fuerte olor a alcohol.

En lugar de disculparse, se limitó a dar un paso atrás y a mirar a Ronnie de arriba a abajo.

–Había oído que habías vuelto –dijo y consiguió que pareciera una acusación.

Ronnie sintió celos y temor al mismo tiempo. Se recordó que, por mucho que Cole hubiese estado prometido con aquella mujer, no se había casado con ella. No había motivos para estar celosa.

–Hola, Cyndy –la saludó, tratando de ser simpática, pero lo cierto era que nunca le había gustado aquella chica, ni siquiera cuando estaban en el instituto. Eran completamente distintas–. ¿Qué tal estás?

–Frustrada –replicó–. Creía que cuando dejaras a Cole tendría alguna posibilidad con él –reconoció y luego meneó la cabeza–. Pero supongo que lo vuestro era demasiado profundo.

Cole agarró a Cyndy del brazo y la apartó de la improvisada pista de baile.

–Cyndy, a lo mejor deberías pasarte a la limonada.

–Lo haré cuando me venga en gana –respondió indignada y luego le dedicó a Ronnie una mirada llena de furia–. ¿Sabes que estuvimos prometidos? Pero me abandonó porque era incapaz de olvidarse de ti –volvió a menear la cabeza–. A mí no me pareces tan maravillosa –dijo y luego se dirigió a Cole–. No es tan maravillosa.

Al ver la escena que se avecinaba, Midge se acercó a ellos con una forzada sonrisa en los labios.

–Creo que ya has dicho suficiente, querida.

Pero la actitud de Cyndy era de pura beligerancia.

–Da igual lo que diga o no diga. No cambia nada.

Cole se dirigió a ella en voz muy baja.

–Vamos, Cyndy, estás dando el espectáculo.

–¿Yo estoy dando el espectáculo? –espetó a gritos–. ¿Qué me dices de la señorita de ciudad? Vuelve después de seis años y se pasea por ahí con el hombre al que amo. Eso sí que es un espectáculo –después se volvió hacia Midge–. ¿Y tú?

Midge demostró tener una gran paciencia al intentar llevársela de allí antes de que atrajera aún más miradas. Pero Cyndy la apartó con un grito.

Justo en ese momento apareció Christopher con la mirada clavada en su héroe.

–¿Me consigues un refresco, sheriff? –le pidió–. ¡Tengo muchísima sed!

Cyndy miró al muchacho y parpadeó varias veces, tratando de enfocar.

–¿Es tuyo? –le preguntó a Ronnie.

–Sí –respondió con el estómago encogido. Aquello le daba muy mala espina.

Cyndy miró al niño, después a Cole y luego otra vez a ella.

–¿Qué edad tiene?

–Tengo cinco años –respondió el propio Christopher, que era cualquier cosa menos tímido.

–Cinco años –repitió Cyndy y luego miró a Ronnie con una sonrisa en los labios–. No se parece mucho a Cole, ¿no?

Midge decidió intervenir de nuevo antes de que Cyndy dijera algo que no debía.

–Estás haciendo el ridículo, querida –le advirtió.

–No soy la única que ha hecho el ridículo aquí –dijo y levantó las manos para dejar claro que se iría cuando lo decidiese y no cuando ellos quisieran.

Y eligió justo ese momento para hacerlo.

El jolgorio continuaba a su alrededor, pero Ronnie, Cole y su madre se quedaron en silencio. La primera en recuperar el habla fue Midge.

–¿Alguien quiere algo de beber?

Ronnie no se había dado cuenta de que su padre también se había acercado al ver los aspavientos de Cyndy.

–Yo me tomaría un té frío, pero puedo ir a buscarlo yo mismo –se apresuró a añadir Amos–. Solo necesito que me digas dónde está.

Midge miró a su hijo con incertidumbre, como si no supiera si dejarlo solo con Ronnie después de lo ocurrido.

–No te preocupes, mamá –le dijo Cole–. ¿Por qué no te llevas a Christopher y le dices a Amos dónde está el té? –le sugirió y luego se volvió hacia Ronnie–. ¿Puedo hablar contigo?

En su voz no había la menor emoción y en su rostro había una expresión fría como el hielo.

Ronnie miró a su hermano para comprobar que estaba bien y lo encontró rodeado de mujeres una vez más.

«No hay más excusas, Ronnie. Tarde o temprano tenía que ocurrir».

Había llegado el momento de afrontarlo, pensó Ronnie, preparándose y esperando que no le fuera tan mal como imaginaba.

Sin decirle nada más a Ronnie, Cole se alejó de la fiesta y continuó caminando hasta llegar a donde estaban aparcados todos los coches. Esperaba que el paseo le sirviera para calmar un poco la rabia y la furia que se había apoderado de él.

Pero no fue así.

Su única esperanza ahora era que la conclusión de Cyndy no fuera cierta, que solo hubiera intentado crearles problemas.

Pero al llegar a su camioneta y ver la expresión con que lo seguía Ronnie, supo que no había ninguna esperanza.

–Es cierto, ¿verdad? –le preguntó–. Lo que ha insinuado Cyndy es verdad. Christopher es hijo mío.

Ronnie guardó silencio durante un momento eterno, agónico. Si le mentía, si le decía que Christopher no era su hijo, Cole lo creería. De pronto tuvo la impresión de que, aunque él no se lo dijera, una parte de Cole quería que le mintiera.

Pero no podía hacerlo.

Podía responder con evasivas, no decir nada y, por tanto, mentir por omisión, pero ahora que se lo había preguntado directamente, no podía mentirle.

–Sí –susurró.

–¿Quién más lo sabe? –le preguntó–. ¿Lo sabe tu padre?

Ronnie negó con la cabeza.

–Supongo que tiene sus sospechas, pero nunca me lo ha preguntado

directamente, ni yo se lo he dicho.

–¿Entonces no lo sabe nadie? –al ver el gesto de Ronnie supo que había alguien que lo sabía–. ¿Quién?

–Tu madre.

–¿Mi madre? ¿Se lo contaste a mi madre? –apenas podía controlar su enfado.

–No, lo adivinó sola –respondió ella con una mezcla de rabia y culpa. Odiaba sentirse acorralada–. No pude mentirle cuando me lo preguntó. Igual que no he podido mentirte a ti.

Cole jamás había sentido una furia como aquella, ni siquiera cuando había descubierto que se había ido de su lado aquella horrible mañana. Trató de mantener la calma de algún modo, pero apenas podía.

–¿Hay algún motivo que justifique que pudieras decírselo a mi madre y no a mí? ¿Alguna razón que me ayude a comprender por qué me lo has ocultado durante tanto tiempo?

Al ver que no respondía, Cole la agarró de los brazos y la miró fijamente.

–Dime –insistió, gritando–. ¿Hay alguna razón?

–Baja la voz, por favor. Te va a oír la gente.

–Me da exactamente igual que me oigan. ¿Hay alguna razón o es que simplemente no te importaba nada?

–Claro que me importaba –aseguró Ronnie. ¿Cómo podía pensar que pudiera no importarle?–. Y sí, había una razón –susurró de nuevo.

Cole la miró fijamente con los ojos llenos de furia.

–¿Qué razón?

CAPÍTULO 16

–¿Y BIEN? –insistió Cole después de esperar la respuesta de Ronnie durante varios segundos.

Era obvio que no iba a cejar en el empeño de que le diera un motivo que explicara lo que había hecho, así que Ronnie respiró hondo y le explicó sus razones.

–No te lo dije porque no quería pasar el resto de mi vida preguntándome si te habías casado conmigo porque me amabas o porque creías que debías darle un apellido al niño.

–¿Y no se te ocurrió pensar que podían ser las dos cosas? –le planteó–. ¿Que podía querer darle un apellido al niño… a mi hijo, y también amarte?

Para él era fácil decir aquella palabra como si nada, pero lo cierto era que nunca la había pronunciado sinceramente, en el momento crucial. Nunca le había dicho a Ronnie que la amaba.

¿Por qué habría de creerlo ahora?

Ronnie lo miró a los ojos, orgullosa.

–Nunca me dijiste que me quisieras.

Cole había dado por hecho que ella lo sabía. ¿Por qué iba a haber pasado tanto tiempo con ella si no la quería? ¿Si no hubiese sido increíblemente importante para él?

–Yo pensé que estaba claro –gruñó.

Había cosas que una mujer podía intuir, pero había otras que debía escuchar de viva voz.

–Pues no lo estaba –replicó.

Estaba intentando hacer que se sintiera culpable, pensó Cole. Pero ambos tenían motivos para sentirse así.

–Tú tampoco me lo dijiste a mí –le reprochó.

También había un motivo para eso. Algo que podría haber adivinado fácilmente si la hubiera conocido tan bien como creía conocerla.

Cole la miró y deseó hacer que se olvidara de aquella discusión y de todo lo demás. La deseaba con todo su ser, pero sabía que era algo más que un cúmulo de deseos y necesidades físicas.

–Porque no quería que te limitaras a repetirlo después de mí o, lo que habría sido peor, que ni siquiera hicieras eso –le explicó Ronnie y tuvo que apretar los labios para contener un sollozo. Respiró hondo un par de veces antes de intentar seguir hablando–. Además, no quería quedarme aquí y sabía que, si te enterabas de que estaba embarazada, te habrías casado conmigo y habrías conseguido que no me fuera.

Ahí estaba otra vez el muro contra el que se estrellaba una y otra vez.

–Ese es el verdadero motivo, ¿verdad? No querías que nada se interpusiera en tu camino, que nada te atara aquí ni un segundo más de lo necesario.

Ronnie no podía negarlo porque era eso exactamente lo que había sentido. Había necesitado huir, salir volando y cambiar de vida. Era curioso cómo cambiaban las cosas, porque ya no se sentía atrapada en Redemption, ni en el rancho. Allí estaban sus raíces y su corazón.

–No, en aquel momento no.

A pesar de la furia, Cole se fijó en el matiz de sus palabras.

–¿Y ahora?

«Ahora sé que esto no es ninguna trampa, más bien es un paraíso. Pero ya es demasiado tarde».

Ronnie se encogió de hombros y miró hacia otra parte.

–Da igual.

Cole la miró detenidamente, incapaz de asimilar todo lo que estaba ocurriendo y todo lo que sentía.

Pero tendría que hacerlo en algún momento.

–Supongo que tienes razón –le dijo con frialdad–. Da igual que me mintieras, que no me dijeras que tenía un hijo y me privaras de la oportunidad de conocerlo y de verlo crecer, que me arrebataras un tiempo que no puedo recuperar. Un tiempo que podría haber pasado

con él. Y contigo. Todo eso da igual.

–Lo siento mucho, Cole –dijo ella entonces.

Pero él siguió hablando como si nada.

–Lleva a mi madre a su casa, por favor –le dijo antes de subirse a la camioneta.

–¿Por qué? ¿Adónde vas? –Ronnie sintió un escalofrío de pavor. Intentó agarrarlo del brazo, pero él lo retiró bruscamente–. Por favor, Cole, no hagas ninguna tontería –le suplicó.

Cole la miró con tal ira que fue como si sus ojos le quemaran.

–Es demasiado tarde para eso –respondió.

Puso en marcha el motor y se largó de allí, dejando a Ronnie sola, preguntándose qué había querido decir con esas palabras.

Ronnie tomó aire y se dio media vuelta con la intención de ir a buscar un poco de agua porque tenía la garganta completamente seca. Pero no llegó a hacerlo porque se encontró con su hermano y se llevó un susto que la hizo gritar.

–Y yo que pensaba que eras la inteligente de la familia –le dijo Wayne meneando la cabeza.

No era el mejor momento para hablar de cocientes intelectuales. Tenía el corazón a punto de escapársele del pecho.

–¿Cuánto tiempo llevas aquí? –le preguntó.

–El suficiente –respondió Wayne sin dejar de observar a su hermana–. Cole tiene razón. Deberías haberle dicho que tenía un hijo.

Aquello iba a propagarse como un fuego en época de sequía. Quizá fuera una suerte que fueran a marcharse pronto, porque no quería que Christopher se enterara de quién era su padre a través de nadie que no fuera ella.

–No quiero hablar de ello, Wayne –le dijo, haciendo un esfuerzo por no gritarle a su hermano, que aún estaba bastante frágil–. Te recuerdo que no ibas a levantarte del sillón. Prometiste tomarte las cosas con calma.

–Eso quiere decir que no eres la única de la familia que ha mentido.

Ya estaba harta. Christopher era su hijo y había tomado una decisión que no le correspondía absolutamente a nadie excepto a ella.

–Yo no mentí, simplemente no dije nada –le aclaró a su hermano con frialdad al tiempo que echaba a andar hacia la fiesta.

–Las mentiras por omisión siguen siendo mentiras –le recordó Wayne, yendo tras ella.

–Muy profundo. A lo mejor hago que me lo borden en un almohadón –añadió con sarcasmo.

Wayne se dio cuenta de que no debía seguir presionándola.

–¿Por qué tenemos que irnos, mamá? –le preguntó Christopher ante la inminencia de su regreso a Seattle–. A mí me gusta más vivir aquí.

Estaban los dos sentados en el porche trasero de la casa, despidiéndose de todo aquello antes de meterse en el coche.

Ya no había nada que los retuviera allí. El señor Walker había estado allí ese día para pagar los caballos y organizar el traslado personalmente. Con ese dinero podrían hacer frente a las cuentas pendientes del rancho y todo volvería a la normalidad. Wayne estaba cada día mejor, deseando volver al trabajo cuanto antes.

Todas las razones por las que había ido a Redemption habían desaparecido.

Christopher y ella tenían una vida a la que volver, pensó sin un ápice de alegría.

–Lo sé, mi amor. Pero te prometo que volveremos pronto de visita –abrazó a su hijo con todas sus fuerzas–. Ya no queda mucho para las Navidades.

–Si nos quedamos, no hace falta que vengamos de visita –señaló el pequeño–. Podemos quedarnos y cuidar del abuelo.

–Creo la señora James va a encargarse de eso –le dijo con una sonrisa, pues todo se había acelerado mucho en los últimos días. Hasta los había sorprendido abrazados. Al menos alguien era feliz–. ¿Quién sabe? Puede que se convierta en tu nueva abuela –le dijo y enseguida se dio cuenta de que, como madre de Cole, ya era la abuela de Christopher.

–Entonces, tenemos que quedarnos –insistió su hijo con total convicción–. En Seattle no tengo ningún abuelo.

–Lo sé, cariño –lo sabía y lo comprendía–. Pero yo tengo un trabajo que necesitamos para poder comer.

–Podrías encontrar otro aquí –le sugirió y luego le planteó una pregunta que la dejó sin habla durante unos segundos–. ¿Quién va a cuidar del sheriff si nosotros nos vamos?

Ni siquiera habían mencionado a Cole durante los últimos dos días. Era como si su hijo se hubiese dado cuenta de que a Ronnie le costaba hablar de él. Pero parecía que ya se había olvidado de eso.

–No necesita que nadie cuide de él –le aseguró Ronnie. Cole no había vuelto a pasar por allí desde la fiesta del granero y eso lo decía todo. Había decidido que no quería tener nada que ver con ella, con ninguno de los dos.

–Claro que lo necesita –aseguró Christopher al tiempo que se ponía en pie y seguía defendiendo a su héroe ausente–. Está solo y tú siempre dices que todo el mundo necesita alguien que le cuide.

Por una vez lamentó la buena memoria de su hijo.

–El sheriff es una excepción.

Christopher la miró con perplejidad.

–¿Por qué?

–Es complicado.

–¿Es porque es mi papá?

De pronto todo se detuvo en seco. Lo sabía. Dios. Christopher lo sabía. Lo observó detenidamente en busca de algo que denotara que estaba preocupado o triste, pero no vio nada excepto su empeño de no marcharse.

–¿Quién te ha dicho eso? –le preguntó, tratando de parecer tranquila.

–Nadie –aseguró–. Oí a la señora James hablando con el abuelo. No pasa nada, mamá –añadió rápidamente, intuyendo su preocupación–. El sheriff me cae muy bien y me gusta que sea mi papá –dijo con una enorme sonrisa–. Es muy divertido. Y yo nunca he tenido un papá. ¿Podemos quedarnos? –le suplicó y luego se sacó el último as de la manga–. Te prometo que, si nos quedamos, comeré brécol todos los días. De verdad.

Ronnie no sabía si reír o llorar. Lo único que sabía era que de pronto se había liberado de la tremenda carga que había sido siempre aquel secreto. Y su hijo se lo había tomado de maravilla.

–Eso sí que es un sacrificio por tu parte –reconoció–. Tú odias el brécol.

–Pero me lo comeré de todas maneras si nos quedamos –aseguró con entusiasmo–. Por favor, mamá. Por favor, por favor, por favor. Yo también puedo trabajar para ayudar.

Ronnie cerró los ojos y suspiró. No creía que pudiera ser tan difícil. Christopher estaba dando saltos de alegría. Jamás habría imaginado que pudiera encariñarse tanto con todo aquello.

–¿Entonces podemos quedarnos? –le preguntó para asegurarse,

porque era su hijo y no daba nada por sentado.

No podía decirle que no a la cara.

–Deja que lo piense.

–Vale. Piénsalo –le dijo antes de salir corriendo a contárselo a su abuelo… y a cualquiera que se encontrara.

Ronnie siguió allí sentada en el columpio de dos plazas en el que había pasado tantas noches de verano soñando con el futuro, con su vida lejos de Redemption. Pero ahora no estaba soñando. Se sentía completamente perdida.

Respiró hondo y cerró los ojos con la esperanza de que eso la ayudara a ver las cosas con más claridad.

Pero no fue así.

La cabeza le decía que siguiera adelante con su vida y el corazón quería cumplir los deseos de su hijo. El resultado era que jamás se había sentido tan confusa.

Ojalá hubiera una manera, una solución mágica…

–Creo que te amo desde que nací, ¿lo sabías?

Ronnie abrió los ojos, segura de que aquella voz era producto de su imaginación, de sus deseos. Con la certeza de que volvería la cara y no habría nadie y, por un momento, fue así.

Pero entonces Cole dio un paso adelante y apareció ante su vista. El corazón se le paró en el pecho y se quedó sin respiración.

–Quizá empecé a quererte antes incluso –siguió diciendo–. Supongo que no te lo dije nunca porque no quería estar así, contigo mirándome y sin decir nada, haciéndome que me sienta como un tonto –Cole tomó aire y continuó–. No te estoy diciendo esto para que te quedes. Sé que quieres volver a Seattle, a tu vida, y lo comprendo, de verdad. Solo espero que puedas encontrar un hueco para mí en esa vida porque nunca he dejado de quererte, nunca, ni un solo día de mi vida, ni un momento. Quería hacerlo, no sabes cuánto deseaba olvidarte –le confesó con emoción–. Incluso intenté enamorarme de otra persona, pero sabía que me engañaba a mí mismo –se encogió de hombros, resignado, porque no había modo de escapar a la verdad–. Hay gente que consigue rehacer su vida, como mi madre y tu padre, y eso está muy bien –añadió rápidamente para dejar claro que se alegraba por ellos–. Pero otros no podemos hacerlo. Yo soy uno de ellos. Solo quería que lo supieras antes de irte.

Una vez dicho eso, se dio media vuelta y echó a andar.

Casi había llegado a la esquina de la casa cuando oyó gritar a Ronnie.

–¿Eso es todo?

Cole se dio la vuelta y la miró sin comprender.

–¿Qué?

Se había levantado del columpio e iba hacia él.

–¿Eso es todo? ¿Te vas así? ¿Ya te has rendido?

Acababa de confesarle su amor eterno. ¿Qué más quería que hiciera?

–Soy el sheriff. No puedo secuestrarte.

–¿Y abrazarme? –le preguntó con absoluta inocencia–. ¿Eso puedes hacerlo?

En el rostro de Cole apareció una sonrisa luminosa.

–Eso sí.

Aún estaban a un metro de distancia.

Ronnie dejó de andar y lo miró, expectante.

–¿Y bien?

Un segundo después, Cole la tenía entre sus brazos y la besaba como si le fuera la vida en ello, la besó para compensar todos los momentos de agonía por los que había pasado desde que se había alejado de ella en la fiesta del granero.

–¿Qué quiere decir esto, Ronnie? –le preguntó cuando por fin tuvo que separarse para tomar aire.

A pesar de la euforia que la embargaba, Ronnie mantuvo la cautela.

–¿Tú qué quieres que signifique?

Esa vez Cole no lo dudó.

–Que vamos a pasar el resto de nuestra vida juntos –afirmó, acompañando sus palabras con un beso en cada uno de sus ojos.

Ronnie se vio invadida por una cálida sensación.

–Supongo que podríamos hacerlo –dijo ella con tono misterioso, acariciándole la cara.

–¿Crees que habrá sitio en Seattle para un exsheriff?

–Estoy segura de que el departamento de policía valoraría mucho a alguien como tú –le aseguró a Cole–. Pero en realidad estaba pensando quedarme yo aquí.

Vio la sorpresa reflejada en sus ojos. Sorpresa y alivio. Ronnie lo comprendió porque siempre había sabido lo que quería, mientras que ella había necesitado mucho más tiempo para saberlo. Antes había

tenido que probar su independencia y su libertad. Pero esa etapa había terminado y ahora estaba preparada para echar raíces allí.

–Mi padre ya no es tan fuerte y Wayne no puede dirigir esto solo si ponemos en marcha los planes que tengo para el rancho –unos planes que hasta ese momento no le había contado a nadie, pero ahora todo había cambiado–. Podría conseguir algún dinero de unos inversores y convertir el rancho en el mejor criadero de caballos del país.

Cole se echó a reír, meneando la cabeza.

–Siempre piensas a lo grande.

–Sí –admitió ella–. Pero cometí el error de perder lo más grande de mi vida –su mirada no dejaba lugar a dudas–. Yo también te amo, supongo que lo sabes –le echó los brazos alrededor del cuello–. Supongo que también te quiero desde que nací. Llevo toda la vida esperando que me dijeras que me querías, pero creo que había perdido la esperanza.

Cole la estrechó con fuerza contra sí. No podía creer que fuera a quedarse.

–Te amo, te amo, te amo –le dijo una y otra vez para compensar todo los años en los que debería habérselo dicho a diario.

Después la besó con todo el sentimiento y la emoción con la que pensaba seguir haciéndolo y amándola el resto de su vida. Solo se detuvo un momento para añadir:

–¿Qué te parece la idea de hacer de mí un hombre honrado?

–¿Estás hablando de casarnos? –le preguntó Ronnie casi sin respiración, sin poder creer aún que no lo había estropeado todo con sus errores del pasado.

–Sí, estoy hablando de casarnos –dijo Cole con una sonrisa llena de amor–. Creo que a Christopher le haría ilusión. ¿Y a ti?

Como si no supiera ya la respuesta.

–A mí me encantaría.

Cole esbozó una de esas sonrisas que se reservaba para cuando era realmente feliz. Esa sonrisa que a ella tanto le gustaba.

–A mí también me encantaría –dijo.

Ninguno de los dos volvió a decir nada durante un buen rato.